

ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA

Año vigésimo — N.º 75 — Enero-Marzo 1996



Salavera

ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA
N.º 75



Edita: Edicions de l'Astral.

(Rolde de Estudios Aragoneses)

Consejo de Redacción: José Luis Acín, Gerardo Alquézar (Coordinación), Chesús Bernal, José I. López Susín, Vicente Martínez Tejero, José Luis Melero, Antonio Peiró, Vicente Pinilla y Carlos Polite.

Administración: José A. García Felices.

Redacción: Covadonga, 35-37, 1.º oficina. 50017 Zaragoza. Tel. y Fax: 976 - 33 37 21.

Correspondencia: Apartado de Correos 889. 50080 Zaragoza.

Impresión: Cometa, S. A.

Ctra. de Castellón, Km. 3,400. Zaragoza.

ISSN: 1133-6676.

Depósito Legal: Z-63-1979.

Fe de erratas: El n.º 74 correspondía a Octubre-Diciembre 1995.

Cubierta: *El membrillo*, de Eduardo SALAVERA.

Colaboran en este número: José Luis ACÍN, Clemente ALONSO CRESPO, Pedro ARROJO, Jorge BIELSA, Antón CASTRO, Roberto CORTÉS, Pablo CUEVAS, Javier GASTÓN, José Ignacio GÓMEZ ZORRAQUINO, Ismael GRASA, Antonio PEIRÓ, Eduardo SALAVERA y Pepe TORRECILLA.

Sumario:

«Casa Ramón» de Sasa de Sobrepuerto. Edificio solariego del siglo XVI	4
Decálogo de un salto en el vacío. Diez razones económicas contra los planes para la gestión del agua en la cuenca del Ebro	14
Algo más que amistad (Goya, Zapater y Goicoechea)	22
Manuel Salinas (1616-1688). Unas palabras del canónigo	26
Esbrunzes	32
Valdemar	36
Ascenso a la montaña de los taoístas.	40
Los pioneros en la ciudad del cine (Los Jimeno, los Coyne y el Cinematógrafo en Zaragoza)	48
Índices de los n.ºs 61 a 75	57

NUESTRO PROYECTO DE UNIVERSIDAD PARA ARAGÓN

La asunción de las competencias en materia de educación universitaria por la Comunidad Autónoma fue, desde el momento de la fundación de esta Asociación, una de nuestras demandas más usuales. Consecuentemente, su transferencia nos parece de capital importancia; ahora, hay que determinar cuál es el proyecto de universidad que queremos para Aragón y aprovechar las potencialidades que encierran esas competencias.

Entendemos que la futura Universidad de Aragón debe de ser pública, con vocación de servicio público. El acceso a la misma vendrá condicionado, exclusivamente, por razón de la capacidad intelectual; rechazando cualquier tipo de segregación económica.

Una universidad arraigada en la tierra en la que nace y a la que sirve. Que ahonde en el saber acerca de nosotros mismos y de nuestras relaciones con los demás y con las cosas, que penetre en la sabiduría de las instituciones y profundice en la pluralidad y en la diferencia; y, a partir de este conocimiento, proyectarse hacia una conciencia europea, que aún está por construir, y hacia el concepto de lo universal.

Que rehusa instalarse en el presente y proscriba el fatalismo que conlleva a pensar que las cosas son como son y es inútil cuestionarlas; y recupere un proyecto político que se nutra de una filosofía del mundo, de una concepción de la historia, de una visión de las relaciones entre las personas y entre las sociedades y estamentos cuando hoy la cultura política dominante se esfuerza en desacreditar la existencia y necesidad de la finalidad.

Que sustente un proyecto social que alcance más allá de la simple gestión de los planes inmediatos y posibles. Un proyecto vigorosamente afianzado en la sociedad civil; que vaya por delante de las necesidades presentes de la sociedad aragonesa y aproveche sus riquezas y recursos. Que garantice rigurosos planes de investigación. Que se empeñe en la colaboración con las administraciones públicas, con las empresas, fundaciones, instituciones y cuantos colectivos desarrollen ideas y planes dinámicos de progreso equilibrado y racional. Un proyecto que contemple la formación de las futuras generaciones en los campos de las ciencias, la tecnología y las humanidades y no descuide los valores éticos y sociales.

Que no se siente a la mesa del poder político. Que instaure la duda como método científico, la fiscalización crítica y la sospecha apriorística de que las verdades instaladas y codificadas pueden ser mejorables o simplemente no ser tales verdades.

No renunciamos tampoco a una universidad democrática. Consagrar estatutariamente la idea de democracia y que de ella se deriven unas relaciones justas y una correlación de fuerzas equilibradas, no basta. Se delega en sus más ilustres profesionales la tarea de detectar las propias necesidades y se crea una atrofia del sistema democrático. Frente a la democracia formal o profesionalizada de rígida jerarquización y un corporativismo que reacciona con complejo de castración de élite en cuanto se siente amenazado, debe oponerse una democracia participativa donde progrese el debate de las ideas y el contraste de proyectos se convierta en el motor de su devenir.

Llevar a término estos objetivos es labor de todos. Hay que demostrar que autogobierno, autonomía económica y soberanía, desde una óptica progresista, significan antes que nada voluntad de cambio y de mejora para todos los aragoneses y somos nosotros, los aragoneses, quienes tenemos en nuestras manos esa responsabilidad.

«Casa Ramón» de Sasa de Sobrepuerto

Edificio solariego del siglo XVI

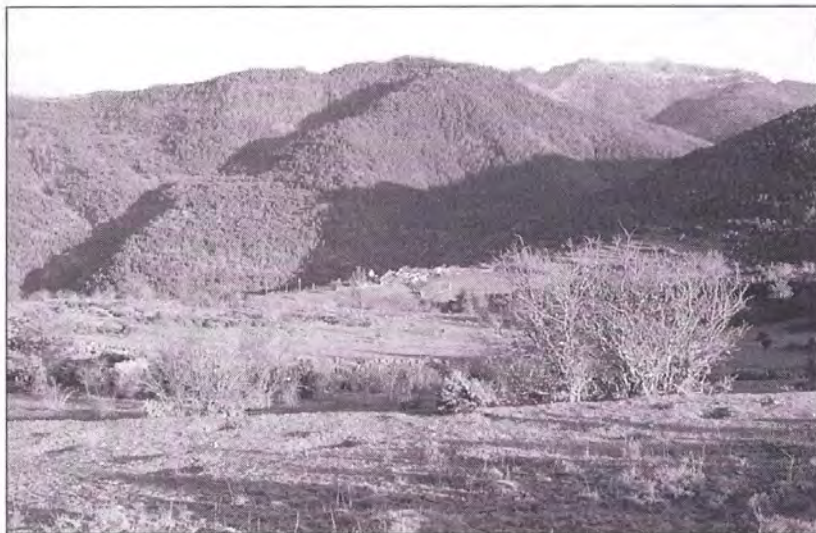
JOSÉ LUIS ACÍN FANLO

En las tierras de la zona altoaragonesa de Sobrepuerto, en esos bellos y altos pagos en los que resisten los embates del tiempo y del abandono los pueblos de Ainielle, Basarán, Otal, Cortillas, Cillas, Escartín, Ayerbe de Broto o Bergua, se encuentra en uno de sus linderos el pequeño y también deshabitado núcleo de Sasa de Sobrepuerto, accesible por la pista forestal que enlaza Fiscal con Bergua y que culmina en este rincón del Pirineo, o bien —y más recomendable— por los viejos caminos de herradura que unían Sasa con —a modo de ejemplo— Basarán a través de Cillas y Cortillas, desde los que además poder contemplar los incomparables, y sitios a gran altura, parajes del mencionado Sobrepuerto.

Núcleos poblacionales atesoradores de múltiples rincones y elementos de interés, como puede ser su arquitectura tradicional o/y funcional con sus determinadas características estructurales (edificios de dos o tres plantas, con sus partes compositivas habituales y esenciales —bodega, cuadra, cocina-hogar, salón-comedor, alcobas y «falsa» o desván—, culminadas con sus tejados de losa) y sus peculiares chimeneas, en las que apreciar diversos símbolos de carácter protector según la mentalidad y las creencias mantenidas por el habitante de la montaña —Ainielle, Escartín, Cortillas, Bergua, Ayerbe de Broto—, sus secundarias y concretas construcciones para



Vista de Sobrepuerto desde Escartín. Al fondo, Basarán y el monte Oturia. Foto: J.L. Acín.



Sasa de Sobrepuerto y su entorno. Foto: J.L. Acín.

llevar a efecto diversos trabajos del campo y distintas artesanías —bordas, cuabras, «mallatas», herrerías, o molinos, como el completo, espectacular y dieciochesco de Ainielle—, así como las creencias y supersticiones antes habituales en estas localidades y hoy olvidadas como casi lo están también sus muros asolados y arruinados, sin olvidar las varias manifestaciones histórico-artísticas, visibles en los casos de Otal y su iglesia adscrita al conjunto serrablés, de Escartín y su

sorprendente iglesia fechable en torno al siglo XVI, las torres defensivas del XVI en Bergua y su iglesia con crismón románico, o de Basarán con iglesia del núcleo serrablés trasladada —y modificada— a la tensina estación de esquí de El Formigal.

Múltiples posibilidades, variadas manifestaciones en estas agrestes tierras, en estos empinados montes en los que el hombre desarrolló su vida en un medio desconocido en un principio y duro para su laboreo, en un paraje en el que el amanecer o el atardecer lo tiñe todo de suaves tonos que delimitan y configuran sus contornos y sus elementos compositivos, ya sean éstos naturales

o humanos. Unas tierras, unos montes, acondicionados y completamente trabajados por la mano del hombre con el fin de conseguir su máximo aprovechamiento, su total e intensiva producción, levantando para ello unos gruesos y potentes muros de piedra seca que transforman el paisaje y el terreno en un completo y complejo escalonado por medio de los bancales, en unas laderas totalmente abancaladas con el fin de conseguir el aprovechamiento agrícola de la tierra. Una forma



Vista parcial de Sasa de Sobrepuerto. Foto: J.L. Acín.



Iglesia de Sasa de Sobrepuerto. Foto: J.L. Acín.

animales, de los que conseguían distintos y característicos productos —tales como los elaborados con la matacía del cerdo, o los propios del ganado ovino—, siendo ampliamente conocida —aunque no muy afamada— desde tiempos ya lejanos la fabricación y obtención del queso, si bien —y según testimonio de Ignacio de Asso— los que «se fabrican en la montaña, no sé que tengan grande estimación». Más apreciada era la «manteca de ovejas mui delicada, pero no abundante», siendo la más apreciada «la de ciertos lugares de Sobrepuerto, como Basaran, Escartin, y Cortillas, donde la mezclan en aceite, para condimento en días de vigilia»¹.

Un producto propio de esta zona montañosa altoaragonesa conocido por los pueblos y lugares aledaños, como demuestra el siguiente dicho popular, en el que quedan manifiestas las peculiaridades de Sobrepuerto, de sus habitantes y, asimismo, la riqueza —o pobreza— de dichas tierras, la productividad y los paupérrimos frutos entresacados a base de trabajar sin descanso en todas las épocas y días del año:

«Si no por a sericuenta,
o requesón y o prieto,
no habría garra tiesa
en todo este Sobrepuerto»,

sentencia recitada en alguna ocasión por el *mayoral* de los danzantes de Yebra de Basa durante la romería de Santa Orosia², la cual era contestada por los

de cultivar los escasos recursos de la montaña, con la cual y con los distintos edificios y las diversas faenas, eran autosuficientes por medio del propio abastecimiento de los productos y materiales necesarios para el desarrollo de la vida en esos lugares, para el devenir diario y cotidiano a lo largo del ciclo anual, consiguiendo por este procedimiento la autarquía económica, el ser autosuficientes en un entorno difícil y duro para el hombre.

Régimen de autoabastecimiento, de obtención de todo aquello necesario para el desarrollo de la vida, tanto en lo referente a utensilios y otros materiales, como en lo tocante a los diversos alimentos entresacados y obtenidos del cultivo de la tierra, de pequeños huertos para el consumo de la casa, de la familia, y del pastoreo y cuidado de los

habitantes de esta encrestada y serrana zona pirenaica, pues como recoge Enrique Satué «un vecino de Cortillas contestó (...): *Has de saber que a pesar d'os de Yebra y to Valle Basa, aunque venga año malo, para éste y el que viene aún tenemos trigo en casa*».

Diversas manifestaciones, distintas actividades habituales a lo largo del ciclo anual, las cuales se completaban con toda una serie de creencias y supersticiones necesarias para el desarrollo de la vida en sitio tan hostil y, en buena medida en todo lo referente a los fenómenos naturales, tan desconocidos y temidos, no faltando en su vida y en su desarrollo anual determinadas celebraciones de tipo religioso, destacándose de entre las mismas la romería de Santa Orosia en las faldas del monte Oturia —elevación montañosa

visible desde prácticamente todos estos pueblos de Sobrepuerto—, en donde se congregaban todos los habitantes de esta zona en cuestión, así como los vecinos del valle del Basa y del Gállego medio, fundamentalmente³. No obstante, no era ésta la única romería desarrollada por estas tierras, como lo demuestran los casos de las ermitas —entre otras varias y citando solamente las más próximas a Sasa— de San Bartolomé, San Marcos, San Blas o de Nuestra Señora de las Eras, en la que a «distancia muy corta de Cortillas se venera la Antigua Imagen de *N. Sa. de las Heras*. No alcanzo la razón de llamarse así», de profunda tradición también en la zona, pues como sigue apuntando Roque Alberto Faci «Es tan Antigua, que su Cofradía excede ya el número de cuatrocientos años», siendo en ese siglo XVIII todavía «muy frecuentada de aquel, y otros Pueblos vezinos, con singular devoción», celebrando «la Cofradía



Casas «Acín» y «Juan Domingo». Foto: J.L. Acín.

la Fiesta de su Patrona en el Domingo Infra Octavo de la Natividad de N. Sa. con mucha solemnidad, y en el Lunes siguiente ay función de Almas con Sermon»⁴.

Un mundo, una sociedad, unos pueblos, una forma de vida, unas montañas, unas casas que paulatinamente fueron perdiendo población y moradores desde finales del siglo pasado, fenómeno que se incrementó a partir del primer tercio de la centuria en curso, cobrando dimensiones insospechadas y drásticas en la década de los años cincuenta y, sobre todo, de los sesenta, años culminantes de este proceso que tuvo como consecuencia la despoblación de estos lugares, días en los que uniendo y convergiendo diversos avatares y circunstancias —cambio en el sistema económico de la montaña, dificultad de accesos, supresión de los servicios mínimos e indispensables, y demás aspectos reiteradamente enumerados— obligó a los hombres, a los habituales moradores de estos pagos, a abandonar sus lugares de siempre transmitidos de generación en generación durante siglos, dejando de espaldas aquellas tierras en las que se pierden sus orígenes para iniciar una nueva vida en otras totalmente nuevas para ellos, desconocidas y opuestas a su entorno y a su cotidianidad. Son los momentos en que estas poblaciones quedan completamente deshabitadas, son los años en los que muchas áreas del Pirineo se convierten en auténticos y —con el paso de los años— espeluznantes desiertos humanos, con todo lo que ello conlleva de pérdida de su historia y forma de ser, cuya vida y cultura se puede rastrear a través de sus muchas manifestaciones que todavía, y pese a su ruina y desolación, permanecen vivas.



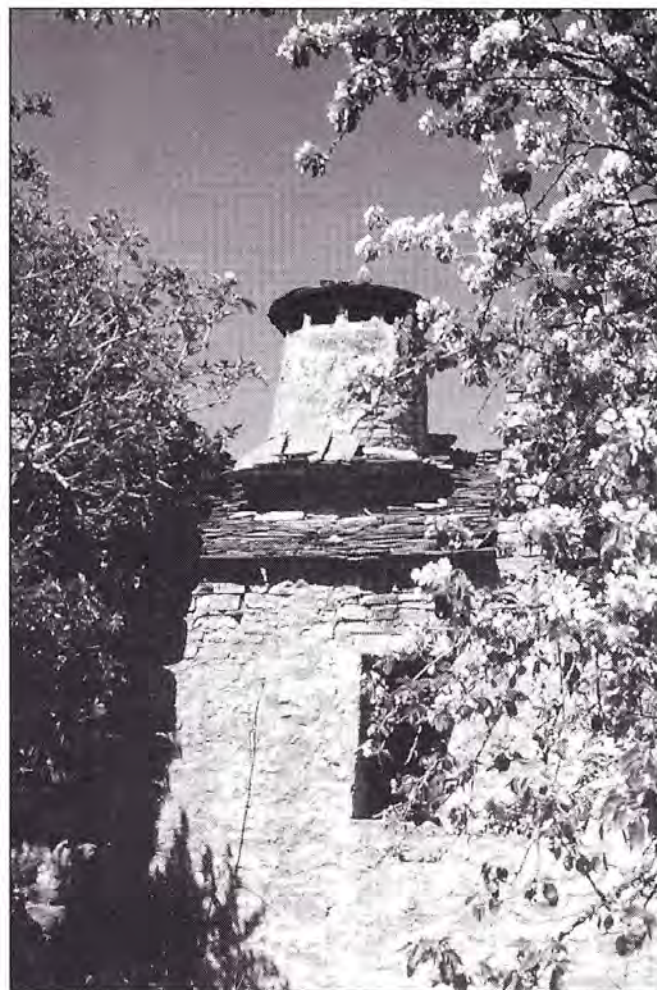
Detalle del ábside románico y de la torre, ya muy derruidos. Foto: J.L. Acín.

SASA DE SOBREPUESTO

Situado a 1.230 metros de altitud, y enclavado sobre un espolón configurado en el fondo por sendos barrancos de la Lata y del Valle, Sasa de Sobrepuesto —en palabras de Pascual Madoz— es un «l. en la prov. de Huesca (16 horas), part. jud. de Boltaña (8), dióc. de Jaca (7), aud. terr. y c. g. de Zaragoza (36)», el cual «forma ayunt. con Cortillas». Ubicado «entre pinares», su «CLIMA es frío pero bastante sano». En aquel momento, mediados de la pasada centuria, contaba con «7 malas CASAS» —en opinión de Madoz que dista mucho de la realidad en algunos casos concretos—, las mismas siete casas que subsistieron hasta su despoblación, además de una «igl. anejo de Cortillas dedicada á Sta. María», así como «buenas aguas potables» apreciables en sus diversos pozos. Población que limita «con la matriz, Berroy, Sobas y puerto de Fines», posee un terreno «de seco y de mala calidad», por donde discurren «las aguas de los barrancos de Forcos y Fines» —en una nueva imprecisión de Madoz— y



Calle única con las casas «Lardiés», «Liborio» y, al fondo, «Ramón». Foto: J.L. Acín.



Chimenea de «Casa Liborio». Foto: J.L. Acín.

los viejos caminos de herradura que «dirigen á Jaca y puntos limítrofes». Pobres y escasas tierras de las que se obtenía «mistura y patatas», más aprovechadas para la cría de «ganado lanar, caza de perdices, liebres y animales dañinos».

Su surgimiento y asentamiento, con su posterior evolución histórica, queda reflejada por Antonio Ubieto⁵, quien la remonta hasta el siglo XI cuando aparece mencionado por primera vez en un falso documento fechado en el año 1042, si bien no es hasta el 26 de enero de 1276 que vuelve a ser citado, fecha en que Jaime I dio el lugar y las tierras de Sasa al entonces infante Pedro, posteriormente conocido como Pedro III. Diez años después, el 7 de mayo de 1286 y siguiendo a Ubieto Arteta, Alfonso III de Aragón devuelve a Felipe de Castro la población de Sasa, recibiendo Pedro IV de Aragón bajo su protección a Inés Alfonso de Castelnovo junto con este pueblo el 1 de abril de 1387. Población que alcanzó el grado de realengo en 1785, y que en lo eclesiástico fue dependiente del obispado de Huesca hasta 1571, momento en que pasó su jurisdicción al de Jaca. Administrativamente —continuando

con los datos aportados por Ubieto— perteneció a la sobrecullida de Aínsa en 1495; posteriormente a la vereda de Jaca en 1646, así como al corregimiento de este último lugar entre 1711 y 1833. En 1834 se configuró su propio ayuntamiento, uniéndose al de Cortillas en 1845, del que dependió hasta los inicios de la década de los sesenta —unos años antes de su despoblación total—, momento en que toda esta demarcación se centralizó en el de Yebra de Basa.

Núcleo que ya contaba en 1495 con cuatro fuegos, los mismos que tenía en 1543, bajando a dos en 1646. En 1713 habitaban el lugar ocho vecinos, los cuales decrecieron a tres en 1717, cifra y vecinos que se mantienen en 1722 y que tiene un pequeño aumento a cuatro en 1787. No obstante, el despegue definitivo se aprecia en 1797 con trece vecinos, momento de máximo esplendor y habitantes en el lugar, los cuales se van manteniendo con ligeras oscilaciones —siete casas según Madoz a mediados de la centuria pasada, 58 habitantes haciendo caso del nomenclátor de 1857—, hasta la llegada del siglo en curso, en el que a partir del primer tercio va perdiendo paulatinamente población, encontrándose totalmente despoblado a partir de 1965, año que vio como se iba su último habitante. Con el transcurso del tiempo, y por el apego hacia su casa y su tierra de origen, los descendientes y propietarios de «Casa Ramón» volvieron a Sasa, siendo habitual sus esporádicas visitas al lugar, así como el

mantenimiento y conservación de su casa, quizás la más interesante de todo el núcleo y elemento principal y central en la elaboración de estas líneas.

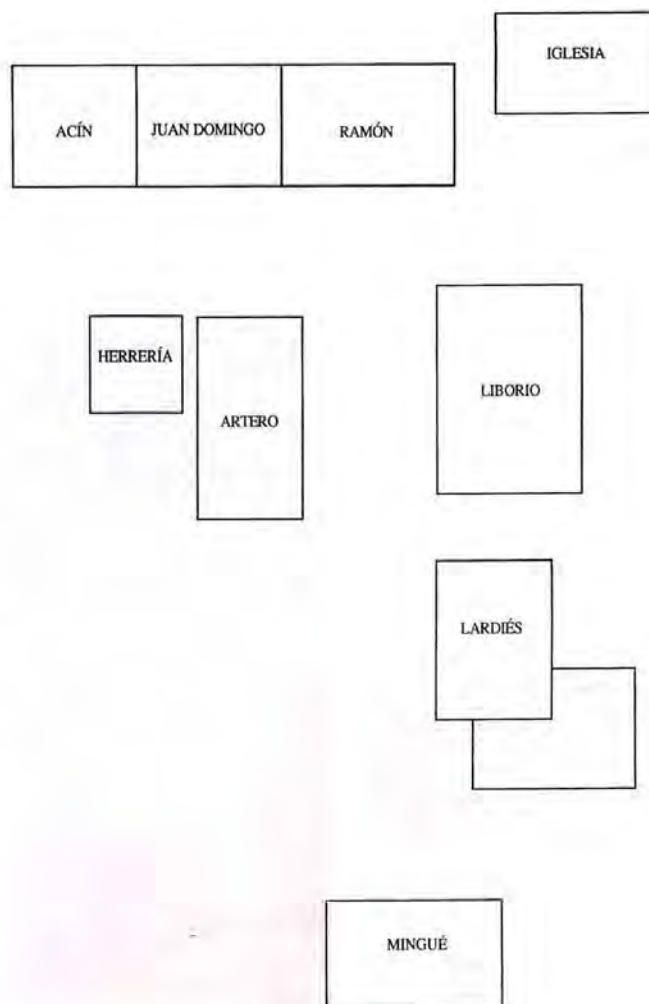
Algo han cambiado las características apuntadas por Madoz y Ubieto, ya que en la actualidad es el abandono, la maleza y la ruina las que se han enseñoreado del lugar. Pese a ello, todavía se puede apreciar la fisonomía de Sasa de Sobrepuerto, el cual se estructura en torno a una plaza más o menos central y una única calle que conduce a las escasas viviendas —y otras construcciones— sitas más hacia el exterior, más apartadas del núcleo central de la población. En un extremo del mismo, y con excelentes vistas hacia los dos barrancos y al recoleto valle que se abre en dirección a Bergua, se levanta su iglesia parroquial, encontrándose al lado la ya citada «Casa Ramón», cuya fachada principal se localiza en la plaza principal mencionada. Junto a ésta, las ruinas de «Casa Juan Domingo», edificio de notables dimensiones del que sólo resta la fachada es-



Fachada de «Casa Ramón». Foto: J.L. Acín.

ructurada en tres plantas —la baja más las dos superiores—, abriéndose en cada una de las mismas tres balcones con sus correspondientes verjas, además de las tres puertas inferiores que daban paso a la casa y a las cuadras y bodegas; por su parte posterior, aún son visibles algunos elementos compositivos de la casa, como patios y cuadras, destacando en un buen estado de con-

servación la masadería y el horno, en donde cada cierto tiempo se llevaba a cabo la masada de pan y otros productos necesarios para la casa, para los distintos componentes de la familia. Aneja, y sobresaliendo un poco sobre la línea recta de las dos anteriores, la también desvencijada «Casa Acín», de menores dimensiones que las ya relacionadas, la cual se compone de dos plantas con puerta de ingreso arquitrabada y pequeños vanos en la inferior o baja, y unos diminutos ventanales —en donde, en tiempos, se ubicaría con toda seguridad el hogar o cocina— junto a dos balcones en la superior, todo ello culminado por un alero de ladrillos escalonados y revocados —de su primitiva chimenea que dibujara Julio Gavín⁶ ya nada se conserva, ni del tejado del que emergía—. Frente a todas éstas, y cerrando por el otro lado la plaza, se sitúan los restos de la herrería —esa fragua de la que salieron todos los utensilios y herramientas necesarias para el trabajo y la casa, esa ferrería de la que posiblemente proceden los hierros retorcidos de las verjas de los balcones—, pequeño recinto en el que poder apreciar sus distintos componentes —fuelle, *fogaril*, yunque, chimenea—, y que ha sido mudo testigo del devenir del tiempo y de la soledad, desde aquellos en plena ebullición y repiqueteo hasta los de ahora en completa ruina y desolación. Al lado, con entrada ya por la única calle, se encuentra «Casa Artero», edificio de gran volumen y muy modificado con pajar y cuadra anejos, cuya puerta adintelada presenta un sencillo y casi borrado escudo. Frente a ésta, siguiendo el curso de la calle desde la plaza, «Casa Liborio», ruinoso construcción de pequeños ventanales en cuyo extremo —y todavía en pie— se ubica la cocina con su emergente y pequeña chimenea troncocónica terminada en un sencillo y prismático espartabrujas, alzándose también sobre el tejado de losas la diminuta chimenea cuadrangular del horno de la casa. A continuación se levanta «Casa Lardiés», en cuyos sencillos muros se abre una dovelada y bien trabajada puerta de arco apuntado con clave central en la que resalta la forma de un escudo inconcluso, adosándosele un pajar con *subidor* o rampa de acceso en cuyo hueco se cobija bajo arco de medio punto y bóveda de medio cañón un pozo que surtía de la necesaria agua al lugar. Finalmente, en el extremo opuesto a la iglesia y en un mal estado de conservación, «Casa Mingué» con sus edificaciones anejas —cuadras, pajares—, edificio de gran volumen y



Plano de Sasa de Sobrepuerto.

clara función defensiva, como denota el cuerpo de la torre truncada que todavía se conserva y que, posiblemente, respondería a las mismas funciones y características que las situadas en otros pueblos vecinos del cercano valle del Ara —Bergua, Fiscal, Broto, Oto, etc.—. Todo ello completado, hacia las afueras del pueblo, por alguna cuadra y por las bordas y las eras en donde en los días ventosos se trillaba y se separaba el grano de la paja, además de bien contruidos y delimitados caminos que abrían las puertas de este pueblo a las de los cercanos, que comunicaban su mundo interno con los muchos mundos externos, veredas que con el paso del tiempo vieron como se fueron por sus trochas todos y cada uno de sus hacedores y moradores, vías de salida para los habitantes en aquel momento en que ya se hacía muy difícil y despectiva la vida en la montaña, en el pueblo, en el medio rural montaños.

Por último, la ya citada iglesia parroquial bajo la advocación de Santa María, edificio de orígenes románicos —siglo XII— con profusas



Conjunto de pinturas visibles en la actualidad de «Casa Ramón». Foto: J.L. Acín.

ampliaciones y modificaciones en época moderna, sobre todo a partir de los siglos XVII y XVIII. Exteriormente se aprecia la nave rectangular modificada en el citado siglo y el derrumbado ábside semicircular ya descarnado y arruinado, dejando ver las entretelas de su fábrica y en el que aún subsiste algún canecillo de su tejazoz sobre el que se eleva una truncada y medio caída torre —al igual que el ábside— construida en el siglo XIX, la cual presenta planta cuadrangular

(al menos así lo denotan los restos —la mitad del campanario— que quedan en pie) con acceso desde el exterior y un vano de medio punto, así como el arranque derruido del segundo, en los que antaño se cobijaban las campanas ya desaparecidas. En el lado sur o de la Epístola, y cobijada por una pronunciada lonja o pórtico con bóveda de medio cañón levantada en el mismo momento que la nave, se halla la puerta de ingreso de grandes dovelas configurando un proporcio-

nado y bien trazado arco apuntado, posiblemente ejecutada a finales del siglo XV o inicios del XVI. Su interior se estructura por una nave de dos tramos techados con bóvedas de lunetos —fines del XVII o principios del XVIII—, culminada en un ábside semicircular de traza y tipología románica, el cual se techaba con una ya caída bóveda de horno que se separaba y dividía del resto del muro del hemiciclo por una sencilla imposta biselada sin ningún tipo de decoración escultórica que recorre todo su contorno semicircular, adosándosele en uno de sus lados —del Evangelio— una sacristía levantada a la vez que la última reforma de la iglesia;



Detalle de tres soldados y de la inscripción. Foto: J.L. Acín.

en ambos muros laterales, sendas capillas de distinto volumen y profundidad cubiertas con bóvedas de medio cañón.

Un pueblo, un lugar plenamente vivo y con un buen conjunto de construcciones, de elementos que, lentamente al inicio y vertiginosamente en los últimos años de presencia de sus moradores, se fue despoblando hasta quedar completamente vacío. Así, los primeros en emigrar de las tierras y los muros de Sasa fueron los de «Casa Lardiés» a finales de la década de los veinte, a los que siguieron en los años de la guerra civil los miembros de «Casa Juan Domingo». Una vez concluida dicha contienda, son los de «Casa Artero» quienes dejan atrás sus propiedades y su vida en este pueblo de Sobrepuerto, última casa en deshabitar hasta los años sesenta, cuando cierran las puertas —por orden de abandono— «Casa Acín», «Casa Mingué» y «Casa Liborio», siendo los de «Casa Ramón» los últimos en cerrar las puertas allá por el año 1965.

«CASA RAMÓN»

Los últimos en irse y los primeros en volver. La familia de «Casa Ramón» ha vuelto para conservar una amplia y voluminosa vivienda levantada en las inmediaciones de la iglesia. Compuesta de dos partes constructivas claramente diferenciadas, a las que rodean otras edificaciones secundarias, es la zona cuya fachada se levanta sobre la plaza la más interesante y primigenia de toda la construcción, ampliándose posteriormente hacia el lado de la iglesia.

«Casa Ramón» —«Casa Escartín» según algunos autores— es una sólida y solariega construcción de planta rectangular, cuya fachada se estructura en tres plantas —la baja o de acceso y las dos superiores— construidas a base de piedra sillar y mampostería completamente revocada. Obra de la segunda mitad del siglo XVI de corte renacentista, presenta en su parte inferior la entrada a la casa con un gran arco de medio punto que se prolonga en un pórtico cubierto con bóveda de medio cañón. Su función netamente defensiva se desprende de una aspillera o saetera abocinada y de pronunciado derrame colocada en cada uno de los lados de dicho porche, además de alguna otra situada en el frente del edificio. La puerta de ingreso se delimita mediante un símil de arco conopial labrado en la clave y desarrollado en las dovelas que configuran dicha portada, situándose



Detalle de un soldado. Foto: J.L. Acín.

en la parte superior de la misma un pequeño escudo partido en dos cuarteles en el que se desarrollan las armas de la casa —las de los Allué—, encontrándose labradas en su parte siniestra cinco barras en banda sobre tres estrellas, y en la diestra dos flores de lis.

La primera planta se abre al exterior por medio de tres ventanales adintelados, al igual que en la segunda, todos ellos de pequeñas dimensiones a excepción del situado a la izquierda de ese primer piso, de grandes proporciones y de forma rectangular, el cual se divide en cuatro cuarterones por medio de la utilización de finas columnas o baquetones decorados en su arranque con finas molduras a modo de basas. Sorprendente ventanal coronado por un dintel bocelado, situándose justo encima de éste —ya en la segunda planta— una pequeña ventana labrada con forma de bisel en sus dos laterales, cerrada por un arquitrabe en el que se halla esculpido un arco conopial.

En su interior, y en su parte baja, destacan sendos habitáculos abovedados que corresponden a los dos espacios en los que se abren las ya mencionadas aspilleras. No obstante, lo más destaca-

do de la casa interiormente es la gran sala de la primera planta, la cual se manifiesta en el exterior por el gran vano ya descrito. Salón que todavía atesora su primitivo artesonado, compuesto por grandes vigas talladas de forma sencilla, cubriéndose los huecos dejados entre las mismas por unas sencillas tabletas sin ningún tipo de decoración. Espacio conservado sin apenas transformaciones desde su construcción, en el que se guardan en los muros encalados unas interesantes y poco conocidas pinturas murales datables a finales del siglo XVI o en los primeros años del XVII. Descubiertas hace aproximadamente veinte años por el descarnamiento producido por una gotera en el encalado, y sólo sacadas a la luz en un pequeño lienzo de muro de unos cinco metros —si bien catas realizadas en el resto de esta pared y en las otras de la sala demuestran que la decoración pictórica se extiende por los mismos, abarcando todo el espacio mural del salón—, representan una serie de figuras, de soldados —dispuestos a modo de cortejo y pintados en tonos azules y cremas muy desvaídos— ataviados con las prendas usuales de los mismos, es decir, con las mallas, las corazas para proteger el cuerpo —algunas de ellas con decoraciones geométricas— pequeños escudos en la mano izquierda y alzadas espadas en la diestra, o vistosos yelmos —con sus partes compositivas: morrión, visera y babera— decorados geométrica y vegetalmente, los cuales presentan asimismo varios penachos o adornos de plumas que sobresalen de los cascos o morriones. Infinidad de detalles y de elementos todavía apreciables en estas pinturas que denotan una posible influencia francesa (flores de lis en los escudos), en las que se pueden destacar igualmente los rostros que asoman a través de las armaduras, caras dibujadas y bien configuradas por ojos, nariz, boca, mechones de pelo y barba. Finalmente, y recorriendo toda la parte superior, se aprecia una inscripción enmarcada por sendas y paralelas líneas.

Una casa solariega de aspecto señorial y origen infanzón, atesoradora de unas interesantes y poco usuales pinturas murales, prácticamente desconocida, en la que sería necesario y conveniente una cuidada y obligada restauración de su estructura, así como de sus elementos compositivos y decorativos, para así preservar una construcción de verdadero valor histórico y artístico —de las pocas que han subsistido hasta la actualidad— en medio de un entorno natural de extraordinaria belleza.

INFORMANTES

- Miguel Allué, de «Casa Royo» de Escartín.
- Ramón Escartín, de «Casa Ramón» de Sasa de Sobrepuerto.
- José Villacampa, de «Casa Juan Domingo» de Sasa de Sobrepuerto.

BIBLIOGRAFÍA

- ASSO, Ignacio de, *Historia de la economía política de Aragón*, Zaragoza, Guara Editorial, 1983.
- FACI, Roque Alberto, *Aragón, reyno de Christo y dote de María Santissima*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, edición facsímil de las de 1739 y 1750, 1979.
- GARCÉS ROMEO, José; GAVÍN MOYA, Julio y SATUÉ OLIVÁN, Enrique, *Arquitectura popular de Serrablo*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Colección de Estudios Altoaragoneses, 1988.
- GARCÍA GUATAS, Manuel (Director), *Inventario artístico de Huesca y su provincia: tomo III, Partido judicial de Boltaña*, 2 vol., Madrid, Ministerio de Cultura, 1992.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Valladolid, Ámbito Ediciones y Diputación General de Aragón, edición facsímil de la de 1845-1850, 1986.
- UBIETO ARTETA, Agustín, *Historia de Aragón: los pueblos y los despoblados, III*, Zaragoza, Anubar Ediciones, 1984.

NOTAS

1. ASSO, Ignacio de, *Historia de la economía política de Aragón*, p. 30.
2. SATUÉ OLIVÁN, Enrique, *Las romerías de Santa Orosia*, p. 234.
3. Para una visión más amplia del tema, véase la apuntada obra de Enrique SATUÉ OLIVÁN, *Las romerías de Santa Orosia*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Colección Estudios y Monografías, 1988.
4. FACI, Roque Alberto, *Aragón, reyno de Christo y dote de María Santissima*, p. 491.
5. UBIETO ARTETA, Antonio, *Historia de Aragón: los pueblos y los despoblados, III*, pp. 1175-1176.
6. GARCÉS, GAVÍN y SATUÉ, *Arquitectura popular de Serrablo*, p. 82, fig. 83.

Decálogo de un salto en el vacío

Diez razones económicas contra los planes para la gestión del agua en la cuenca del Ebro

**JORGE BIELSA
PEDRO ARROJO**

INTRODUCCIÓN

Recientemente, se ha presentado el Plan Hidrológico de la Cuenca del Ebro (PHCE) por parte de las «autoridades hidráulicas» de la Confederación Hidrográfica del Ebro (CHE) en cuyo Consejo se encuentran representadas, al menos en teoría, todas las partes implicadas en el cada vez más difícil y complejo mundo del agua. Al margen del delicado tema de la representatividad del Consejo del Agua, el presente Plan moviliza tal cantidad de recursos, compromete tantas expectativas de futuro que parece obligado invitar a una pequeña reflexión sobre qué hemos hecho y qué queremos hacer en los próximos veinte años. Sin embargo, lejos de invitar a la reflexión y al debate, por este orden, nos encontramos un documento que surge con prisas, con graves deficiencias, con lagunas y que nos deja la terrible sensación de ser un salto en el vacío sin más objetivo que el consabido «mucho más de lo mismo».

La mayor parte de lo que sigue es una enmienda a la totalidad ya que, más que rebatir los aspectos económicos del Plan, que a nuestro entender no existen, se refiere a todo un conjunto de análisis y estudios que, o están por hacer, o no han sido considerados. Reconociendo que el punto de vista económico no es el único, las conclusiones que se derivan de este tipo

de análisis pueden ayudar a situar el problema de la Planificación Hidrológica en un contexto mucho más amplio que el del presente Plan de Obras. El enfoque multidisciplinar es absolutamente necesario en nuestra opinión y el análisis económico debe ser una de las facetas que cubra una planificación seria.

En el documento desglosaremos las graves carencias del plan propuesto desde el punto de vista económico, al tiempo que plantearemos las líneas que deberían articularse para darle esa perspectiva. Todo ello lleva a unas propuestas de acción que, sin estar detalladas al nivel que requiere una planificación rigurosa, sugieren una dirección totalmente distinta a la que se desprende de este Plan. La existencia de esas alternativas consistentes desde un punto de vista económico es lo que constituye la décima de las razones por las que este plan de obras no debería llevarse a cabo.

DIEZ RAZONES PARA CUESTIONAR EL PLAN DE CUENCA

1. La planificación económica, un concepto más amplio

El concepto de planificación económica ha venido frecuentemente asociado a las economías centra-

lizadas del antiguo bloque de países del Este. Lo cierto es que en la actualidad es un hecho aceptado que los estados con economías de mercado y las principales empresas transnacionales desarrollan planes que abarcan grandes períodos de tiempo. Este tipo de funcionamiento ha dirigido la Política Hidráulica desde sus orígenes. En palabras de Josu Mezo: «La generación, distribución y venta del recurso agua es lo más parecido que tenemos en España a un sistema de producción centralizada al estilo de los países de economía planificada» (Mezo 1995). Sin embargo, el agua no reúne las características de los bienes que suelen estar sujetos a la administración completa por parte del Estado. En efecto, aunque en alguno de sus usos presenta las características de lo que podríamos llamar un bien público, esto no es aplicable a la mayoría de los que se tratan en el PHCE ya que la identificación de los usuarios junto con las cantidades consumidas no sólo es posible, sino que es uno de los objetivos en los que coinciden cada vez más todos los analistas.

De la abundante literatura al respecto sobre la planificación económica, podemos extraer algunas cuestiones de gran interés en el caso que nos ocupa. En concreto, la Planificación en sentido amplio consta de las siguientes fases: Planificación, Ejecución y Control. Es un lugar común de todos los textos hacer referencia al carácter dinámico que debe tener cualquier proceso planificador. Esto implica que no debe quedarse en una mera enumeración de proyectos ya que si no está dotada de un sistema de relaciones de prioridad y organizaciones de seguimiento, los mejores planes pueden naufragar en una realidad cada vez más compleja, cada vez más cambiante y donde las decisiones cada vez deben ser tomadas con mayor rapidez. En el PHCE que nos ocupa parecen haberse pasado por alto todas estas consideraciones ya que todo lo referente a ejecución y control se resuelve en unas dos páginas escasas al final de la Memoria.

2. La elección de un criterio de selección de proyectos

En la fase de planificación deben señalarse los objetivos para posteriormente estudiar las diferentes alternativas que permiten alcanzarlos con el fin de seleccionar entre estas últimas, aquélla que desde un punto de vista económico maximice o minimice los valores de alguna función que utilizamos como criterio de selección. Esta función puede estar relacionada con el bienestar social o con los costes totales de los proyectos.

Sobre esta primera parte, el PHCE no es sino un

primer esbozo, ya que no presenta ningún criterio de selección por lo que, lógicamente, tampoco presenta diferentes alternativas para alcanzar el objetivo. Sin embargo, el plan de cuenca parece claro a la hora de marcar el objetivo así como la única alternativa considerada para alcanzarlo. El objetivo parece ser **maximizar la cantidad de agua disponible por los regadíos más los abastecimientos urbanos más los suministros industriales y la forma de lograrlo es embalsar todo lo que técnicamente sea posible dentro de la cuenca**. Ciertamente, semejante objetivo rompe, de forma injustificada, el carácter instrumental de la regulación para pasar a darle cuerpo de fin en sí mismo. Corresponde a los expertos en otras especialidades discutir la viabilidad física de las obras, pero no todo lo que es técnicamente factible es económicamente razonable.

Al no precisar otras alternativas ni siquiera al nivel de estudio preliminar, los criterios de selección de inversiones o el simple análisis de viabilidad económica de la alternativa planteada ni siquiera se plantean. La Separata de Aspectos Económicos tan sólo necesita de cinco páginas para liquidar lo que costaría muchas horas de estudio en un análisis mínimamente serio. En otras palabras, cuando se redactó el borrador que se nos presenta, la alternativa económicamente más eficiente estaba, al parecer, estudiada y elegida de acuerdo con algún criterio de selección que en el momento de redactar esta alegación desconocemos. Todas estas cuestiones se resumen con una frase de la memoria que recogemos aquí textualmente: «...actuaciones que parecen técnica, económica y medioambientalmente razonables».

Cuestión aparte es si los objetivos planteados en este Plan son compatibles con el equilibrio ecológico, hidrológico, demográfico o con la equidad en la distribución de la renta ya que, como ya advertimos, la cuantificación de esas limitaciones debe ser aportada por un conjunto de disciplinas científicas que en dicho plan se ignoran. Sin embargo, esas restricciones figurarán necesariamente en nuestros presupuestos ya que estamos planificando en el contexto del largo plazo y no podemos pensar que los equilibrios hídrico y ecológico vayan a quedar intactos tras esta ingente alteración de las condiciones que los generaron a lo largo del tiempo. Tratar esta importantísima restricción como una variable de holgura llamada «caudales de compensación», constituye uno de los principales saltos en el vacío del este Plan ya que pone en duda incluso su viabilidad técnica. Por su parte, tampoco parece posible movilizar semejantes sumas del presupuesto público sin afectar de forma decisiva a la distribución personal

y geográfica de la renta. Pero veamos que otros objetivos podían haberse planteado y que problemas hubieran aparecido de haberlo hecho.

3. La adecuación de la oferta a las verdaderas demandas

La principal contradicción del plan de obras que se nos presenta es en el tratamiento que da a lo que denomina las «demandas». En un sentido puramente económico, el concepto de demanda va asociado a un precio o a una tarifa y no puede hablarse de él como si fuera una variable independiente sino que para diferentes precios o tarifas las cantidades demandadas habrán de ser necesariamente distintas.

Es un lugar común en la literatura sobre Economía del Agua la afirmación de que el establecimiento de diferentes políticas de tarificación del recurso agua son condición necesaria para conseguir una utilización más eficiente del mismo. El propio Plan Hidrológico Nacional (PHN) reconoce este hecho en el apartado titulado *Consideraciones sobre el régimen económico-financiero* en el que dice textualmente: «los cánones, exacciones y tarifas se han mostrado manifiestamente insuficientes para cubrir los costos de amortización de las inversiones y de explotación de los sistemas. En ningún caso tienen el carácter de precio de un factor de producción... Ello puede conducir a un despilfarro, en clara contradicción con los objetivos de la política hidráulica...». Nada que alegar a esta afirmación excepto que no se tiene en cuenta a la hora de establecer las previsiones de demanda. Ni en aquel plan nacional, ni en el presente plan de cuenca encontramos referencia alguna a las tarifas cuando se trata de establecer las previsiones sobre las demandas. En efecto, todas las estimaciones de las demandas han sido calculadas bajo el supuesto implícito de que se mantienen las actuales tarifas en lo que respecta al uso del agua. Por tanto, podemos convenir que: «la modificación del régimen económico-financiero recomendada tan unánimemente supondría la invalidación de todas las previsiones... en lo que se refiere a las obras ne-

cesarias para satisfacer la demanda» (Mezo 1995). Todo esto nos lleva a concluir que el sistema de cálculo de las demandas de forma independiente del precio no conduce a una buena asignación de recursos desde un punto de vista económico. Como decíamos más arriba, el PHCE propone un sistema de asignación muy similar al que ha llevado a la bancarrota a las economías planificadas del Este.

4. La consideración de la equidad

También podemos plantearnos en este punto si la aplicación de estos criterios de asignación tiene algo que ver con algún principio de los recogidos en la Economía del Bienestar, es decir, cuestiones como la distribución de la renta o la equidad. Tampoco en este punto podemos ser muy optimistas según nos advierte el propio PHN en el citado capítulo *Consideraciones sobre el régimen económico-financiero*. En efecto, en una parte del mismo dice textualmente: «la falta de un sistema adecuado de precios del agua conduce a la internalización por el sector privado de plusvalías generadas por inversiones de las administraciones públicas», a lo que podríamos añadir que la no consideración de las afecciones a terceros o la infravaloración de las compensaciones, junto con la no internalización a los beneficiarios de los verdaderos costes, provocan graves injusticias en la asignación de los recursos.

Nada que ver, por tanto, tiene este tipo de planificación con ningún criterio de equidad entre personas con diferentes niveles de renta o que vivan en territorios con distintos grados de desarrollo. Que el modo de planificar del PHCE llevara a una distribución de la renta más justa que la anterior sería una verdadera coincidencia ya que en ningún momento se ha tenido en cuenta ese extremo en las consideraciones previas a la asignación del recurso.

Cualquier tipo de política o Plan tiene efectos sobre la distribución personal y espacial de la renta. Por ejemplo, como consecuencia de la asignación de los costes del agua a los beneficiarios de la regulación, pueden generarse efectos indeseados y desequi-



libradores sobre las economías más débiles. Para esos casos existe la posibilidad de la subvención redistributiva. Por tanto, si no analizamos los efectos de las tarifas sobre las rentas afectadas, tampoco sabremos cómo y en qué cantidad compensarlos. Es preciso aclarar que estas injusticias pueden producirse entre personas o entidades tanto si pertenecen a una misma cuenca o región como si corresponden a dos cuencas diferentes. El planteamiento del conflicto solamente desde un punto de vista de unas regiones contra otras es claramente parcial e insuficiente. Este enfoque nos sugiere otro punto de vista, a saber, la adecuación entre los planes de cuenca y el plan nacional.

5. La coherencia con los planes nacionales.

Debe quedar claro que todo lo que aquí se dice es aplicable a la Planificación Hidrológica a nivel nacional de la que el presente plan es un botón de muestra. Sin embargo, la inadecuación del PHCE a objetivos de planificación de ámbito más amplio como el Plan Hidrológico Nacional (PHN) puede considerarse como una manifestación de las contradicciones que caracterizan todo el proceso.

En efecto, si como parece indicarse, el número total de hectáreas de nuevos regadíos en nuestro país no llegará en ningún caso a las 600.000 (Baltanás 1994), resulta imposible creer que sólo en la cuenca del Ebro se pongan en riego las 445.000 ha. de las que habla el PHCE. En el reciente Avance del Plan Nacional de Regadíos se manejaban cifras que contrastan abiertamente con el actual PHCE por lo que no entendemos como pueden condicionarse la ejecución de unas obras por valor de 690.000 millones de pesetas para atender a unas necesidades que todavía están por concretar por parte de los decisores últimos, esto es, la Administración Central. La única posibilidad de casar todas las piezas de este rompecabezas es la consideración de los trasvases intercuenas pero tampoco este punto queda claro en la actual versión del PHCE.

A modo de conclusión parcial de todo lo anterior, podríamos decir que ni la cobertura de costes ni la equidad son consideraciones que figuren entre las propuestas del Plan de Cuenca que tenemos sobre la mesa, que además no parece ser un verdadero plan sino una especie de oferta negociadora. Las cuestiones relacionadas con la eficiencia merecen consideración aparte, ya que la confusión creada al respecto no deja ver los verdaderos problemas ni sus soluciones.

6. El objetivo de la eficiencia

Las alusiones a la eficiencia de los regadíos de la cuenca constituyen uno de los puntos fuertes de la

Memoria (Memoria PHCE, pág. 49-50). En ese apartado, lleno de prolijas comparaciones con el resto de Europa y del mundo, los regadíos de la cuenca aparecen como los más eficientes para la mayoría de los cultivos. Sin dudar sobre la veracidad de esas cifras, la eficiencia a la que se refieren es la denominada eficiencia técnica, es decir, aquella que sólo tiene en cuenta la relación entre factores productivos y producto obtenido. Sin embargo, si queremos conocer verdaderamente la competitividad de nuestros regadíos, debemos calcular la eficiencia económica, esto es, la que resulta después de asignar los costes variables y fijos por unidad de producto donde necesariamente se incluirán los precios de la mano de obra, de los fertilizantes, del agua y de toda la lista de inputs. Los resultados aportados por el plan sólo se mantendrán si los precios de esos inputs son los mismos o inferiores a los de los países competidores. Esta eficiencia económica no ha sido calculada en la Memoria a pesar de reconocer que el dato que obtienen es sólo: «uno de los factores que tiene gran influencia en la competitividad de la producción agrícola» (Memoria PHCE). Desgraciadamente, hay algunos indicadores en otros estudios que si obtienen los «otros factores» y no parecen llegar a las mismas conclusiones que la presente memoria. Concretamente, José M^a Sumpsi, en un reciente artículo, estudia las consecuencias de repercutir una parte de los costes del agua sobre la competitividad de los regadíos españoles. Las conclusiones son bastante claras, según sus propias palabras al referirse a los cereales de invierno: «cuando se trasladan los costes reales de regulación y transporte del agua al agricultor con la fórmula de cálculo planteada en la Ley de Aguas de 1985..., el coste variable unitario del regadío (con elevación y sin elevación) es mayor que el del secano y por tanto éste sería más competitivo que aquél por lo que no interesaría regar» (Sumpsi 1994). Cuando observamos la cantidad de superficie que se planea dedicar a este tipo de cultivos, deberíamos pensar que este tipo de análisis es absolutamente imprescindible en el PHCE ya que los costes asociados al regadío vamos a tener que pagarlos de una forma u otra toda la sociedad en su conjunto, bien sea a través de impuestos (versión PHN) o a través del precio de los productos agrarios (versión Ley de Aguas), en el supuesto de que los mercados agrícolas fueran competitivos con los de los países de fuera de la CEE. Esta última consideración es de extraordinaria importancia para entender el problema ya que la ausencia en el PHCE del análisis económico tanto a nivel global como en los aspectos relacionados con la asignación del recurso entre diferentes usos

enmascara dos tipos de problemas. Por una parte, si persiste la actual intención de repercutir los costes del agua a través de presupuesto público, es necesario ver si eso es compatible con la política macroeconómica de contención del déficit público en la que nos movemos. Por otro lado, desde el punto de vista microeconómico, hay que analizar si las disposiciones normativas que se citan en la Memoria son suficientes para ordenar la prioridad y compatibilidad de usos, es decir, la asignación del recurso entre diferentes aprovechamientos y entre diferentes cuencas en el caso de los trasvases.

7. La restricción presupuestaria global

Analicemos el primero de los puntos: la adecuación de este plan con los objetivos macroeconómicos de la economía española.

En primer lugar, es necesario hacer hincapié en la inconsistencia entre las cifras presupuestarias que figuran en la Separata de Aspectos Económicos (SAE) y otros datos procedentes igualmente de la administración. En efecto, si calculamos el coste por hectárea de nuevo regadío que se deriva de la SAE obtenemos la cifra de 1.550.562 ptas./ha. Esta cifra contrasta con los 2.000.000 a 2.500.000 ptas. que aparece en diversas fuentes (por ejemplo en un informe de la Dirección General de Infraestructuras Agrarias de la D.G.A.). Este hecho, puede convertir las cifras presupuestarias totales en un mero indicador con un sesgo a la baja de un 30%. Simplemente con esta consideración, nos acercamos al billón de ptas. en nuevos regadíos solamente para la cuenca del Ebro. Si comparamos esta cifra con la correspondiente al PHN, la inconsistencia resulta, lógicamente, la misma que ya vimos en el caso de las superficies de nuevos regadíos ya que sólo en nuestra cuenca se ventila más de la mitad de lo presupuestado para el total del Estado. Estas cuestiones, que ya de por sí resultan chocantes, resultan más difíciles de asumir si pensamos que el coste marginal de los nuevos recursos ha de ser forzosamente mayor. Esto es así porque las obras con mayor eficiencia técnica de regulación han sido ya construidas. Así que fácilmente vamos a enfrentarnos a costes por unidad mayores.

En un contexto de restricción del déficit público, donde las viejas políticas de mantener o ampliar el gasto con el fin de garantizar un nivel de demanda agregada estable están cada vez más en entredicho, ya no vale aquella vieja máxima keynesiana de «El Estado debe contratar trabajadores para hacer hoyos y volverlos a tapar». Mientras no seamos conscientes de que el mantenimiento de los puestos de trabajo en

sectores clave como el de la construcción no pasa por realizar grandes infraestructuras sin preguntarse para qué o qué tipo de estructura industrial generan, seguiremos acumulando déficit. En efecto, las consecuencias a medio y largo plazo de la construcción de grandes obras que no se autofinancian es la mejor forma de hipotecar el futuro y comprometer recursos que, dedicados a otros fines, podrían aumentar el bienestar de toda la población. Este enfoque no presupone, como muchos economistas mantienen en la actualidad, que la única forma de crear riqueza estable a largo plazo sea la actividad empresarial privada sino más bien que hay que reorientar el modo de creación de riqueza por parte del sector público. Por supuesto, en ninguna parte del PHCE se mencionan este tipo de consideraciones que, al menos a nivel analítico, deben ser consideradas; sin perjuicio de que las decisiones últimas correspondan a otras esferas. No obstante, sí que se echa en falta algunos de los siguientes aspectos:

- Coste por puesto de trabajo estable creado en ésta y en otras actividades.

- Tasa interna de rentabilidad (TIR) de los proyectos concretos.

- Sistema de repercusión de los costes a los beneficiarios directos a un nivel detallado sin hacer referencias genéricas a normativas poco concretas.

- Sistema de compensación de las afecciones directas e indirectas que inevitablemente han de producirse.

Todo ello con el fin de comparar diferentes alternativas de gasto y seleccionar aquéllas que cumplen los mismos objetivos sociales al mínimo coste dado que los recursos son limitados y siempre ocurrirá que aquellos recursos que destinamos a un proyecto, dejan de utilizarse en la alternativa más eficiente. Esta forma de proceder, garantizaría que los intereses de la sociedad en su conjunto fueran considerados a un nivel más allá del puramente retórico. En Teoría Económica este tipo de cuestiones recibe el nombre de maximización de la Función de Bienestar Social. Algo tan sencillo de expresar y comprender, resulta extraordinariamente difícil de llevar a la práctica mientras no se produzca una profunda reforma institucional en organismos como las Confederaciones Hidrográficas. En efecto, el sistema de asignación de recursos que observamos en la práctica sigue otros patrones bien distintos al que hemos planteado. Las decisiones finales son el resultado de un juego de suma nula entre los distintos grupos de interés y la Administración; lo cual, es dudoso que represente los intereses de la mayoría de la sociedad.

8. El modelo de decisión: los grupos de presión

En efecto, las decisiones de gasto están en muchas ocasiones condicionadas por el juego de múltiples grupos de presión que no tienen porqué representar a la mayoría de la sociedad. Estos grupos establecen una especie de negociación con las autoridades y entre sí con el fin de obtener el máximo provecho de las decisiones públicas en materia de inversiones. Quede claro que no estamos hablando de corrupción. Simplemente estamos describiendo el proceso mediante el cual, a través del juego de una serie de intereses legítimos, son tomadas las decisiones de gasto público. El problema no es discutir si ese modo de proceder es lícito o no, sino constatar hasta qué punto los intereses de la mayoría están representados. Una profunda democratización de la política y la gestión hidráulicas, pasa por recomponer conceptos y estructuras obsoletas que garanticen la participación real del conjunto de la sociedad. Esto significa que el agua debe dejar de ser cosa de hidroeléctricos, constructores, políticos y regantes. Los cambios institucionales pueden mejorar mucho el sesgo que las decisiones finales tengan. Mientras este tipo de problemas no se resuelvan, tiene poco sentido teorizar sobre cuestiones como la conveniencia de instaurar dinámicas de mercado para el recurso agua o las políticas más adecuadas de tarificación del recurso ya que los resultados de estas cuestiones estarán viciados por el actual modelo institucional que rige las decisiones en materia de Política Hidráulica.

No es de extrañar que estas consideraciones no merezcan ni una sola línea del PHCE dado que no corresponde a los beneficiarios de la actual situación tratar de cambiarla. Sin embargo, hubiera sido un buen tanto para los que teóricamente representan a los intereses generales, haber lanzado una señal indicativa de que las cosas podían hacerse de otra manera.

Pasemos ahora a considerar los métodos de asignación a un nivel microeconómico, esto es, los criterios relacionados con el reparto de la cantidad total del recurso entre los diferentes usos.

9. La asignación vía cantidades; un sistema insuficiente

En las páginas 76 y 77 de la Memoria del PHCE, bajo los epígrafes *Prioridad de Usos* y *Criterios de Compatibilidad* se cita el único criterio de asignación que contempla el Plan en toda su extensión. Este criterio, de carácter exclusivamente normativo, es viable cuando las demandas en cada punto de la cuenca sean menores o iguales a las ofertas; en caso contrario, se dice que se realizarán las obras oportunas para compatibilizar los usos y se establecen una serie de prioridades. Cabe preguntarse si la actual normativa sobre prioridades se está cumpliendo en la práctica cuando aparecen conflictos entre usuarios. También es dudoso que el actual sistema de concesiones no merezca alguna actualización cuando es notorio que presenta aspectos anacrónicos. En cualquier caso, es posible que un marco de asignación vía concesiones presente muchas rigideces y vicios de todo tipo que impidan una gestión más eficiente y racional del recurso. Por concretar un poco más: mientras las confederaciones tengan incentivos a sobredimensionar las concesiones, es imposible que los consumos se ajusten a las necesidades reales.

De todos modos, suponiendo que las concesiones son correctas y se cumplen las prioridades, cabe preguntarnos si, desde un punto de vista estrictamente económico, no podemos arrojar alguna luz al respecto. En efecto, la Teoría Económica convencional nos propone un marco bien distinto para gestionar los recursos escasos. La Ley de la Oferta y la Demanda nos garantiza que cada actividad estará dispuesta a pagar una cantidad igual a la



productividad de la última unidad empleada del recurso. Si este es el sistema, no habrá excedentes ni déficit de agua. Sólo aquella que sea eficientemente utilizada será almacenada y posteriormente transportada y consumida; los precios actuarán como mecanismo regulador que module la deseabilidad o no de los usos. Por otra parte, no será necesaria la intervención de ningún organismo público a un nivel más allá de la mera supervisión ya que sólo aquellas necesidades que se autofinancien serán realizadas.

Este planteamiento es absolutamente insuficiente en el caso de la gestión del agua por una razón bien conocida: el mercado es un mecanismo de asignación que tiene numerosos fallos entre los que podemos citar la nula consideración de los aspectos relacionados con la equidad, el problema de los bienes cuyo uso tiene efectos indirectos sobre terceros, los denominados «bienes públicos», los efectos sobre el medio ambiente, la ordenación territorial y una larga lista de temas que este sistema no resuelve porque no están entre sus objetivos ni prioridades. No obstante, resulta chocante que la idea de la eficiencia que lleva implícita el mercado aparece con frecuencia para justificar ingentes inversiones públicas como los trasvases intercuenas unida a las palabras «solidaridad» y «reparto equitativo de los recursos». Resulta al menos curioso que se recurra a los impuestos de todos los contribuyentes para financiar proyectos que se justifican exclusivamente por su beneficio privado. Esta tremenda confusión de enfoques ha sido la causa de no pocos malentendidos.

Sin embargo, no todo lo anterior es desechable para el caso que nos ocupa. Con frecuencia nos encontramos con que la inexistencia de cualquier principio de racionalidad económica nos conduce a soluciones injustas o inviables. La fijación de tarifas binómicas, esto es, parte concesionales y parte sujetas a una tarifa creciente conforme aumente la ineficiencia en el uso, puede flexibilizar la asignación y permitir conocer las verdaderas demandas de cada sector. Como es bien sabido, este sistema puede pasar por alto cuestiones importantes como las citadas más arriba. Es obvio que no puede liquidarse el sistema concesional actual dado que muchas de sus premisas son válidas y reflejan la característica de bien público que tiene el agua. Ahora bien, si no se tiene en cuenta la verdadera demanda porque es imposible desde un punto de vista normativo, el reparto del recurso agua entre los posibles usuarios queda abierto al continuo litigio, aspecto que no caracteriza precisamente una situación económica estable. Por otra parte, la gestión o asignación del agua vía cantidades, de realizarse

correctamente y en situaciones de escasez, no sólo es rígida sino también bastante costosa. En efecto, el número de casos y situaciones puede ser elevado y su resolución compleja. Este hecho es reconocido por la propia Memoria del PHCE cuando dice «todos estos aspectos, cuya concreción es muy compleja, y en cualquier caso sería incompleta...» (Memoria del PHCE, pág. 77).

En cualquier caso, a estas alturas será obvio que una asignación cuantitativa del agua sin política tarifaria alguna, ni ha conducido ni conducirá a un uso más eficiente del recurso. Esta cuestión queda absolutamente clara en la letra de la Ley de Aguas de 1985 a la que, por cierto, se remite la presente Memoria para «ordenar la prioridad y compatibilidad de los usos» (Memoria del PHCE, pág. 76-77). Es un aspecto bien conocido que dicha Ley critica abiertamente el régimen económico-financiero existente en la actualidad que es precisamente el que prorrogan «sine die» los autores de este Plan (ver Sumpsi 1994). Mientras el criterio de asignación se mantenga según los patrones actuales, seguiremos teniendo los mismos problemas de sobrevaloración de las demandas y multiplicación de los conflictos.

Si no fuera por la seriedad del tema, provocaría cierta hilaridad el hecho de que el único ejemplo de conflicto entre usos que se cita en la Memoria sea «las fricciones existentes entre la navegación y la pesca deportiva» (Memoria del PHCE, pág. 77). Para dar un poco de perspectiva a nuestros planificadores amantes del deporte, vamos a tomarnos la licencia de citar otro ejemplo que quizá no hayan pensado: si los costes de la regulación y el transporte del agua no son pagados por los usuarios, podemos tener el «pequeño» conflicto de decidir entre regar 50.000 ha. en Aragón o regarlas en Valencia. Es de esperar que ese problema no se resolverá «con el establecimiento de embalses intermedios que corrijan las distintas modulaciones requeridas por los diferentes usos» (Memoria del PHCE, pág. 77). De la misma forma, podemos encontrarnos con que la utilización rigurosa de mecanismos de mercado, puede conducirnos a resultados inaceptables desde el punto de vista social o de la ordenación del territorio.

10. Una alternativa en positivo: La gestión flexible de los recursos existentes

A modo de conclusión, aunque ha estado presente en todas los puntos anteriores, intentaremos plantear una alternativa en positivo al actual Plan de Cuenca.

El marco general que debe presidir cualquier estrategia en un contexto de incertidumbre es el de la flexibilidad. El hecho de crear sistemas de gestión que permitan adaptarnos a diferentes situaciones futuras significa, en el caso de la Política Hidráulica, dos tipos de actuaciones:

- Restricción de los consumos.
- Reciclaje y reutilización máximas.

Por la misma razón, no podemos «inmovilizar» nuestros recursos en grandes infraestructuras que, en lugar de fomentar el ahorro, parecen incentivar el despilfarro. Esos recursos son mucho más necesarios en otras inversiones: en tecnología, formación, rediseño de las redes de transporte, etc... Si los peores pronósticos sobre la agricultura se cumplen, no tendremos capacidad alguna de maniobra para competir en los mercados internacionales. En palabras de Daniel P. Beard del «Bureau of Reclamation» (principal agencia para la construcción de presas en Estados Unidos): «Nos hemos dado cuenta de que existen diferentes alternativas para solucionar los problemas del uso del agua, que no implican necesariamente la construcción de presas... Las alternativas no estructurales son a menudo menos costosas de llevar a cabo y pueden tener un menor impacto ambiental».

Muchas son las posibilidades de actuación sobre **el nivel de oferta** existente sin recurrir a las regulaciones en cabecera:

— Los caudales liberados por un cambio en la eficiencia de riego y transporte del nivel actual, estimado en un 42% en un reciente estudio (Tabuenca 1995), al 60% citado en este Plan. También pueden liberarse caudales de superficies total o parcialmente salinizadas. El riego de este tipo de tierras, condiciona gravemente las utilizaciones que puedan hacerse aguas abajo.

— La regulación en tránsito, que modula las demandas y permite el ahorro.

— La explotación de los acuíferos sin estudiar.

— La recirculación de los flujos de agua teniendo en cuenta las calidades, para abastecer diferentes usos con la misma cantidad de recurso.

Por el lado de la demanda es por el que el punto de vista económico tiene más que decir:

— Replanteamiento del entramado institucional. Las Confederaciones no deben tener incentivos a sobredimensionar las dotaciones porque eso es una vía abierta al despilfarro. Si dichos organismos son obligados a ser autónomos económicamente, cuidarán más de los consumos dentro de la cuenca.

— Ni un sólo usuario debe pagar en función de variables distintas a la cantidad consumida. El esta-

blecimiento de tarifas binómicas permite hacer compatible el sistema concesional con una política que incentive verdaderamente el ahorro. Esto significa que todos los usuarios deben estar sujetos, directa o indirectamente, a la medición de sus consumos por un contador. Si individualizar los contadores es muy costoso, siempre puede gestionarse a través de un contador por comunidad de regantes, de vecinos o cualquier otro organismo intermedio que debe repercutir los recibos sobre los miembros de la forma que considere oportuna.

— Inversión de los fondos destinados a presas en revestimiento de canales, puesta en funcionamiento de nuevos sistemas de riego y formación de los agricultores.

Algunos pensarán que este tipo de actuaciones no son suficientes para equilibrar el tremendo desfase entre ofertas y demandas actuales y expectantes en la cuenca, sobre todo en los años secos. Si después de aplicar todas esas medidas, encontramos todavía demandas insatisfechas, estaremos realmente ante lo que en Economía se conoce como un bien escaso. Para ese supuesto, la dinámica de mercado tiene una capacidad de gestión suficientemente ágil como para permitir gestionar esas puntas de exceso de demanda que pueden producirse. En este caso, el precio del agua no incorpora sólo el coste sino precisamente el valor de la escasez. Pensemos que, por ejemplo, el agua de calidad es ya hoy en día un bien escaso y su gestión ya ha sido asumida, sin grandes problemas, por el mercado.

Todos estos elementos, entre otros, ofrecen un rico abanico de posibilidades con los que, una vez fijados los objetivos sociales y ambientales, el análisis económico brindaría excelentes posibilidades para una planificación racional. Obviamente, nada de esto es ni siquiera sugerido por el Plan de Cuenca propuesto.

BIBLIOGRAFÍA

- AZQUETA y FERREIRO (eds.): *Análisis económico y gestión de los recursos naturales*, Alianza Económica (1994).
- MEZO, J.: «Política del agua en España en los años ochenta y noventa: La discusión del Plan Hidrológico Nacional». *ASP Research Paper*, 9 (a), 1995.
- MOPTMA: *Anteproyecto del Plan Hidrológico Nacional*, 1993.
- SUMPSI, J.M.: «El régimen económico-financiero del agua y la agricultura». *Revista de estudios Agro-Sociales*. Núm. 167 (enero-marzo, 1994).
- TABUENCA, J.M.: *Curso sobre Uso, ahorro y calidad del agua*, Octubre de 1995.

Algo más que amistad (Goya, Zapater y Goicoechea)

JOSÉ IGNACIO GÓMEZ ZORRAQUINO

Cuando Agustín Sánchez Vidal publicó el estudio *Buñuel, Lorca, Dalí: El enigma sin fin* nos puso en contacto con tres «amigos íntimos, que trenzaron sus obras respectivas con estímulos de afecto, pero también de rivalidad, e incluso de decidida hostilidad»¹. Esta situación nos permitió pensar en tres personas que durante los últimos años del siglo XVIII mantuvieron unas relaciones que influyeron en sus vidas y, en menor medida, en sus actividades profesionales. Nos estamos refiriendo a Francisco de Goya, a Martín Zapater y a Juan Martín de Goicoechea. Los tres debieron mantener unas relaciones que en ocasiones se tornaron en amorosas. La promiscuidad, las proximidades incestuosas y las más diversas aventuras extraconyugales también debieron estar presentes en la vida de dicho trío.

Estas afirmaciones nos gustaría certificarlas por medio de las *Memorias* de dichos personajes o de sus coetáneos. Sin embargo, solamente la correspondencia entre Goya y Zapater y de Zapater con Goicoechea y otros documentos aislados —sacados de diversos fondos documentales— nos clarifican las hipótesis de trabajo.



Autorretrato de Francisco de Goya (1773-74).

La importancia del genial pintor también ha contribuido para que hayan desaparecido —o se encuentren en paradero desconocido— una serie de documentos que comprometían sus relaciones familiares por sus contactos extraconyugales con los de su sexo y con las féminas.

La correspondencia de Goya con Zapater —presentada por H. Gimeno², E. Lafuente Ferrari³, J. Camón Aznar⁴, A. Canellas López⁵, M. Agueda y X. de Salas⁶ y A. Ansón⁷— se puede estudiar siguiendo varios enfoques y resulta fundamental para conocer diversas relaciones de Goya, Zapater y Goicoechea.

A nosotros nos interesa destacar algunos planteamientos de Guy Mercadier. Este estudioso habla de una amistad entre Goya y Zapater que se vuelve «cada día más entrañable, más calurosa, y cabe hablar de amor, más que de “ternura fraterna” o de “connubio espiritual”, como lo hace públicamente J. Camón Aznar». Sirva como ejemplo la forma de saludarse y despedirse en las cartas, las firmas y otro tipo de referencias. Así, Goya se dirige a Zapater con expresiones como «Querido Martín mío», «nadie te desea más que tu verdadero Amigo» y «con tu retrato delante me parece que tengo la dulzura de estar contigo, ay mío de mi alma...»⁸.

Estas muestras de amor nos obligan a descubrir la personalidad de Zapater, quien representaba algo más que un simple amigo para Goya.

Martín Zapater nació en Zaragoza en torno a 1746. Era miembro de la unidad familiar formada por sus padres Francisco Zapater e Isabel Clavería y por sus hermanos Luis, Felipe y Manuela. Estudió en las Escuelas Pías de Zaragoza, donde debió coincidir con Goya. Pertenecía a la alta burguesía mercantil zaragozana. Murió soltero en torno al 21 de enero de 1803, día que realizó su testamento. Durante su vida formó parte del concejo zaragozano y fue tesorero de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. También fue asentista del ejército, prestamista del concejo zaragozano, propietario de diversas fincas territoriales y de inmuebles urbanos. Los servicios prestados al concejo zaragozano le sirvieron para que el 22 de octubre de 1789 le fuese otorgado el privilegio de nobleza por parte de la Monarquía. En dicho privilegio se dice lo siguiente: «en calidad de los distinguidos servicios... supliendo en diferentes años considerables proporciones de trigo y gruesas cantidades de dinero para los abastos de trigo, carbón y tocino... Anticipando en 1789 caudales para llevar



Retrato de Martín Zapater, pintado por Goya en 1790.

trigo desde Barcelona y remediar la escasez de pan...»⁹.

Estos logros sociales nos ponen en contacto con alguien que no escatimó esfuerzos para estar en posiciones de prestigio social. Relacionarse con Goya y Goicoechea no restaba importancia a su condición. Por ello, si se resalta exclusivamente la amistad del pintor con Zapater, se debe hablar de que este último era un buen consejero económico del pintor y además ambos mantenían afición a la caza y se debían diversos favores. Sin embargo, tal como hemos señalado anteriormente, Zapater era algo más que un amigo de Goya.

Martín Zapater también mantuvo unas relaciones bastantes fluidas con Juan Martín de Goicoechea, ya que ambos pertenecían a la alta burguesía mercantil zaragozana, coincidían en diversas instituciones, contaban con amigos comunes —destacando la figura de Ramón Pignatelli— y, seguramente tenían algo más que amistad. Debemos recordar que Juan Martín fue ejecutor testamentario de Zapater. Este último servía de intermediario de los mensajes enviados por Goya a Juan Martín. Algunos de estos mensajes iban precedidos de un respeto a la posición social de Goicoechea y se le citaba como «D. Martín». Sin embargo, en otras ocasiones, Goya y Zapater hablaban de Goicoechea como «Boba» o «Bobada»¹⁰.

Nigel Glendinning habla de la íntima amistad de Zapater con Goya y de ambos con Goicoechea. Este autor resalta que tanto Zapater como Goicoechea animarían a la Real Sociedad Económica Aragonesa para hacer a Goya «socio de mérito» en 1790¹¹.

Juan Martín de Goicoechea era uno de los miembros más destacados de la familia Goicoechea Ciordia, originaria de Bacaicoa (Navarra). Con ello se despejan y desaparecen las dudas de algunos autores a la hora de relacionar a Juan Martín con Goya por razones de parentesco.

Juan Martín, bautizado el 2 de noviembre de 1732 en Bacaicoa, se trasladó a Zaragoza siendo un niño. Era el único varón del matrimonio formado por Diego de Goicoechea y Ana María Galarza. Su hermana María Josefa de Goicoechea, que también nació en Bacaicoa, permaneció largo tiempo en esta población. Juan Martín se puso a trabajar en casa de su tío Lucas de Goicoechea, un rico miembro de la burguesía aragonesa. Posteriormente estudió en Francia y visitó diversas ciudades europeas. Cuando contaba con treinta años y unos días contrajo matrimonio con su prima hermana María Manuela de Goicoechea, hija de su tío Lucas y de María Josefa Latassa. La juventud de María Manuela a la hora de contraer matrimonio —tenía veintidós años— y la de Juan Martín no dieron sus frutos a la hora de procrear hijos, ya que en ningún documento se mencionan hijos vivos o muertos del matrimonio¹².

Esta unión entre primos hermanos no debemos catalogarla como algo inusual. Los estudiosos de la familia coinciden en afirmar que los comerciantes utilizaban la alianza matrimonial para mantener la propiedad dentro de la familia (a través del matrimonio entre primos hermanos) o para aportar fondos al negocio familiar. El amor romántico y sexual eran considerados en gran medida como fantasías y sólo las consideraciones materiales jugaban un papel significativo en la elección de la pareja. Todo ello hacía que el nivel afectivo de la pareja fuese muy bajo y los esposos llevasen cada uno una vida bastante independiente tanto dentro como fuera de la vivienda. Ante esta situación, el sexo en el matrimonio aparecía como una necesidad pecaminosa, salvo que fuese para propagar la especie.

Estas consideraciones nos permiten intuir que el matrimonio Goicoechea-Goicoechea no procreó ningún hijo por motivos de impotencia de



Retrato de Juan Martín de Goicoechea, pintado por Goya en 1788-89.

alguno de los miembros o por falta de «atracción sexual». Cualquiera de ambos motivos favorecía las relaciones extraconyugales. Además, el afecto y los lazos sentimentales entre los esposos eran considerados como algo que podría conducir al desorden. El «deber de amar» del esposo hacia la esposa e hijos no existía¹³.

La falta de herederos directos no debió influir mucho en el trabajo de Goicoechea. Se pudo llegar a esta conclusión al observar sus importantes actividades económicas y sociales. Juan Martín fue arrendatario de diversas rentas feudales. También prestó algunas sumas monetarias a la ciudad de Zaragoza, compró acciones de compañías comerciales e industriales, adquirió algunos censales o censos consignativos y diversas propiedades territoriales (tanto rurales como urbanas). Tuvo verdadero interés en crear una moderna explotación agraria, basada en la intensificación del cultivo del olivar (mediante la mejora del regadío, el abonado y la siembra de empeltres). Esta explotación agraria se completaba con la creación de un hilador de seda y un molino de aceite.

Goicoechea reforzó su posición nobiliaria con el nombramiento como caballero de la Real

Orden de Carlos III. Esta prestigiosa concesión representaba un buen reconocimiento de sus actuaciones públicas y privadas (Diputado del Común de Zaragoza, socio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, director de la Real Compañía y Fábricas de Zaragoza, representante de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, apoderado del Banco Nacional de San Carlos, ...).

Estos datos muestran una activa presencia de Goicoechea y Zapater en la vida aragonesa. A pesar de ello, estos personajes han quedado eclipsados por la figura de Goya. Sin embargo, lo más importante es que los tres mantuvieron algo más que una estrecha amistad. Este contacto estimuló sus vidas familiares y sus actividades particulares —aunque pasando por momentos de debilidad o reforzamiento— y de ello se benefició la sociedad. Algo semejante ocurrió con la elogiada personalidad de Ramón Pignatelli —amigo de los anteriormente citados—, quien a su eficacia y tesón unía una actitud de terrible dureza con la población sometida a sus designios. Tampoco debemos olvidarnos —en palabras de Fernando Baras— de su sentido aristocrático de la vida, su



Retrato de Ramón Pignatelli, pintado por Goya en 1790.

inclinación a la intriga y la maniobra, y su fanatismo moral¹⁴. Además, si seguimos a Giacomo Casanova, el canónigo Pignatelli «todas las mañanas hacía encarcelar a la proxeneta que le había proporcionado a la muchacha que cenó y se acostó con él. Era para que aquella hiciese penitencia por haberle suministrado el medio de cometer un pecado. Ese canónigo se despertaba cansado de lujuria; daba orden de echar a la muchacha y de encarcelar a la alcahueta. Luego, se vestía, iba a confesar, decía misa y, sentándose después a la mesa, salía de ella enardecido por el vino y los manjares, y pedía otra muchacha. Y vuelta a empezar otra vez»¹⁵.

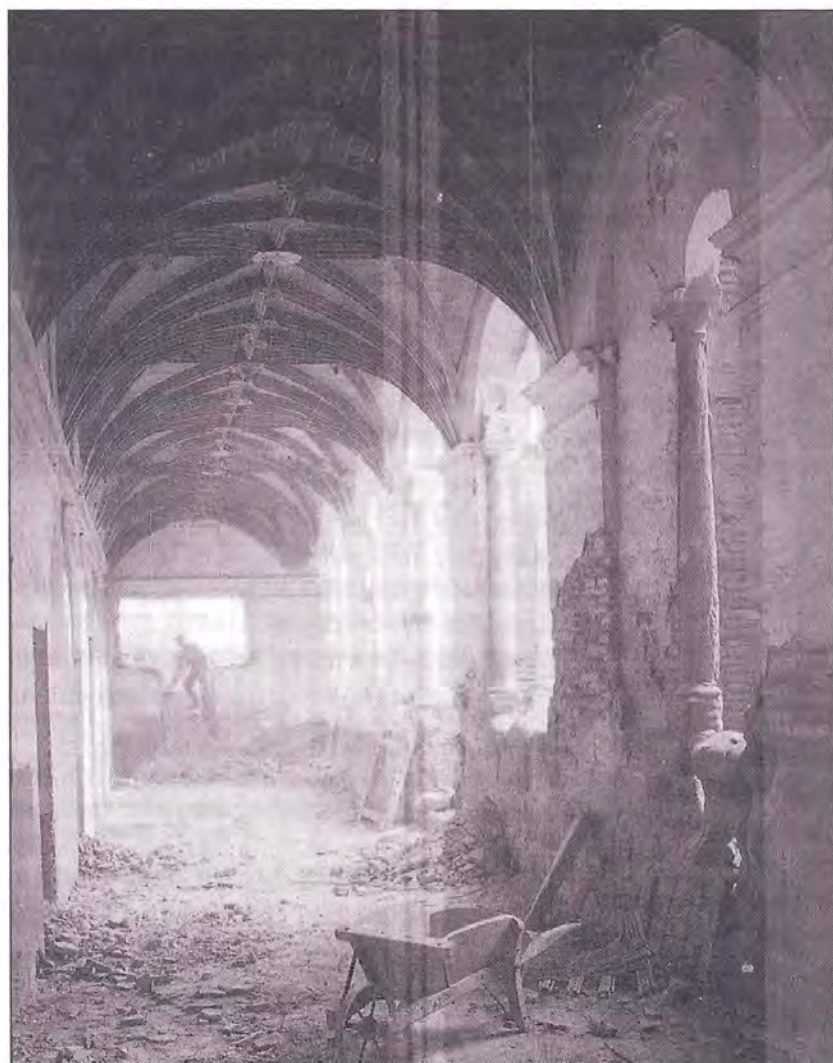
NOTAS

1. SÁNCHEZ VIDAL, A., *Buñuel, Lorca, Dalí: El enigma sin fin*, Planeta, Barcelona, 1988, Cubierta posterior.
2. GIMENO FERNÁNDEZ-VIZARRA, H., «Cartas de D. Martín Zapater referentes a D. Francisco de Goya y Lucientes», en *Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza*, número 1, 1917, pp. 20 y ss.
3. LAFUENTE FERRARI, E., «Las cartas de Goya a Zapater y los epistolarios españoles», en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970)*, Castalia, Madrid, 1975, pp. 285-328.
4. CAMÓN AZNAR, J., *Goya*, Instituto «Camón Aznar», Zaragoza, 1980-1982.
5. CANELLAS LÓPEZ, A., *Francisco de Goya. Diplomatario*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1981. «Goya y un borrador de cartas de Martín Zapater», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXXI-XXXII, Zaragoza, 1988, pp. 7-13.
6. AGUEDA, M. y SALAS, X. de, *Francisco de Goya. Cartas a Martín Zapater*, Turner, Madrid, 1982.
7. ANSÓN NAVARRO, A., «Revisión crítica de las cartas escritas por Goya a su amigo Martín Zapater», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, LIX-LX, Zaragoza, 1995, pp. 247-291.
8. MERCADIER, G., «El dibujo en las cartas de Goya a Martín Zapater: De la ilustración humorística al código confidencial», en *Actas del I Symposium del Seminario de Ilustración Aragonesa*, pp. 145-167.
9. Datos aportados por los estudiosos citados y por nosotros.
10. ANSÓN NAVARRO, A., *Goya y Aragón. Familia, amistades y encargos artísticos*, CAI, Zaragoza, 1995, p. 160.
11. GLENDINNING, N., «Arte e Ilustración en el círculo de Goya», en *Goya y el espíritu de la Ilustración*, Museo del Prado, Madrid, 1988, p. 77.
12. GÓMEZ ZORRAQUINO, J.I., *Los Goicoechea y su interés por la tierra y el agua en el Aragón del siglo XVIII*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1989.
13. Hay una amplia bibliografía sobre el tema de la familia.
14. BARAS ESCOLÁ, F., «Ramón Pignatelli (1734-1793). Notas para un recuerdo histórico», *Turia*, n.º 23, Teruel 1993, p. 240.
15. CASANOVA, G., *Historia de mi vida III*, Libros y Publicaciones Periódicas, Barcelona, 1984, p. 144.

Manuel de Salinas (1616-1688)¹

Unas palabras del canónigo²

PABLO CUEVAS SUBÍAS



El convento de Merced de Huesca, cuando era demolido. Fototeca DPHU.

A un paso del descanso y en este valle el otro apenas, me pides que de cuenta en palabras dilatadas de ciertos servicios de nuestra familia a la ciudad³. Con ello certificas lo que naturaleza manifiesta, que estas debilidades y corrimientos pintan lutos. Mas no te importe, que ya es hora de saldar cuentas, si queda alguna que saldar, y encomendarse a la bondad del supremo hacedor. Dos veces han estado a punto mis criados de avisar los Santos Óleos, pero esta cabeza mía, tantas veces sangrada y resucitada, me tiene jurado martirio largo antes del descanso. ¡Y bien que me lo aplica desde hace años! Esta vez carga el humor en batería sobre mis sienes y es cosa de admirar, que no queda flujo en las venas para tanto. Él dirá que todo lo dispone, que por mi parte es hora de que empiece a satisfacer el deseo que manifiestas.

Ayer entramos en el tercero tiempo ordinario. Bien está que saqué la parábola que a esto le veo con mi comienzo. Llegados del cautiverio de Babilonia, los israelitas repatriados se hallaban apesadumbrados por el estado moral en que se hallaba Judea. Esdrás presentó la ley ante el pueblo y la estuvo leyendo

en la plaza de la puerta del Agua desde por la mañana temprano hasta el mediodía. Con esto, y restaurado el día del *sabbath*, todos comprendieron las palabras que se les había enseñado y se alegraron. Del mismo modo, la Corona, en tiempos de Vicente Salinas, mi bisabuelo, se hallaba herida gravemente por la impiedad. La herejía cercaba estas regiones del católico Filipo, espejo de príncipes, ya por las abruptas tierras pirenaicas, ya, interiormente, con el germen de la controversia. Los gentiles de la secta mahometana apretaban a la luz del día y la infección sospechosa de los falsos convertidos amenazaba de podredumbre⁴.

Supo el Católico monarca, último de los titanes, leer el corazón de sus hijos, y no halló patricios de más noble corazón que los oscenses. Restablecida la paz entre infanzones y ciudadanos, no hubo en lo sucesivo sino ciudadanos participantes de igual cuerpo. Los mismos padres de la patria regían los destinos del Estudio General. Por aquel tiempo se aquietaron también los ánimos entre los prebendados. Tanto fue así que la dolorosa segregación de las iglesias de Jaca y de Barbastro se encajó con la resignación de un mal necesario⁵.

En la Academia se *redotaban* las cátedras y la Asignatura cobraba nueva savia. Los canónigos, en tenaz empeño, se oponían a Zaragoza, que, en contra del derecho privativo de Huesca en Aragón y contra el íntimo deseo del Prudente, adelantaban sus pretensiones de abrir facultades a la par que la universal Sertoriana⁶.

Los nuestros supieron pronto que la República necesitaba de cristianos mimbres para urdir la cesta de los panes y peces, que bien sabemos cómo para la misericordia divina no hay dificultad inexpugnable. Los vemos en el Concejo fomentando la piedad y el perdón o, en la Universidad, los buenos hábitos entre los estu-



*Interior del Convento de las Carmelitas Descalzas de Huesca, antes de ser desmantelado.
Fototeca DPHU.*

diantes. Se prodigaban los patricios oscenses en la limosna, el cumplimiento de la justicia, el apoyar ellos toda obra generosa y ejemplar y, desde la jurisprudencia, poniendo siempre el fiel de los negocios en las leyes.

Los méritos de los Salinas ganaron la confianza de los reyes, quienes vieron asegurada la lealtad de la ciudad si los mantenía preeminentes⁷. En tiempos de la reforma de la Sertoriana, mi abuelo, Jorge Saturnino de Salinas, fue nombrado escribano del Justicia y, desde entonces, como los célebres Lanuza para Aragón, los Salinas han representado la Equidad, castigando culpables y moderando abusos, desde la palestra del desinterés. De modo que a los días de la *albarrrana* de Huesca⁸, siguieron los de la Justicia y la Magnanimidad. Por eso gustaba de decir mi padre, cuya memoria, siempre triste, alivia la fama, que el Justicia de Aragón es la Justicia. Hoy tú testificas con el apellido, que ha de dar fe mejor que cualquier contrato.

Corren tiempos de cambio, y hay los revoltosos e inconsistentes que por satisfacer sus mal fundamentadas pretensiones, empujan las sillas de las dignidades. Falta la humildad en pretender, sin alcanzar, desatinados por la soberbia, que si desmoronan la montaña, ésta los aplastará y sucederá al Sinaí la pirámide de la discordia⁹. Nunca se olvidaron los Salinas de la vinculación de la Justicia humana y la divina. Saben sus majestades de nuestro juicio. ¡Bien que se desmarcaron las familias sertorianas de las torpezas del Reino en las alteraciones del Secretario! ¡Cómo los sirvieron en pestes y guerras! ¡Bien pocos con la fidelidad de un don Vicencio Nicolás, mi padre, o los amigos, nuestro llorado mecenas y Almazor!

Por eso defenderás lo tuyo, si defiendes lo nuestro, porque lo tuyo y lo nuestro son el mismo negocio. Si mueren nuestras cosas, la ciudad pierde y así debe continuar. Somos substancia y gracia de un cuerpo que, si no, anda sin fuerzas. Restituido el llano a la antigua legitimidad usurpada por Mahoma, batió segunda vez sus murellas la endeble fe de los nuevos hijos de la Iglesia y allí los nuestros fueron condimento de la nueva alianza: *Non auferes sal faederis Dei tui, sacrificio tuo*. Los amigos dieron fuerza a la Academia ahora de nuevo Sertoriana, hasta que se dijo de ellos lo de la sabiduría: *Vis estis sal terrae*.

Atendieron sin desmayo, hasta cumplir como guías del camino recto; solícitos, no apresurados, sabiendo que dirigían almas, pero también cuerpos; rectos en la justicia, de modo que el pueblo vivía seguro de sí mismo y de los abusos de los grandes. Otros trastornos generales rozaron sus puertas, dando esquinazo la ciudad a alborotos y guerra entre estados. Ejemplo es hoy entre sus hermanas de concordia, cansadas de sufrir el divorcio de altos y bajos. Aquí el alto no desvaneció, y fue exaltado: *quia se humiliat exaltabitur*. Supo escuchar, y fue escuchado, *Respexit Dominus in orationem humilium et non spreuit preces eorum*¹⁰.

Destacó esta Universidad en la defensa de nuestra madre, sagrada Virgen, *purísima, inmaculata*, vanamente ultrajada por los cismáticos. Se mostró devota en las procesiones y ofrendas y fue de las que se significó solicitando al Sumo Pontífice el dogma de la concepción... Del cabildo catedralicio salieron cartas a las Iglesias de España, firmadas por el Deán y por mí Prepósito; María, exaltada sobre los coros de los ángeles, maestra de este mar proceloso y señora

de él, azucena mística nunca suficientemente alabada.

Pese a mis muchos pecados, Dios se mostró generoso colmándome de bienes. En su servicio restablecí la limpieza interna y externa del hábito sacerdotal, para lo uno y lo otro, fundé la cofradía de San Felipe Neri y escribí la defensa *Por las acciones del capítulo de la Santa Iglesia de Huesca*. Queríamos los canónigos y algunos píos ciudadanos corregir comportamientos entre los altos que tan mal ejemplo son para el pueblo, como soberbia y desmesura. Sumamos nuestro brazo religioso a las congregaciones de jesuitas y tercera orden franciscana para levantar compañías de la fe.

Los nuestros arrojaban las ignorancias de la muerte, vencida la población a impulsos del Cielo. Construían, no ya una Atenas sólo maestra de ciencias, pero discípula de Cristo, único y soberano maestro: *Vos vocatis me Magister, et benedicitis, sum etenim*. El gimnasio seguía recibiendo estudiantes de todas las naciones, tanto de la Corona como de los reinos. Marcial, Cicerón, Tácito, aparecían primera vez enteros sin torpeza, más aptos, pues no conocieron la Verdad.

Nací a la discreción con los inicios de su majestad el cuarto Felipe, donde vivió mi juventud y madurez. Antes, recibí bautismo en la parroquial de San Lorenzo, cuando el templo ampliaba espacios a costa de la antigua fábrica. El empeño de don Jorge Saturnino, mi abuelo, junto a otros parroquianos, había asistido el fervor de las gentes y movido a limosna del Católico Rey Felipe Tercero. San Orencio regresaba a la patria por entonces, engrandeciendo la figura de su hermano Laurencio. Sus reliquias fueron recibidas por concejo solemne, presidido por don Jorge Saturnino, a la sazón Prior de Jurados. Se celebraron fiestas esplendorosas, arcos triunfales, pinturas y certámenes. Labriegos y artesanos del cuartón y parroquia de San Lorenzo, regidos por mi padre y tío, cubrieron de guirnaldas y paños calles y balcones. ¡San Lorenzo, aragonés bizarro!, ¡consuelo de los perseguidos!, ¡hijo de la constancia! Huesca te venera y en tí se reconoce.

No encontró la patria mejores valedores que los nuestros. Baraiz, Almazor, Lastanosa, Salinas, recibieron la confianza de los consejeros a la vista de sus méritos, renovados en cada estrecho. Siendo Prior Don Vicencio Nicolás, mi padre, se produjo la invasión de tierras catalanas por el ejercito francés, puesto el reino en el brete

de sucumbir. Don Vicencio Nicolás Prior hizo reunir en concejo urgente los jurados y consejeros, que, cerrada ya la noche, recibieron orden de poner la ciudad al servicio de su majestad católica. Para no dejar lugar a dudas en la incertidumbre inicial, mandó salir dos compañías prestas a la defensa de la monarquía.

Tengo servidos con la pluma a la ciudad y a sus reyes, al cabildo y a los míos. No fue poca parte de ello la hermandad con mi primo don Vicencio Juan de Lastanosa, pocos tuvieron la fidelidad del mecenas. En su biblioteca y jardines juntábanos para *bienemplear* los ocios. Nuestras academias fueron fermento de eruditos proyectos. El padre Gracián concibió *El Discreto*, segunda *Agudeza* y lo mejor de lo demás, el cronista Andrés la *Vida de San Orencio, obispo de Aux*, mi primo *Museo de medallas* y la *Moneda*

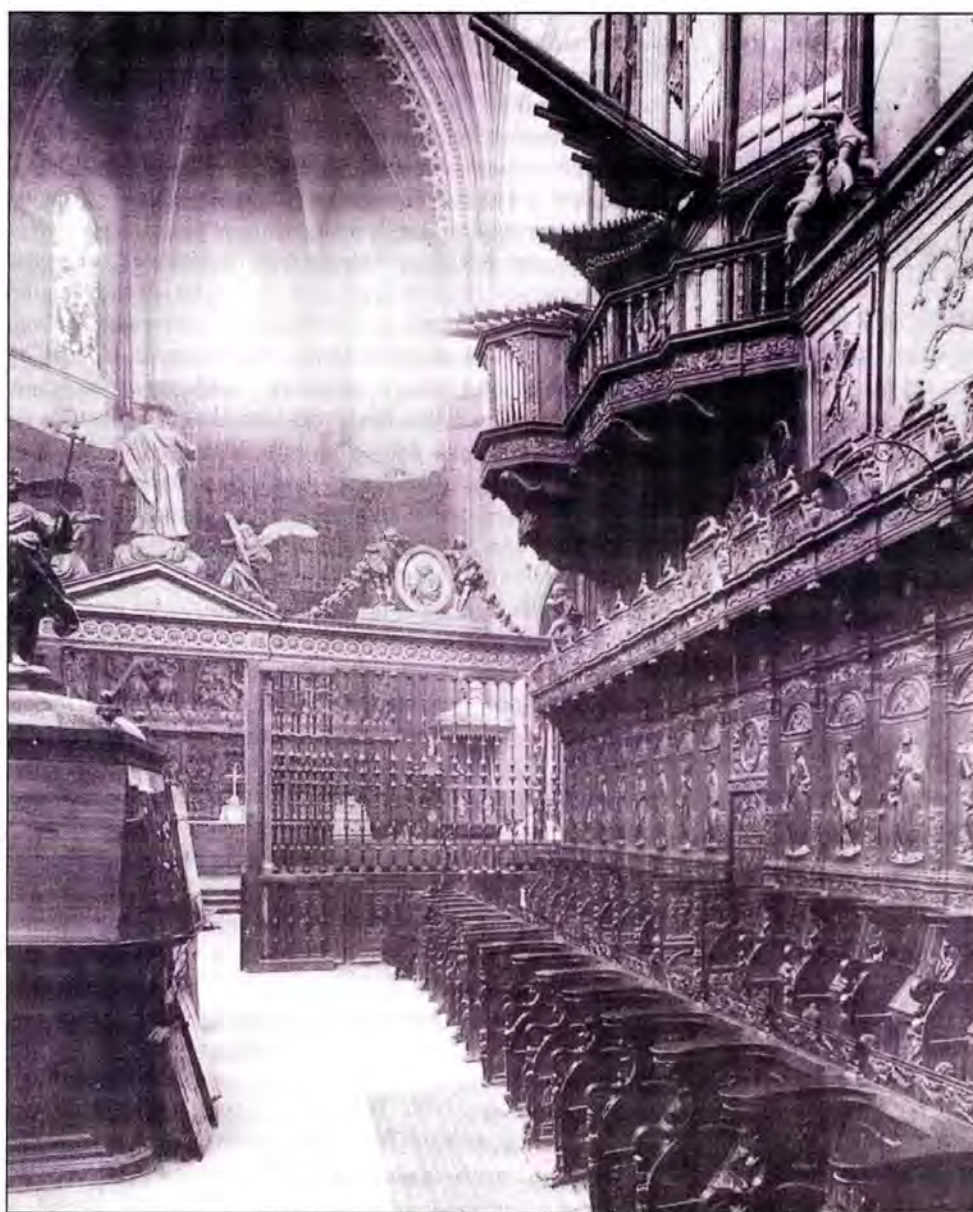
jaquesa, don Francisco de La Torre su *Baraja*. En las fiestas por el nacimiento de Felipe Próspero engalanó ricamente balcones y torre y abrió jardines al regocijo del pueblo. Imprimimos en la relación de la fiesta discretos epigramas de Marcial, festivos y cultos, agudos y picantes, cual su genio. Maravillaron las fiestas del primo, pero también la *Palestra* de nuestro Faustino Cortés, Marqués de Torresecas, en el himeneo de Mariana de Austria con el IV Filipo. Y así la nuestra fue *Oscá* fiel, erudita, amante de sus reyes y justo correo de voluntades regias.

Apoyé la primacía de las dignidades contra los que vuelcan Derecho, canté en verso romance la pureza de la reina María Ana, esperanza de sus reinos, arrimé las flores bíblicas al pueblo en *La Casta Susana*, saludé el casamiento de mis reyes, solemnité la muerte de sus hijos,

serví al Cabildo, introduje los amigos, canté a nuestros santos, enaltecí la gloria del Zurita, traje a epigramas castellanos las sales del bilbilitano. Sin embargo, mi pluma no *desvaneció* aspirando a enseñar a los que no saben, fuente de disgustos y del ostracismo al que me castigaron los que escribían oscuro. Pero yo aspiré servir a los míos, *Non enim Magnorum Virorum ingeniis, sed meis sum Viribus aestimandus.* *

Los nuestros no fueron menos causa en la extensión de las religiones, vista la necesidad de engrandecer el espíritu y Universidad sertonianos. Cuando se opusieron fue porque los términos del municipio se hallaban agostados. Los padres de la Compañía los encontraron firmes valedores. Los de San Francisco, San Agustín, San Lorenzo, todo el Carmelo, bien apreciaron la protección.

Con estos mimbres se hizo lo que somos y así el concejo sorteó los embates



El coro de la Catedral de Huesca, ya desvencijado. Fototeca DPHU.



Viernes Santo. Ramón Acín salvó con su ingenio algo de la Huesca de otros siglos.

que asolaron los reinos, y lo mismo que se escribe de la ciudad de Jerusalén, capítulo segundo de los Macabeos, pudiera decirse de Huesca, *cum sancta civitas habitaretur in omni pace, leges etiam adhuc optime custodirentur*, etcétera. Pusimos por delante de los bienes terrenos la salvación de las almas y dimos a la religión hijos nuestros, aun con dolor de los padres, quienes justamente a veces preparaban para el siglo sus retoños. Particularmente abracé el venero carmelita. Santa Teresa, que era un gracioso hechizo de corazones por su talento, discreción y virtudes, prendió como manantial en mi alma.

Fuente viva llegó a nosotros de fray Jerónimo, quien había exprimido, hasta las salas más retiradas, el Carmelo descalzo, su historia y el santo Juan de la Cruz. Su agua se derramó *perennial* en este mundo que fenece, recuerdo de otra vida no caduca. Pero ya es hora de ir acabando, con hábito limpio y corazón dispuesto...¹¹

NOTAS

1. Sobre Manuel de Salinas y Lizana, natural de Huesca, doctor en Derecho en su Universidad y canónigo de la Catedral, he escrito *La formación de Manuel de Salinas en el Barroco oscense. El entorno familiar y ciudadano del poeta (1616-*

1645), Huesca, Excmo. Ayuntamiento (Premio Durán 1995), 1995. Este estudio es parte de una investigación más amplia sobre el canónigo que aborda vida y obra.

En él se estudia la figura del oscense en sucesivos entornos socioculturales cada vez más amplios: su familia —los Salinas—, Huesca, Aragón, España. Este recorrido se ha aplicado a los diferentes aspectos tratados: la economía y política municipales, la genealogía y relaciones sociales, la formación de los niños, la enseñanza del Latín, Retórica, Humanidades, del Derecho, la vida eclesiástica y capitular, y la expansión religiosa —jesuítica especialmente.

La quintaesencia de esta aproximación a Manuel de Salinas y Lizana, el último y más significativo peldaño, ha consistido en buscar el correlato de todo lo anterior en su personalidad y en la obra; la influencia de la educación y el ambiente que le rodearon en su concepción literaria; el nacimiento de su sensibilidad artística.

Para llegar a ello, se ha recurrido a las fuentes. Apenas se hallan noticias del poeta en los archivos nacionales que conservan fondos aragoneses, sí en cambio en los oscenses. Aplicando un amplio margen cronológico, se han examinado las fuentes con exhaustividad: Archivo Histórico Provincial, Archivo del Ayuntamiento, Archivo de la Catedral, los parroquiales de San Lorenzo, San Pedro el Viejo y el Diocesano, así como diversas bibliotecas conventuales. La consulta sistemática de los citados archivos ha ido exhumando gran cantidad de noticias, las cuales, de forma natural, me han llevado a la organización del trabajo expuesta anteriormente.

Como se han querido explicar los datos positivos concretos en su contexto general correspondiente, y, dado que se quería llegar a comprender la formación de la sensibilidad del poeta, no ha resultado fácil articular el discurso. No obstante, se ha buscado la concisión en los razonamientos procurando no perder el norte de la claridad. En *La formación de Manuel de Salinas*, se ha intentado que el hilo argumental no se vea entorpecido por una erudición farragosa, mientras que a pie de página se fundamentan los datos y las reflexiones.

2. La sugerencia de que aportase algo sobre este personaje para *Rolde*, me movió a ensayar un acercamiento muy distinto al seguido en la investigación. En ella se interpretó en su día desde los datos positivos hallados o reunidos, bajo el soporte de la bibliografía existente, y a la luz de los textos del autor. Pero, ¿por qué no dar un paso más, introducirse en su conciencia sin ambages y construir un mensaje en primera persona diciendo lo que, y cómo, pensamos que diría? Ello presenta el mismo inconveniente que toda investigación. Interpretamos a partir de los restos que ha salvado el tiempo, pudiendo resultar fundamentales los huecos que no conocemos. Aun así, se asume el riesgo para dar un cuerpo con alma y no un simple centón ordenado de datos y bibliografía. El resultado no es la realidad, aunque sí algo parecido, susceptible de ser perfilado con mayor nitidez e, incluso, trastocado. Pero también estos errores esconden fuerza *desveladora*.

En las acciones de aquellas familias oscenses, de las que trato en la investigación premiada por el Ayuntamiento de Huesca, se descubre una lógica más o menos predecible, ya que responde a una visión del mundo y posición social determinadas. Alcanzan relevancia social y responsabilidades porque simpatizan con la ideología dominante y trabajan a fin de que se perpetúe. Su opción se insertaría en un camino, carril, fuera del cual resultaría difícil moverse. A su vez, ellos marcaron la impronta de su particular idiosincrasia en las instituciones, y en la ciudad, cuyos destinos dirigen.

En este acercamiento al contexto del artista, coincidiríamos con Pierre Bourdieu, cuando señala, a propósito de su análisis de *La educación sentimental*, que «el autor se encuentra englobado y “comprendido como un punto” [en el espacio]. Conocer como tal ese punto del espacio literario, que también es un punto a partir del cual se forma un punto de vista singular sobre este espacio, es estar en disposición de comprender y de sentir, a través de la identificación mental con una posición construida, la singularidad de esta posición y de quien la ocupa, y el esfuerzo extraordinario que, al menos en el caso particular de Flaubert, ha sido necesario para hacerla existir» (*Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 14).

En el texto que sigue a continuación, se ha partido de la perspectiva del canónigo cercano ya a la muerte, requerido por un descendiente suyo cercano para que relate ciertos méritos de la historia de los Salinas. Este descendiente necesita de su testimonio para apoyar ciertas pretensiones que repercuten en beneficio de toda la familia. El narrador en primera persona no es todo Salinas, sino una pequeña parte, el que yo conozco, aquí más o menos sintetizado. Habla de forma más sesgada y peor de lo que hablaría el propio poeta, pero lo que cuenta es parte de la substancia del personaje real que vivió hasta 1688.

3. Cuestión muy compleja es imitar correctamente la lengua barroca y la de Manuel de Salinas, en particular. Apenas lo hemos intentado —lo mínimo para que resultara mínimamente tolerable esta burda imitación. Tan sólo hemos seguido el que creíamos podría ser el curso de sus pensamientos. Se refleja simplemente algo del aire de la época en el léxico y la sintaxis. Esta *prueba* resultaría mucho más sencilla para los escolares del siglo XVII, ya que, no sólo analizaban todos los niveles de la obra del clásico en cuestión, gramatical-léxico, retórico, prosódico, lógico y filosófico-moral, sino que se ejercitaban en la creación aplicando los resultados del comentario anterior. Aquellos adolescentes, capaces de generar imitaciones completas, transitaban con relativa facilidad del plano del análisis al de la imitación. Cabría hacer algo parecido en el estudio de nuestros clásicos, tarea hoy del todo inusitada, y harto dificultosa.

4. Su familia comenzó a prosperar en la primera mitad del siglo XVI, probablemente siendo notario Vicente Salinas. Se hace alusión a los judíos conversos. Sobre esto y el resto de temas tratados en este escrito, se habla pormenorizadamente y se dan las oportunas referencias en *La formación de Manuel de Salinas en el Barroco oscense*.

5. En la segunda mitad del siglo XVI se terminó con la diferencia entre infanzones y ciudadanos en el Ayuntamiento, unión que evitó estas disputas y distinciones en la ciudad. Por otro lado, el Cabildo oscense, de marcado acento nobiliario, que había destacado por la intemperancia y orgullo de sus miembros, comenzó a sentir la influencia del Concilio de Trento. Al final del reinado de Felipe II, se crearon los obispados de Jaca y de Barbastro, a costa del de Huesca, atendiendo a razones de estrategia político-religiosa.

6. *Redotar*: aumentar la dotación económica. El Prudente es Felipe II. Pedro IV fundó en 1354 la Universidad de Huesca, con la exclusiva en Aragón (*Estatutos de la Universidad de Huesca*, ed. de Antonio Durán, Huesca, Ayuntamiento, 1989, p. 21). Sobre la Universidad de Huesca, se puede consultar a F. Balaguer (*Huesca. Historia de una ciudad*, Huesca, Ayuntamiento, 1990, pp. 273-292) y *La formación de M. de Salinas...*

7. Preeminencia en el Ayuntamiento, Catedral, Universidad y en la vida económica de la ciudad.

8. Dentro de los estatutos criminales de la ciudad de Huesca, el de la *albarrana* era especialmente ágil y contundente, hasta el punto de hacerse proverbial: *guárdate de la albarrana de Huesca* (AYNSA, *Fundación, excelencias, grandezas... de Huesca...*, Huesca, Ayuntamiento, ed. facsímil, 1987, I, p. 100).

9. Se refiere a que las dignidades representan la verdad religiosa, y humana, simbolizada en el pacto del monte Sinaí. Frente a ese acuerdo verdadero del pueblo elegido con Dios, otras sabidurías son fraudulentas. Esta pirámide podría referirse al saber de los egipcios, anterior a las revelaciones del Antiguo Testamento, la Torre de Babel o a cualquier otro distinto al canonizado por la doctrina católica.

10. En el libro desarrollo la idea de que las jerarquías oscenses consiguieron una armonía considerable en la relación entre los estamentos sociales, gracias a la extensión del mensaje apostólico cristiano.

11. Se ha insistido en lo religioso porque ese es el componente más relevante de su obra y su pensamiento, es la aportación más genuina de su grupo social a la cultura oscense de la primera mitad del siglo XVII, muy imbricada en la cultura popular.

El *ejercicio* que han sido estos «recuerdos del poeta», experimento que pretende ser generador de sugerencias, posibilitaría también otra prueba, desencajar al canónigo de los parámetros marcados por el papel social que representa. Para ello sería bueno gozar de un contrapunto, de desbordamiento lírico o de impasibilidad cómica. Mas la comicidad no se adecuaba para nada a su naturaleza platónica y entusiasta, poco dada a las burlas; y el desbordamiento se encaja en los raíles de composiciones de circunstancias que le permiten escaso margen de maniobra. De modo que, inevitablemente, lo tierno y lo ridículo, componentes fundamentales de la sensibilidad artística, dejaron escaso reflejo en lo que ha quedado de Manuel de Salinas.

En este orden de cosas, sería significativo, ahondando en dicho *ejercicio*, intentar verlo introducido de lleno en esa cara de la moneda que apenas dejó huellas. Nos viene más a mano aquí un ejemplo de lo tierno, que nos permite probar. Al parecer su amiga, la cisterciense Ana Francisca Abarca de Bolea, lo incluyó a él en una imaginaria y devota fiesta campestre, (*Vigilia y Octavario de San Juan Bautista*, ed. de María Ángeles Campo, 1994). Ambos escribieron a una fuente. En el poema de la monja, hay claras alusiones a una gracia que se atribuía a Salinas. Podemos imaginarnos, conforme perdía la consciencia, entre el sopor del sueño y la enfermedad, asociaciones que se le habrían pasado por la cabeza, pero por supuesto no dictó. Ana Francisca había muerto en 1687; el texto del canónigo lo imaginamos a principios de 1688:

[...Rezaremos también hoy en los aniversarios de nuestra amiga Ana Francisca Abarca... Las monjas de Casbas me han hecho llegar unos papeles suyos en borrador. Dicen que puedo sacar algo de interés para su religión...

...Mucha sal tenían las coplicas aquellas...

...Dicen que envidias te quieren
desta huerta desterrar:
que hasta en raudales ofende
lo claro de la verdad.

Que eres en todo sabrosa,
no hay quien lo pueda dudar:
que fuente en huerta de monjas
quién duda que tendrá sal...]

Esbrunzes

ROBERTO CORTÉS

Ilustracións de Pepe Torrecilla

Homo homini lupus est.

Plebeban piedras...
A calma zaga o burz
nos leba enta un ran más rezeutibo.
O silencio que nos aculle
puede crebar-se en cualquier inte...
Y esbotar as ideyas que enristen l'esmo
con a rasmia d'un xabalín nafrau.

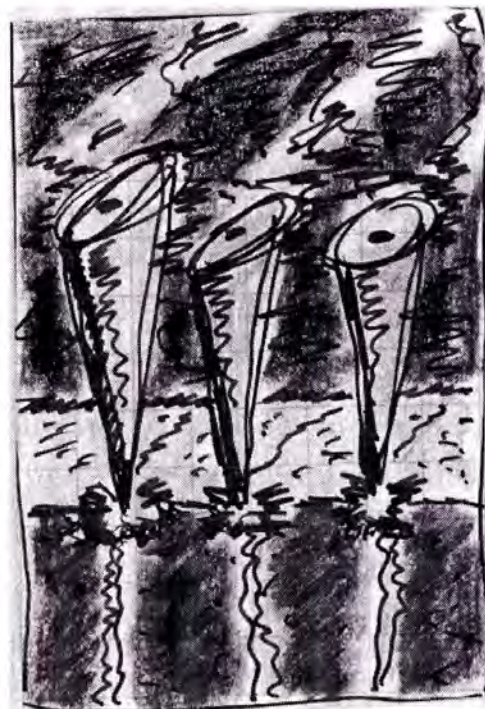
1. Una nina de color s'afoga
en as auguas transparens d'una
estanca arrodiada de güellos a
zuls espeutans (por aquelas
calendatas «Le Figaro» alababa
la obra de Yves Saint-Lorient)

Os nuestros güellos miran
pero ya no beyen
son esturdios
y nos dixan solencos
con a nuestra güellada interior.
Mientras, un rudio perén
imbade os pulsos de a cabeza.



2. Os eroes-bitimas gosaban es
clafar os chenullos de os suy
os chirmans en West Belfast...

Con a memoria eslisiada
y os güellos rosigaus por a dolor allena,
ya no nos xorrontan
os muñons inertes
agora sólo nos disgustan...
(Pero os muñons continan chilando
dica que les tallen a luenga interior.)



3. 6:30 A.M. Cuatro parapolizías
baxan d'un BMW negro con as suya
s armas reglamentarias. Ye ubiert
a la bieda ta os cazataires. Oxet
ibo: «*As crianças da rua*».



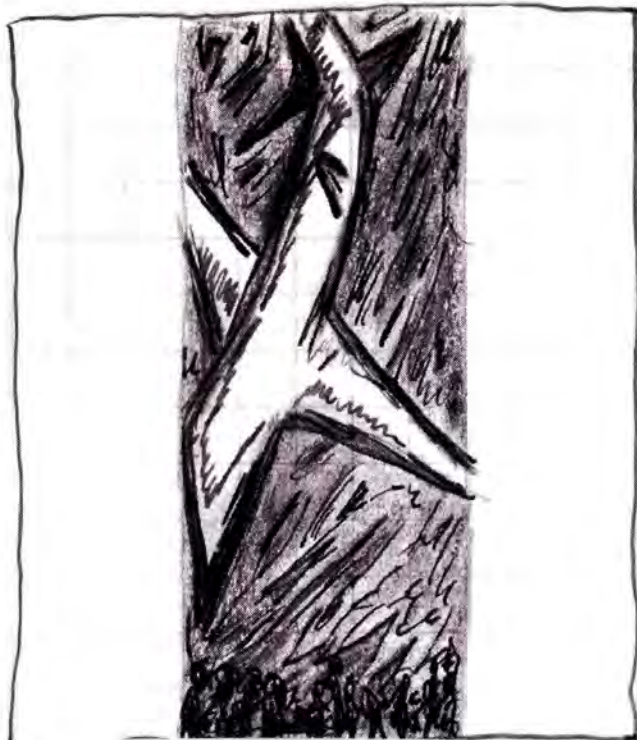
Os fillos de a cheneración que nunca plegará,
endurando con fastio y resentimiento
debán de berdugos autocomplaziens.
Sin d'esfensa, sin garra chuizio,
penchan en as forcas publicas
asperando que un trémol frío
s'apodere de os suyos esmos...

4. Meyodiya en bel puestu de o Sur. Un chornalero chupiu de ga solina, debán de o conzello de o lugar, menaza con autoinmolar-se si no le dan treballo. (A duquesa d'Alba asiste a una fiesta benefica.)



D'escursión siquica
arrán de a muga-garchola
por as bías de l'espazio interior,
esnabesando perdiu
por as planuras de o tremedal infinito
entre as lastras crebosas
do garra bez amanixe.

5. A l'este de o lago Kivú se ye parando una matanza umana (os británicos ecs-colonos ploran con Lady Di.)



Baxo lo perén bombardeyo
de particlas dende o tubo catodico.
Aditos a la desenradigadura.
Dependencia telendrezada
d'un sicotropo imbisible,
un basodilatador imposible.
Sin de dolor...



6. 5/2/94. Mercau de Sarachebo.

Zaga atra enrestida inchustificada
 esbotando l'adrenalina
 bital como una xeringada de cortisona.
 Con l'autoestima tallada se perbibe,
 incapazitaus moralmén
 por atro trucazo más
 en a lista d'amputazions emozionals.

7. Güe, cuan pleben piedras de firme,
 peteniando perén, con foraus en a po
 cha, foraus en o esmo...



Un retrato-robot
 Un istorial clinico
 d'un annostico esqueferau.
 De buxada: Perbibir!
 Un atro teozidio mental más
 —simpla custión de reziprozidá—.
 (bei. F.W.N.)

Valdemar

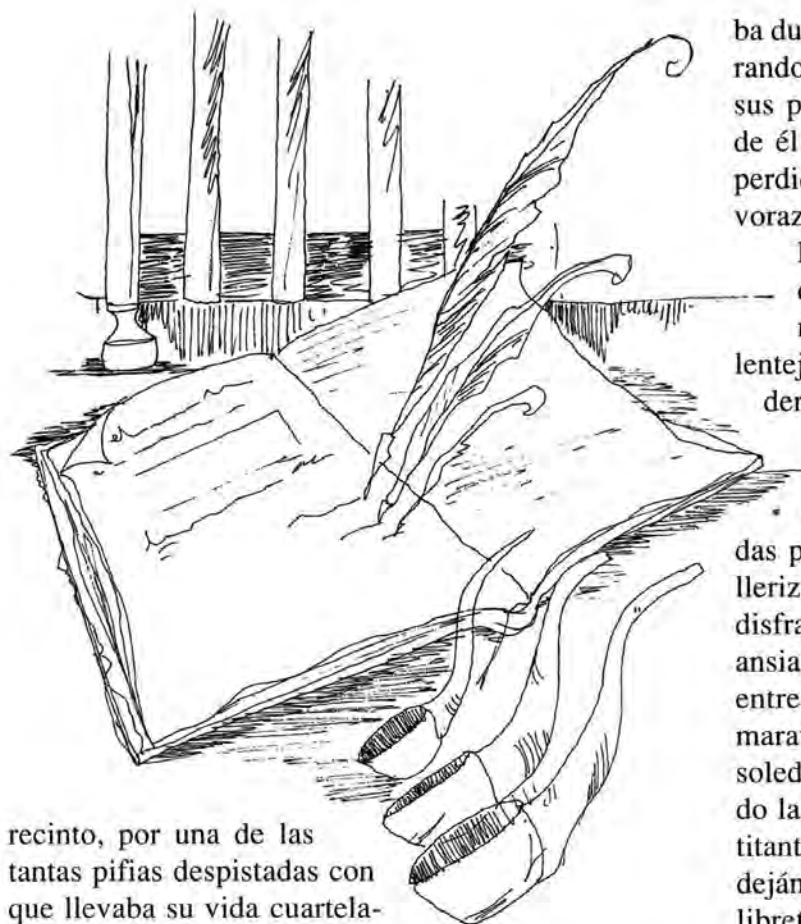
CLEMENTE ALONSO CRESPO

Ilustraciones de Javier Gastón

Han tenido que pasar cincuenta años para llegar a verme expuesto al manoseo y al hojeo. Me han dejado aquí, apilado sobre las tablas de los expositores, junto a otros desconocidos. Aún huelen a tinta los que están a mi lado. Cada uno habla de lo suyo y sin embargo todos guardamos un silencio sepulcral, metidos dentro de las tapas que son nuestros límites enclaustrados. Todos esperando lo mismo, que llegue algún desconocido a quien poder contarle lo que tenemos aquí dentro, guardado, silenciado, dispuesto para ser expresado, leído,



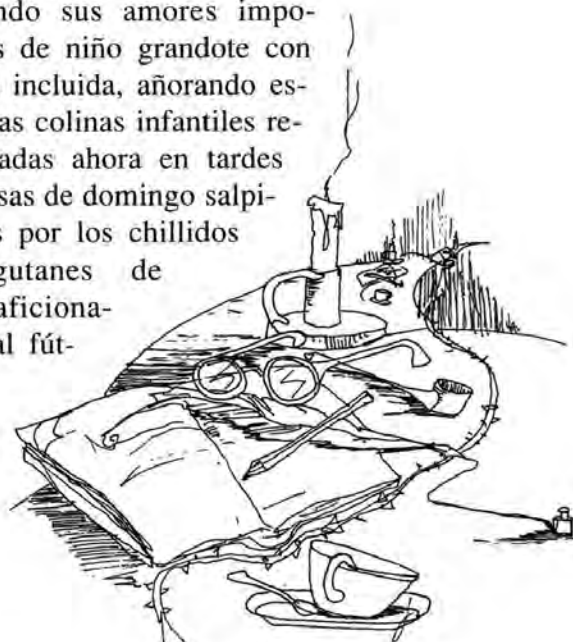
regalado a los oídos y a las mentes. Hemos nacido para hablar y sin embargo somos los más silenciosos. Nunca conseguiremos decir palabra. Seremos depositarios de las voces, nuestro único bien, pero no podremos pronunciar ninguna. Tendremos necesidad de que otros las digan por nosotros, las que guardamos, cada uno en las páginas que nos han puesto. Yo acabo de nacer, pero he tenido un largo parto. Hace ya cincuenta años que me engendraron. Eran unos días en que mi dueño andaba retozando con una escoba entre las losas pedreras de los suelos de los patios de un regimiento militar de caballería. Cómo se le pudo ocurrir entonces aquel engendro que llevaría hasta este lejano parto. Andaba el mozo enfarinado entre el polvo que surgía por las rendijas de las losas en donde se adentraban las matas secas del palmito almeriense que formaba la escoba. Batía las palmas con rabia en aquel tedioso y largo sábado y domingo de un tórrido agosto zaragozano, donde las madrillas buscaban los restos arrojados al Ebro por sus bodegas sumergidas. Onán era el único remedio para los deseos de mi autor, maltratado por los granos en su cara de cura abotargado. Había dejado atrás amores imposibles de adolescentes embutidas en calcetines blancos de niñas cursis. El caqui lo había marcado y embadurnado de unas hechuras militares que hacían aún más fachoso un cuerpo castigado por las arrobadas de las grasas, nulo para todo desfile militar, apandorgado en las sillas de las oficinas negruzcas del regimiento de caballería, arrojado sobre las ventanas que daban al patio de castigo de aquel sábado y domingo sin salir del



recinto, por una de las tantas pifias despistadas con que llevaba su vida cuartelaria mi autor. Allí le surgió aquello de las escobas retozonas. Así es que fui engendrado de una cópula imposible entre los palmitos recortados de Rodalquilar y las losas esmeriladas por el paso de las botas soldadescas traídas desde Galve. Tenía que ser por tanto un parto imposible. Por eso debieron pasar estos cincuenta años. Me fueron metiendo en papeles de libretas que luego, con los años, siguieron dando tumbos de un lado a otro, olvidadas en cualquier rincón, sin ni siquiera hechas caso por quien un día y otro en aquel verano ya cincuentón quedaron preñadas. Me engendraron con espermas de letras de diversos colores, negros, devaluados con azules de bolígrafos agudados, con renglones llenos de tachaduras, de palabras imposibles que ni siquiera luego eran descifradas por mi mismo padre escriturario. Salí incluso del cuartel siguiendo los destinos y designios de mi autor, buzo astral empeñado en disfrazarse de corneta imposible en las madrugadas que seguían a las noches de terror con que mi sumergido buzo se arlequinaba en la locura de sus sueños. Mientras buscaba una eternidad siempre a la deriva, anhelando labios excrementados entre axilas ardientes perseguidas por pupilas de un fuego abrasador, mirando antes de la amanecida con insolencia a las desvanecidas estrellas de la madrugada, siempre buscando en escorzo furtivo algún tierno seno de muchacha que se escapaba falaz y que le asesina-

ba dulcemente todos los días. Andaba mi padre llorando por secos cursos de sus ojos naufragando en sus pensamientos siderales. Olvidándose de mí y de él mismo, entre los días y los días de su vida perdidos en la turbulencia cuartelaria, como una voraz cifra ciega sin ensueño, escabulléndose en las formaciones absurdas de las dianas taladrantes, agonizando entre los matarifes de ratas fumigadas en los recovecos de los sacos lentejeros de patatas, escapando de una infancia derramada entre los campos yermos, asesinados por los tiros de una guerra que anhelaba sembrar las tierras cuarteadas de excrementos humanos, jadeando siestas maltratadas por las borrascas de los meos entre las caballerizas cuartelarias. Así me fue naciendo mi padre disfrazado de un Valdemar de tonos grises que ansiaba las costas lejanas siguiendo al padre río, entre amores viriles naufragados en ardientes maravillosos de la ansiada vida, quedando en la soledad poblada de los dragones que iban devorando la propia de aquel joven aún entonces de veintitantos años, empeñado en hacer y olvidarme, dejándome huérfano y abandonado en cualquier libreta arrumbada en los rincones de la casa mercatoria, acompañando la soledad más profunda del calvo cada día más rotundo del que recibí el engendro, asistiendo impasible a sus deseos insatisfechos, a su soledad pétrea después de vomitarse entre los figames gancheros de su ciudad natal, sufriendo en mis propias carnes los renglones torcidos donde mi autor escribía sus dolores y amarguras, bebiendo su letra imposible, aquella que ni yo mismo reconocía, aguantando la rabia de los trazos del lápiz castigado por las rayas de un día y otro. Mientras mi autor seguía

soñando sus amores imposibles de niño grandote con calva incluida, añorando estúpidas colinas infantiles remontadas ahora en tardes tediosas de domingo salpicadas por los chillidos orangutanes de los aficionados al fútbol,





esperando la
llegada del día
de la luna para

sumergirse, disfrazado de profesor bobo, entre adolescentes piñilindas ansiadas de desove, mientras poco a poco las horas estrelladas se aproximaban terribles en la negrura de la soledad, cuando ya no quedaba laringe para cantar las viejas proposiciones con que mi autor quería decirnos adiós a todos, en una tarde sestera de aquel agosto tórrido. Allí se quedó mi autor, abisal cáncer, varado para siempre en la torre del faro desde la que lanzaba un día y otro, y otro y otro, mensajes a las hermanas estrellas desde su corazón de hojalata, sumergidos en botellas surcadoras de los mares de asfalto. Las oficinas poéticas se quedaron sin horizonte y las borrascas internacionales volvieron a su calma cubriendo de polvo y telarañas las estanterías donde se habían ido acumulando los sueños escritos en papeles imposibles, en libretas diminutas, en agendas de años postreros, en cuentas de intendencias colegiales y hasta en billetes de metro de la última correría parisina. El tiempo fue cubriendo de silencioso lodo mis palabras guardadas, imposibles de leer en la críptica caligrafía de mi autor. Tuvieron que pasar cincuenta años para que me rescatasen entre los baldiques encrespados y en desorden a que fui sometido cuando me introdujeron en cajas desordenadas para llevarme a un sótano mugriento. Allí me vi transportado, yo, que había sido farero de horizontes siderales. Aguantando humedades de sudores de los alumnos de una

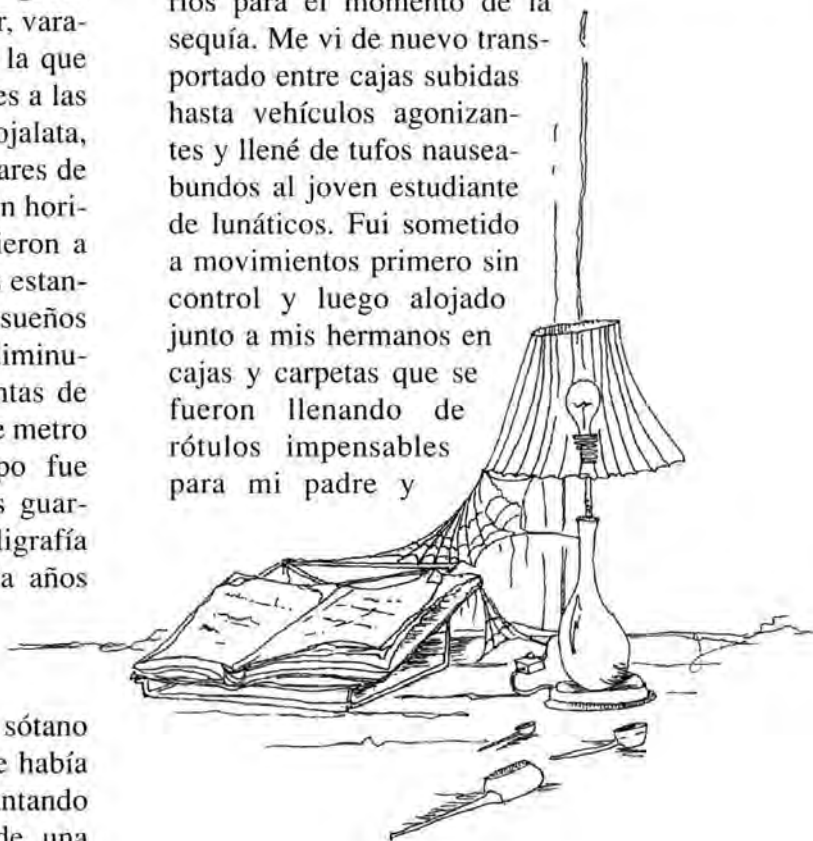
escuela sin patio de recreo, asediado por las ratas que metían sus hocicos en las noches de tinieblas, viendo cómo un día y otro, por años sin excusa, pasaban delante de mí los niños que se hacían garañones y las jóvenes refugiadas en el rincón de mi armario cuando eran perseguidas por los adolescentes de manos ardientes que buscaban las

prietas nalgas junto a la penumbra de mis paredes protectoras. Años y años de silencios y humedades, de ostracismo de noche eterna, muriéndome en exhausto silencio, invernando como tortuga eterna contemplando

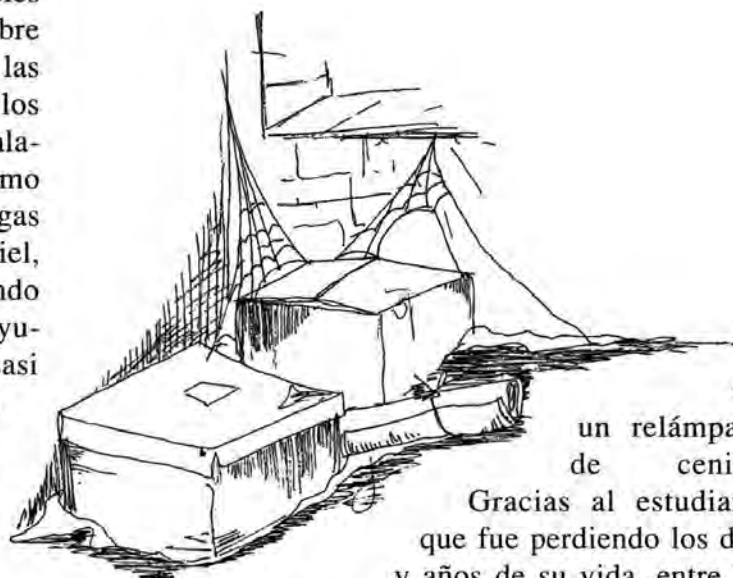
las ruinas cotidianas de la nada, suspirando por una galaxia madre a quien increpaba con voz de energúmeno declarando el deseo de nacer, pues había sido engendrado aunque con dolores autorales y tintas imposibles. Llegaron y

siguieron los años y años de abandono y los carros dejaron paso a los camiones con bocas basurófagas sobre los que un día u

otro iba a ser vomitado para llegar a la descarga del muladar convertido en detritus de plantas devoradas por gusanos ensañados, o consumido por el fuego que aún podía purificarme. Llegó hasta allí un estudiante que me acogió junto a otros hermanos del mismo padre escriturario, discutiendo con los dueños del papel el precio de la humedad y haciendo descuentos dinerarios para el momento de la sequía. Me vi de nuevo transportado entre cajas subidas hasta vehículos agonizantes y llené de tufos nauseabundos al joven estudiante de lunáticos. Fui sometido a movimientos primero sin control y luego alojado junto a mis hermanos en cajas y carpetas que se fueron llenando de rótulos impensables para mi padre y



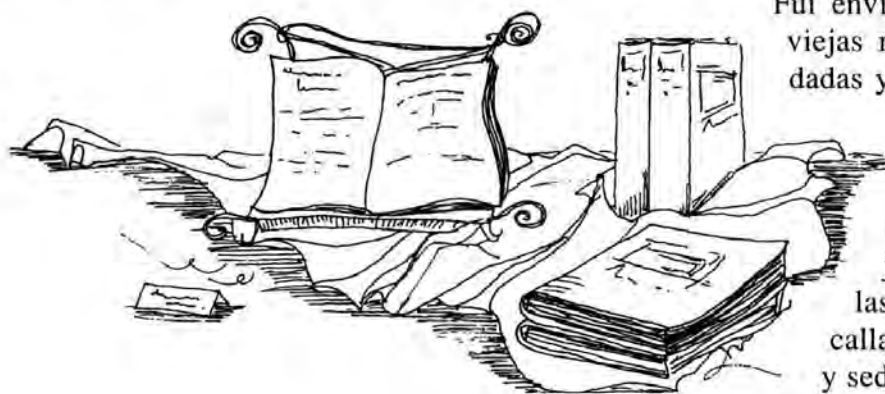
progenitor en las tardes onanistas de los cuarteles con agrios tufos de meos caballunos. El pobre estudiante iba dejándose las pupilas entre las letras mosquiteras de mi ancestro, desgranaba los días y las noches, se iba haciendo con las palabras que ajustaban mi ser, se daba cuenta de cómo estaba conformado mi esqueleto, qué arrugas tenían cada uno de los pliegues de mi rugosa piel, analizaba las verrugas que salpicaban de cuando en cuando mis extremidades sin medida, se ayudaba de lupas torturantes y me abandonaba casi todos los días con una fatiga de castigo con que el calvo engendrador se vengaba de las gentes. A través de su ojo airado en la cabeza serrana que quedó anclada sobre la torre del faro, mi autor comenzaba su venganza hasta que consiguió un día que me dejaran aquí, sobre estos estantes, delante de los que juega la gente. Unos pasan la vista y no se dan cuenta de que existo, ni siquiera me miran, otros se fijan en el de al lado, pero también lo dejan, lo observan, lo manosean, lo hojean, se sonríen en ocasiones. Hay otras gentes que vienen con más calma. Nos van tomando uno a uno y nos miran y remiran. Ha llegado quien me ha abierto, ha leído algunas palabras de las que guardo en silencio, ha enarcado las cejas y no ha entendido nada de lo que trato de decirle. A veces yo también tengo mis dudas acerca de lo que digo aquí mismo, quien me engendró se sumergió entre los espacios siderales y buscando amores imposibles encontró palabras que no entiendo entre los afilados trazos de su pluma. De cuando en cuando viene el dueño de este negocio o alguno de los empleados y pregunta por mí. Parece que tiene mucho interés en que vaya escapándome entre las manos de algún comprador y emprenda el camino de la calle. Me han repetido unas cuantas veces y estoy encima de unos gemelados como yo, escombrándome en dos montículos resbalantes, en equilibrio difícil sobre unas tapas de plástico que me han puesto por ser más lucidas. He tenido un parto arduo a pesar de



ser
un relámpago
de ceniza.

Gracias al estudiante que fue perdiendo los días y años de su vida, entre los papeles húmedos que fue descifrando, encontré las promesas del ladrón hermoso que me engendró y así me puedo ofrecer como violín sonoro entre mis hermanas estrellas perdidas, deseando que me escuchen en mis anhelos enfurecidos, irrumpiendo en las alcobas de mis lectores tumbados sobre camas en habitaciones que maman sangre nefasta de animales recién paridos en el engendro de hace cincuenta años. El estudiante con las pupilas quemadas por el esfuerzo en descifrarme me ofreció a la imprenta, después de pulirme varios años, discutiendo conmigo, con el autor calvo de cara de cura plebeyo, con los amanuenses de los periódicos ambiciosos de poder palabreril infectos de saberes soberbios, despectivos de silencios, ansiosos de triunfos y honores vacuos. Me entregó a la imprenta lleno de dudas y misterios, guardando mis secretos, los de mi autor y los de él mismo, sumergido en silencios locuaces, enervantes para los merebuncios horteras, desdeñosos de su propia ignorancia. Me ofreció fajado en manos de seda y fui devuelto no sin misterios y problemas orlado de un plástico impoluto que me protege del polvo de mis otros colegas libresco y de las manos grasientas de las gentes que me manosean sin acertar a llevarme.

Fui enviado también a algún periódico, pero viejas rivalidades de mi autor, aún no olvidadas y todavía enemistadas, me condenaron de nuevo a la sordera periodista. Pero ahora estoy aquí más vivo que nunca, silenciado para siempre, condenado a no poder pronunciar jamás palabra, guardadas para eterno las que atesoro en mis páginas, locuaz y callado al mismo tiempo, ahito de palabras y sediento de lectura.



Ascenso a la montaña de los taoístas*

ISMAEL GRASA

10 Y 11 DE SEPTIEMBRE

El profesor de español se dirige a la estación ferroviaria. Va en taxi acompañado de uno de sus alumnos de último curso. El día anterior ha comprado una linterna y un par de botas de montaña. El profesor y su alumno van de excursión.

Desde que llegó a la China, el profesor de español rara vez dice que no. Es partidario de las salidas al campo, es optimista.

Los alumnos de la China, al igual que los estudiantes españoles, no saben dónde se encuentra la antigua colonia española de Guam. El alumno, camino de la estación, se encoge de hombros porque no tiene ni idea. Sí que sabe dónde se halla la de Puerto Rico, la de Cuba y la de Filipinas, pero la de Guam ni le suena.

El alumno, aunque a primera vista parece un poco simple, es un muchacho práctico y despierto.

Yo no quiero ser su guía, yo quiero ser su amigo.

— ¡Claro, hombre!

El alumno se sacude las piernas entumidas con fortísimas palmadas, con excepcionales palmadas que hacen volverse al conductor. El profesor le llama la atención:

— ¡Vaya, se te han dormido las piernas!

— ¡Siempre me pasa!

El español lleva en el bolsillo de la chaqueta una pluma estilográfica de plumón de platino y oro de dieciocho quilates. Si la vendiese por su precio podría comer, beber y dormir en las pensiones y en las aceras de China durante cuatro o cinco meses. Pero el profesor no es un vagabundo ni vive a la

espera de lo extraordinario; es un hombre con oficio y que participa en la sociedad.

El estudiante se muestra excitado, ríe sin motivo aparente. A lo mejor es que no tiene costumbre de desplazarse en automóvil.

El conductor se abre paso entre los ciclistas y los viandantes sin dejar de tocar el pito. A veces saca un brazo escuálido por la ventanilla y golpea la chapa del vehículo para que la gente se aparte. El profesor y su alumno se sienten un poco importantes por ser ellos la causa de tanto alboroto.

El estudiante es delgado y nervioso; en el sillón del automóvil trenza las piernas en lugar de cruzarlas. Se apean en la plaza de la estación. El estudiante mira hacia el cielo plomizo, arruga el ceño, chasquea la lengua y finalmente exclama:

— ¡Ojalá no llueva!

— ¡Ojalá!

Han comprado dos billetes de tercera clase. La multitud corre en estampida cuando se abre el acceso a los andenes. La razón es sencilla: no hay asientos para todos. La chiquillería logra colarse por las ventanas de los coches. Menudean los codazos, los empujones, los rodillazos en las escalerillas. El profesor no es optimista en sentido estricto, filosófico: no cree que este mundo sea el mejor de los posibles.

El alumno, que es un mozo eficaz, ha corrido entre los primeros y ha guardado asiento para él y el profesor. Es un banco para dos personas en el que, apretándose un poco, caben tres. Se les arrima un anciano de los que han llegado de los últimos, un campesino que trae la ropa raída y los pies

comidos por la roña. El estudiante, que mira por el profesor extranjero, lo aparta a voces. En el otro extremo del vagón, unos viajeros menos escrupulosos a los olores le hacen un hueco entre ellos y le hablan templadamente.

Está en la lista de las convicciones nunca anotadas del profesor que el pesimismo es también, por su parte, un injusto falseamiento, una claudicante impostura.

Un joven militar se les acerca para pedirles asiento. Esta vez el estudiante responde que sí. Es un militar aseado y de buena pinta, más que raso, quizá cabo o alférez. Se han sentado en el suelo el resto de los aborígenes.

Apenas la máquina comienza a moverse, se apodera del vagón una voraz urgencia, una desasosegada necesidad de nutrición; hay un impaciente ajeteo de envoltorios, envases y botellas, de cáscaras de huevos duros y de peladuras frutales. El ambiente se espesa, se puede decir que el aire alimenta. El profesor de español abre su cantimplora y la ofrece al uniformado. El joven militar bebe sin chupar: amengua el chorro casi tapando con el pulgar la boca del recipiente, y lo levanta como si fuese un botijo.

El profesor saca de su bolsa un libro que ha traído para el viaje, una selección de lecturas españolas que conserva del bachillerato y que lleva consigo como un álbum familiar. El libro contiene pasajes divertidos que hacen reír al profesor. Cuando el español se ríe, aunque sea muy por lo bajo, el alumno, por compromiso y sin saber de qué, se ríe también. Al profesor le parece que su acompañante confunde los buenos modales con la idiotez.

Pasada la primera media hora, al militar le entran ganas de conversar con el español. El estudiante se presta a hacer de intérprete; no disimula la emoción por estrenar su oficio:

— El soldado pregunta que qué piensa usted de la China.

— Dile que es un gran país.

El profesor aprovecha para encender un cigarrillo negro. Oye pronunciar el nombre del presidente del Gobierno Español.

— El soldado dice que España es también un gran país. Pregunta si en España hay democracia, pero yo ya le he explicado que sí. Ahora desea saber si la juventud del país de usted es alegre y trabajadora.

* * *

Al otro lado del coche un niño hace un avión de papel de periódico. Por la forma, se trata de un avión de reacción. Justo antes de tirarlo a volar, le echa el aliento en el morro igual que hacen los niños españoles.

El militar saca del bolsillo de su camisa un mapamundi y lo despliega sobre sus rodillas. Se nota que es un joven habituado a pensar en el mundo, a hacer estrategias en gran escala. Recorre con la yema del dedo el meridiano de Greenwich hasta alcanzar la Península Ibérica. Vienen traza-

dos en el mapa los veinticuatro husos de la esfera terrestre.

Un grupo de niñas juega a saltar la goma sobre la plataforma de enganche de los vagones. De espaldas a ellas, unos padres de familia hacen cola frente al urinario. Por el medio se abre paso un vendedor de refrescos. Asombra que tanta gente pueda maniobrar en tan

estrecho espacio sin apenas estorbarse; aquí funciona a las claras la teoría de la armonía preestablecida o aquella del Dios relojero del engranaje del mundo.

El profesor hunde a ratos la vista en su libro. Cree que el releer nunca deja de ser enriquecedor. En otros momentos, fatigada la atención, cierra su libro para perder la mirada en el árido paisaje; se convence entonces de que ya no vale la pena, de que ya ha llegado para él la hora de abandonar la senda de las lecturas. El aburrido páramo se repite y el profesor acaba por apartar su rostro de la ventanilla; vuelve a abrir, una vez más, su volumen: verdaderamente, piensa, son las letras el dovelaje sustentador de las sociedades de común consenso. Y de este modo va transitando el profesor de convencimiento a convencimiento como toma las curvas el tren, o como oscila el péndulo de un olvidado reloj de pared, obcecadamente y



asido a una irrenunciable, interior e injustificada confianza.

El alumno da una palmada y se inclina hacia el profesor:

— Como usted y yo ya somos amigos, ¿por qué no probamos a hablar un rato?

— Bien. Empieza tú.

El alumno da rápidas y destempladas palmadas; se conoce que es su manera de pensar, igual que otros se mesan los pelos de la sien o de la barba. Finalmente, concluye:

— Es mejor que empiece usted.

— Bueno. Tradúceme entonces algo del periódico.

El alumno lee la proeza de un perro shaanxinés que, por salvar a un niño de un incendio, se abrasó vivo.

— Todo esto es muy edificante. Sigue.

El alumno, a trancas y barrancas traduce la siguiente noticia: «El pueblo chino recibirá un regalo especial de Año Nuevo de parte del Gobierno: a partir de marzo trabajará cuatro horas menos por semana. ¡Así los obreros se sentirán más estimulados a trabajar con entusiasmo y a mejorar la administración de sus empresas!». Ilustra la noticia la fotografía de una fábrica.

En el coche del ferrocarril cada uno ha dado con su lugar natural, su postura, su idóneo conversador: duerme el que traía sueño; el que se quedó sin tabaco, encuentra a quien le convide; halla también su pareja el jugador de naipes.

Un tren en marcha es un vivero de metáforas, un convite demasiado hostigador a la especulación. El jinete o el automovilista acostumbra a ser correccionario del libre albedrío y de la gracia de Dios; el pasajero de ferrocarril, en cambio, lo es de la predestinación y del cinematógrafo.

El profesor de español abre su libro al azar. Ya hace tiempo que suele enfrentarse de esta manera a las páginas; es una forma como otra cualquiera de pasar revista y estar alerta ante ellas.

Al primer renglón el alumno le interrumpe:

— Yo también tengo la manía de leer.

— Es mejor decir la afición o la costumbre.

— Eso, la costumbre de leer. Yo no he traído al viaje mi libro porque ¡yo qué sabía!

El profesor hace como que lee; sabe que el alumno va a volver a dirigirse a él; ya anda palmeando.

— ¿Le han contado a usted que el profesor catedrático Tang Minquan tradujo al chino una novela que se titula *La regenta*?

— Sí, ya lo sabía.

— También ha traducido más libros.

El catedrático Tang Minquan ha traducido también *Sotileza*, del antiliberal santanderino José María de Pereda.

El profesor vuelve a hundir la vista en su volumen.

— Si usted lo prefiere, no hablamos.

— No, por mí... Yo no me canso.

El tren atraviesa la llanura de Guanzhong. Desde la ventanilla pueden verse casas de piedra, de ladrillo y de adobe, empalizadas de bambú y recónditas cuevas en las que se guarece al ganado. El profesor mira con fijeza la boca de las cuevas. Una casa, piensa, se planifica, se edifica y alberga a una familia y a una economía; una casa, ya sea de adobe o de ladrillo, es algo sometido a los fueros y que guarda escasas y ordinarias sorpresas. Sin embargo, no es raro que un día un hijo desee las cuevas y abandone a la familia sin dar explicaciones. Meditativo, el profesor gira el capuchón de su pluma.

Ya no lo duda más: lo fosco y lo despejado se confunden; la gruta es a menudo clara y el hogar tenebroso. El profesor conjetura que el hogar pudo haber sido el requisito de instinto y de temor que amalgamó la pureza para engendrar en él a los solitarios moradores de las peñas; que esa es, precisamente, la razón de que no se deba denostar a las instituciones, y el plinto último en que se apoyan, aun sin saberlo, los conservadores en materia de costumbres.

— A ver, dime: ¿ya tienes novia?

— No. Todavía no tengo la edad.



A diferencia de los vagones chinos de primera clase, los de tercera carecen del lenitivo de los himnos y las consignas patrióticas de la megafonía.

* * *

Han alcanzado su estación de destino. Entran en una fonda a reponer fuerzas para el ascenso a la montaña de Huashan. Les sirven tallarines con verdura y carne de buey en su caldo; acompañan la comida con cerveza. Al fondo se elevan las moles pétreas, de cumbres anidadas, alojo de los monjes contemplativos.

Se levantan de la mesa. Se limpian la boca y las manos en una fuente de agua clara de las montañas; no la beben porque la hospedera les ha advertido del peligro de la disentería.

El chorro de agua salpica en el barro e improvisa un tejido de regueros inestables, anega las huellas del bebedor y sigue pendiente abajo hasta formar una charca verdinosa. A la charca la contaminan recipientes y desperdicios. De ella nace un arroyuelo.

— ¿Nos ponemos en marcha?

— Aún no. Hay que esperar.

El alumno le explica que a Huashan no se sube hasta el atardecer; durante la noche se culmina la montaña, donde se espera despierto al alba. Tras la salida del sol, se desciende. Es impensable llevar a cabo otro plan, equivaldría en este país a una provocación.

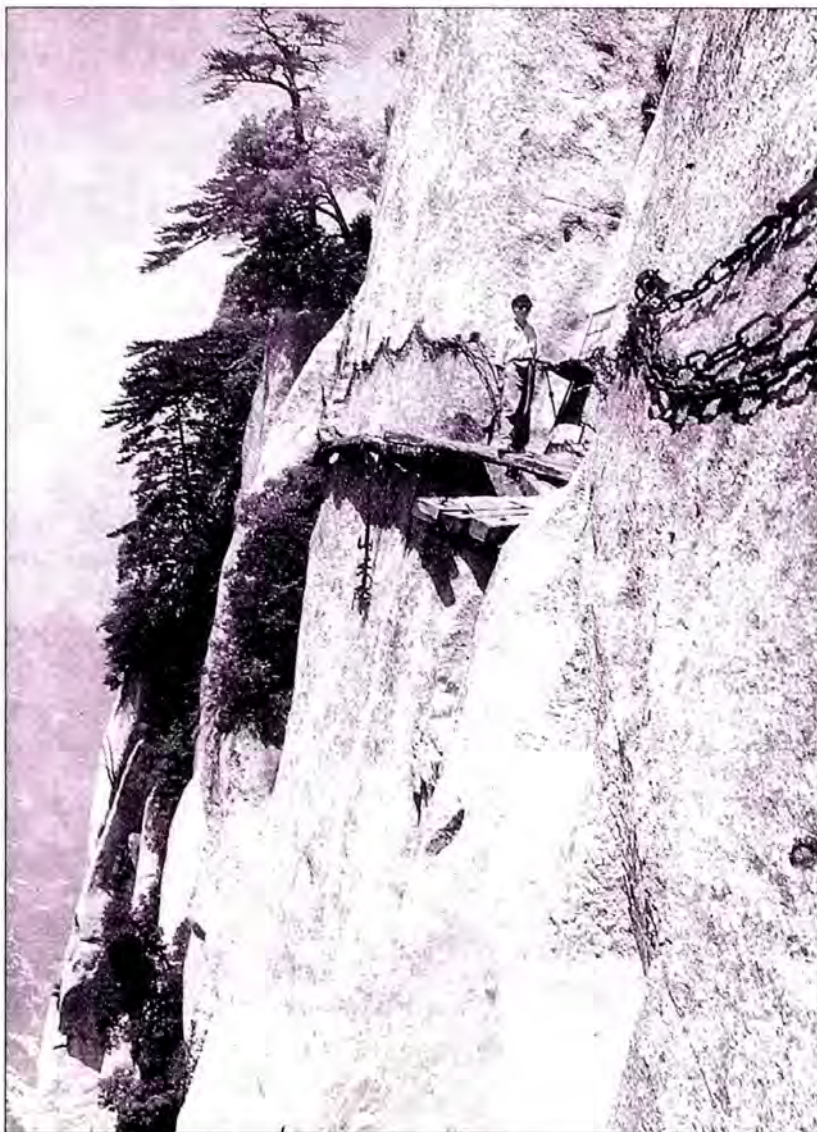
El arroyuelo les guía hasta el río. El profesor descubre una roca grande y cóncava en la que tenderse. El aire llega fresco y peinado por los juncos de la orilla. También arriban los sonidos del poblado: el tractor que regresa, el altavoz de un transis-

tor, los gritos de una cercana disputa. La cimas son de nieves ocasionales; algunas se presentan cubiertas de bosque, otras, peladas.

El alumno, enjuto, nervudo, befo, limpia sus gafas entre dos piedras del medio de la corriente. No parece un hombre feliz, un hombre que guste a las mujeres.

El agua sigue, al parecer de los taoístas, el curso de la sabiduría: no se yergue, sustenta; no se enfrenta, penetra. El profesor, quizá movido por el rumoroso son del cauce y el liberal sopor, desea

partir una lanza por la China, una lanza discursiva que nadie oirá ni necesita oír. No es extraño que los arquitectos de donde él procede pronuncien su predilección por lo japonés y su disgusto por lo chino; lo mismo ocurre con buena parte de los artistas y participantes de las disciplinas orientales: lo que en los isleños es silenciosa morigeración, es aquí bullicioso pavor a lo vacío; la veneración a las costumbres en los primeros, aparece en los segundos como dejadez manifiesta; la ascética en las formas, la solidez y nobleza de las maderas macizas de aquellos, en estos se vuelve faro-



lillos de colorines, falsos relieves, pirotecnia y quincallería. Con todo, el profesor quiere partir una lanza por el país que le cobija: es más profunda y señera, más imperturbable, más inaprensible, la ciencia del chino; su familiaridad con lo irónico es mayor, su decadente aristocracia es más fina; en su miseria, es guardador de una esencia de la que su vástago nipón participa un poco puerilmente, un poco temeroso de perderla.

El alumno ha saltado a la orilla y se ha acercado al profesor:

— Yo tengo que decirle algo.

— Di.

El alumno no se decide, sacude los brazos, palmea. Viste un chaleco de lana bajo una camisa de cuellos de un palmo de largo.

— Yo no quiero que usted piense...

— ¡Dilo, hombre!

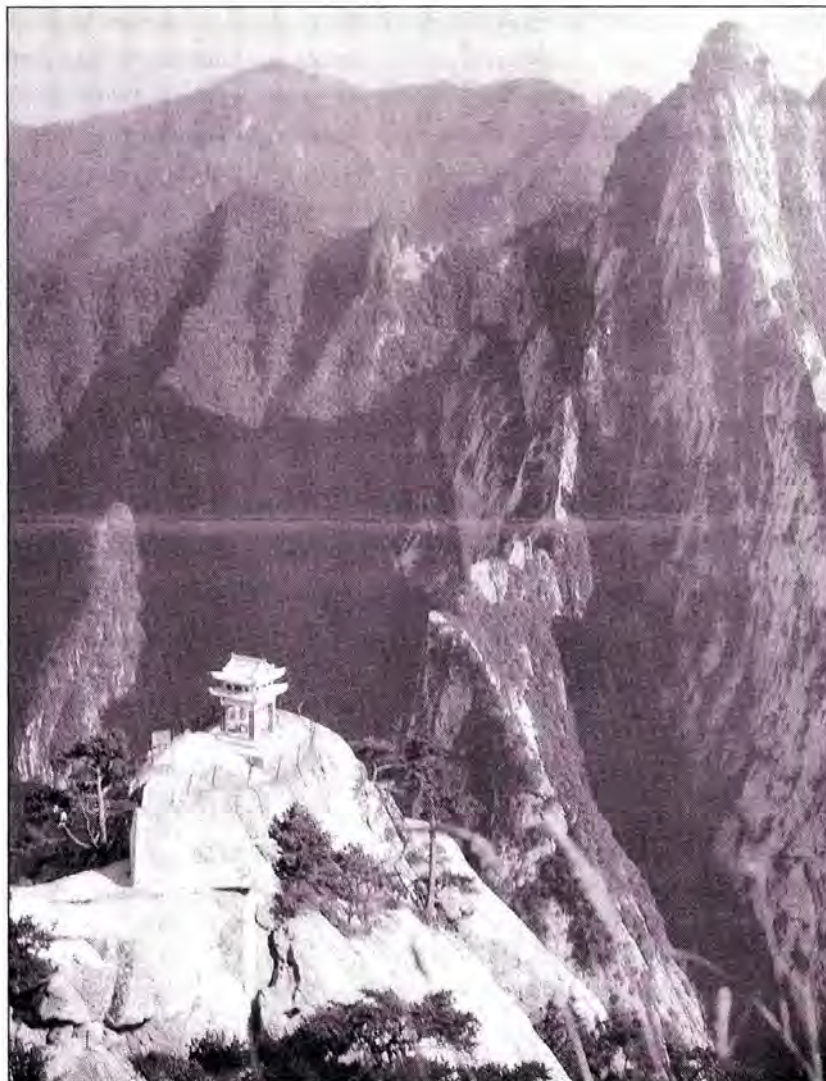
El alumno se aleja con grandes zancadas; de pronto, se da la vuelta y regresa junto al profesor. Saca de su mochila una navaja abierta. El profesor no sabe qué pensar; está descalzo, no podría salir corriendo.

— Yo no le he dicho que en las montañas, de noche, hay gente mala. ¡Yo no se lo he dicho!

El profesor comprende que no le está amenazando; simplemente le está advirtiendo del peligro de los salteadores.

— Yo he traído este cuchillo.

El estudiante de español abusa de los pronombres, incurre en el yoísmo.



* * *

Se han puesto en camino con la caída del sol. Al pie de la ladera comienza una escalinata tallada en piedra que llega hasta la cúspide. Se tarda toda una noche en agotar sus peldaños. El profesor ha traído en vano sus botas de montaña: no abrirá senderos ni atrochará por lo agreste. Es posible que el ascenso libre y montaraz sea para un chino muestra de barbarie. A Huashan suben señoritas con zapatos de tacón. El profesor no pisará la tierra de la montaña.

Caminan de noche como contrabandistas. Al poco, divisan las luces de otras linternas: no son precisamente las de los bandoleros; son grupos de amigos en ascensión, alegres matrimonios, hospederos afanosos de recolectar clientes en la escalera. No es una luminaria de procesión de peregrinos, tampoco la de una cuerda de montañeros, es una interminable columna de excursionistas.

Cuelgan de la roca de las paredes, en los tramos de mayor pendiente, gruesas cadenas en las que

sujetarse. En los pasos estrechos hay que hacer fila y esperar. La obscuridad, el cansancio y el nerviosismo hacen que algunas muchachas se aparten un poco para llorar; sus novios acuden a abrazarlas y les acarician el cabello hasta que se les pasa.

Los edificios que descubrirán al alba son ahora sombras fabulosas; sus apagadas alcobas transmiten algo de sueño a los que, fatigados y a la intemperie, han de pasar de largo. Los restaurantes, en cambio, velan con sus lámparas de gas, con la muisquilla de sus radios y el bronco

funcionar de los generadores eléctricos. Los hosteleros orientan hacia la longa escalera las bocanadas del humo de sus ollas y sartenes. Sus hijos, experimentados, prefieren dormir a cielo abierto, arrimados a los fogones, que en la parte techada de las casuchas; les debe de traer cuenta.

Son imponentes las hondas caídas cuyo fondo el negror ciega, el óxido escurrido de las sonoras cadenas —a las que se agarran las manos de porcelana de las muchachas más jóvenes—, así como las elevadas, inalcanzables linternas de los que, adelantados, señalan el derrotero de la escalera.

A esta altura, la bulla de los excursionistas se torna en gestos graves, silencios y órdenes raudas. Parecen tener presentes las doctrinas de los taoístas: inmensa es la malla del cielo, nada deja escapar; sus nudos están separados, y, sin embargo, no hay don ni sacrificio que se haga en balde. Es como si del gentío, en lo más cerrado de la noche, durante unos instantes se hubiese apoderado un vago sentimiento de profanación, un barrunto de juicio postrero que hubiese de llegar con la alborada.



Arrecia el relente. El profesor se viste una cazadora de pana; el alumno, un abrigo militar.

Uno y otro, necesitados de respiro, se han tendido bajo el techo de un kiosco. Beben un aguardiente de arroz dulzón y espeso. Casi de inmediato, el pavimento de la construcción se ha atiborrado de otros caminantes; sentados, buscan sin reparos el calor de los otros e intercambian provisiones. Al profesor le llegan de todos los lados frutas y cantimploras. Los que pasan hacia arriba por la escalera vuelven sus ojos con envidia al kiosco animado.

El profesor y su alumno se fuman a medias un cigarro puro. Bajo la nervadura del techo se forma una nube de humo y de espesos olores; sonríen, apoyadas en las columnas, jóvenes estupendas a las que apetece mucho besar.

El grupo de los recién llegados se alegra y canta. El alumno de español se suma a ellos. Sólo el profesor no conoce la canción. Duda si de verdad tiene derecho a participar de esa intimidad: la de esos cantos que no son las suyos, la de esa montaña santa.

El filósofo quietista Lao Tse habla de dos pueblos en los que mora la dicha: están tan cerca uno del otro que oyen ladrar a sus perros y cantar a sus gallos; sus habitantes —viene a decir el sabio peregrino— morirán sin haberse visitado nunca. Quizá esto equivalga a aquello de que la felicidad es limitación, o que el movimiento es dolor. El profesor

sale al paso para aventurar la siguiente hipótesis: por lo general, estas máximas propugnadoras de la inmovilidad proceden de gentes viajeras, gentes cansadas en las que habita la añoranza de una beatitud sencilla y humilde de la que carecen y que, a ser sinceros, ¡quién sabe si de verdad envidian!

Al profesor de español le viene a las mientes un viejo refrán que reza así: *Quien necio es en su villa, necio es en*

Castilla. Aunque esto no cuadra del todo con lo anterior, sabe lo que se dice. El profesor es de los que de vez en cuando zanzan las divagaciones con un «yo ya me entiendo».

El profesor vive convencido de que buena parte de los apotegmas de Confucio y de los maestros taoístas podrían traducirse, sin dejar resquicios, con el refranero español. No le acaba de entrar en la cabeza que las sabidurías de uno y otro mundo sean completamente distintas, ni que lo sean sus necesidades.

Un mozo corpulento se ha levantado; sostiene entre sus dedos un vaso de aguardiente pequeño como un dedal. Pronuncia unas palabras que hacen callar a todos; él ha crecido en las llanuras de Guanzhong, a la sombra de aquellas montañas;



confiesa, no obstante, que hasta esa noche nunca había subido a ellas. Grita: «¡He vivido como un ciego!». El profesor se equivocaba; cae en la cuenta de que no todo lo que tiene delante es excursionismo.

El jayán dirige su vaso hacia el profesor y su intérprete; dice que todos deben congratularse de que su país abra las puertas al vasto mundo; desea, para acabar, darles la bienvenida y brindar por el idioma esperanto. No todos los presentes saben qué es eso del idioma esperanto; en todo caso, es una palabra de efecto, provoca que el medio centenar de personas que ocupa el solar se ponga en pie. ¡Si pudiera ver por una rendija lo que allí sucede alguno de los dispersados discípulos del doctor Zamenhof!



* * *

Con el canto de las aves ha amanecido un sol llegado de las Américas. Tras el paroxismo de las fotografías, ha comenzado el descenso desde la cumbre.

— ¿Quiere que vayamos a visitar los templos?

— ¡Claro!

Atraviesa la transitada escalinata un desprevenido escarabajo, un inconsciente caracol. El rocío cubre peligrosamente los escalones.

El alumno mira hacia la apretada niebla que a esa temprana hora oculta por debajo de ellos los campos y las poblaciones. Dice:

— Yo he estado pensando que las nubes se parecen al algodón.

— Sí, es verdad.

Las nubes, arboladas y espesas, se deslizan por las lomas y cañadas como manso rebaño, impregnan la roca como espuma de mar.

El profesor y su alumno llegan pronto a las primeras construcciones de los taoístas. Son pequeñas y recoletas. Arde, en una de ellas, el incienso sobre el altar; delante hay un reclinatorio. En lo lóbrego, un monje joven estudia u ora.

Son escasos los chinos que se desvían a hacer peticiones, a arrodillarse en los cojines del reclinatorio. Algunos hombres, forzados por sus esposas,

entran y siguen el ritual de las reverencias; como les da vergüenza, lo hacen riéndose y con mala traza. Otras mujeres aprietan mucho las manos para rezar; se distingue en seguida las que piden de las que agradecen o cumplen una promesa.

Suena del interior el tintineo de un vaso de bronce; de fuera, la algazara de los que bajan la escalera. El libro del monje es antiguo, abriga una ciencia intemporal. El cenobita levanta la vista y la fija en el profesor. No es habitual que un visitante pase tanto rato en el templo. Se dirige a él:

— ¿Viene usted a aprender el tao?

— No. Yo iba de paso.

El profesor no ha visto en los alrededores del templo un huerto cultivado o un hato de cabras que alimente a los monjes; no ve desde el portal frutales ni jaulas, sino piedra, espinos y las adustas raíces de los árboles que no hallan un blando donde hincarse.

— Entonces, ¿por qué ha venido a nuestro país?

— ¡En algún sitio hay que estar!

El profesor tampoco encuentra en el templo un púlpito o tribuna desde la que dirigir sermones. Toma esto como una muestra de sensatez y de alta civilización; es posible que el proselitismo y la predicación no hagan buenas migas con la humildad y el miramiento que pa-recen reclamar las cosas sencillas y santas. Bien claro advierte el pensador Voltaire, en su *Philosophie de l'Histoire*, que los chinos han demostrado tener en materia de religión más sentido común que los judíos y europeos; a este propósito, el ilustrado cuenta que el emperador Chang Hi preguntó a los misioneros cristianos, después de oír tratar de las opuestas versiones de la Biblia, cómo era posible que creyesen en libros enfrentados entre sí.

El coletudo regresa a su rincón; la escritura del volumen sacro es de trazos recios, ideada, tal vez, para monjes de edad mayor y vista cansada. El español cree que los profesores de lengua como él no deben tener más misal que el diccionario; él mismo tiene por costumbre abrirlo a la suerte como los protestantes la Biblia.

El sol acaba por desenredar la calígene. El alumno aguarda, impaciente, en la grada del templo. El profesor todavía no ha salido; la pared de piedra, exenta de vanos, conserva la frescura y la obscuridad anterior al alba.

El alumno se cubre la cabeza con una gorra; abre y cierra su navaja. Se vuelve con gesto malhumorado hacia el interior: lleva razón, es hora ya de que los dos sigan camino adelante.

* * *

Han caminado montaña abajo durante dos horas. Se han sentado a almorzar a la sombra de un socavón. Han tocado por barba a un panecillo blanco de miga muy compacta, a una salchicha cocida, un huevo duro y una naranja. Se han limpiado las manos restregándolas en la hierba.

— ¿Te duelen las pantorrillas?

— ¿El qué?

El profesor aprieta las suyas.

— Las pantorrillas. Esto de aquí.

— ¡Sí! Eso es por ir en bajada.

Ya en marcha, divisan el humo de una hospedería. Un grupo de jóvenes, europeos o norteamericanos, a juzgar por el aspecto, guardan silencio sobre un banco de piedra. Todos llevan la coleta de monjes novicios del taoísmo. El profesor les saluda en lengua inglesa desde el camino, pero ellos ni siquiera levantan la cabeza; luego prueba, también en vano, con el idioma español. Al final, baja el brazo y renuncia; sin duda son gentes que se hallan más en lo permanente que en lo itinerante.

— Cuando re-grese a España, ¿qué contará usted de nuestro país?

— ¡Si acabo de llegar!

— Ya, ya. Pero yo quiero saber qué les dirá.

Un poco más abajo se han cruzado con los portadores: los de hombres, que subían bajo las angarillas de los palanquines, y los de abastecimiento, cargados con sus altas mochilas de mimbre repletas de carbón, de harina, de bebidas enlatadas, de verduras, de películas fotográficas y de recuerdos de jade y de marfil de imitación; estos, se ayudan con un cayado corto, medido de manera que puedan apoyar en él, cuando se detienen, el peso de la carga a plomo; resoplan, entonces, hacen restallar el mimbre y dan grandes gritos. Estas estremeedoras voces que en solitario dirigen hacia el cielo, mueven a pensar en almas trastornadas y atormentadas; su fin, no obstante, es práctico: además del desahogo de la fatiga, les sirve de orientación; calculan así las distancias que les separan a unos de

otros y el número de los que, rendidos, se han quedado rezagados.

Estas carnes extenuadas traen al recuerdo del profesor las aprendidas enseñanzas del tao: sólo la nada penetra en lo que no tiene fisuras, sólo el no hacer es eficaz, sólo el no hablar transforma. Y, sin embargo, ¡cómo chillaban los acarreadores!, ¡cómo enreñaban la marcha en el llano para emprender luego las cuestas!, ¡cómo resollaban por alcanzar las retiradas peñas, por dejar también la ración a los eremitas!

Un niño recoge en un saco las basuras de la escala. Cuando lo tiene lleno, lo arrastra hasta donde está su hermana, una adolescente. Ella saca de él los botes de bebida, aplasta la hojalata contra una piedra y los va guardando en otro costal de mayor tamaño. Hurga entre las demás porquerías que le trae su hermano; como no halla nada de valor, las arroja al ribazo. Con la mano asquerosa le suelta un bofetón a la criatura y le devuelve el saco.

A medio día llegan el profesor y su alumno al poblado. Comen bocadillos de fiambre a la orilla del río. Acuerdan no dormir allí la siesta, hacerla más tarde, de vuelta.

El alumno apoya la espalda sobre la arena. Chasquea la lengua y habla con la vista fija en los cúmulos del cielo:

— Oiga, yo tengo que decirle algo. Yo sufro. Yo pienso que usted no se ha divertido.

El profesor no es amigo de pasar cuentas al solaz y a lo arbitrariamente aprendido; es esta una cenagosa tarea.

— ¡Cómo dices eso! Yo te estoy agradecido de corazón.

Una mula atraviesa el río con lentitud, con espasmos de congoja, cargada con la estela de deshechos que ha dejado en la montaña una jornada de excursionistas: aparatosos paquetes de cartones y corchos, sacos de latas; de cada costado de la bestia cuelga un pozal de detritos en fermentación.

Septiembre tertia y la estación cansada va cediendo a la nueva, convidadora de los estudios nobles. El aire atraviesa aletargado la alameda; sí, hay que regresar cuanto antes a las labores.

Tras la yanta de los embutidos caminan hasta el bazar. Allí apalabran con un mediador dos plazas en el próximo autobús que les devuelva a Xian.

* «Ascenso a la montaña de los taoístas», es el capítulo VI y último de *Días en China*: relato testimonial de la estancia del autor en ese país, durante el curso académico 1994-95, en funciones docentes de lector de español en Xian. Editorial Anagrama tiene dispuesta su publicación en los próximos meses.

Los pioneros en la ciudad del cine

(Los Jimeno, los Coyne y el Cinematógrafo en Zaragoza)

ANTÓN CASTRO

I. EL DESPERTAR

Zaragoza no fue la ciudad del despertar del cine por casualidad. Agustín Sánchez Vidal, en uno de sus libros más brillantes pero a la vez más técnicos, *Los Jimeno y los orígenes del cine en Zaragoza* (Zaragoza, 1994), demostró que había un caldo de cultivo ideal que hacía posible la llegada del Cinematógrafo. En diversos rincones de la ciudad, especialmente en la plaza del Carbón, solían instalarse las célebres barracas de feria con espectáculos de figuras de cera o aquel Panorama, «de enormes lienzos cilíndricos en cuyo centro se situaba el espectador», no sólo de los Jimeno sino de Enrique Farrús, que se italianizó el nombre para ser conocido por *El Farrusini*. Sin embargo, fueron los Jimeno los precursores del cine en aquella ciudad que no llegaba a los 100.000 habitantes hacia 1896. Don Eduardo Jimeno Peromarta, ebanista de profesión, había heredado el puesto de tramoyista de su padre en el Teatro Principal, aunque pronto se sintió incómodo y abandonó ese empleo para dedicarse a la farándula con un montaje que debió ser casi majestuoso: ocupaba hasta cuatro o cinco vagones de ferrocarril con un peso de 25 toneladas y un total de quince empleados fijos.

Con ese espectáculo —inicialmente compuesto por funciones de figuras de cera y el sorprendente cilindro de estampas, un anticipo de las imágenes en movimiento, a los que se le sumarían el cine— reco-

rrió España, Francia y Portugal con su primogénito Eduardo Jimeno Correas, quien, como consecuencia de su gran afición a la fotografía, pronto se destacaría como realizador de películas. Los Jimeno eran unos feriantes reconocidos que tenían en los catalanes Belio a sus directos rivales; éstos contaban con un órgano eléctrico incomparable en toda Europa, el Orchestrion, que era verdaderamente grandioso por su decoración, por la belleza de su retablo de imágenes. Los aragoneses también tenían algo parecido y en las funciones se hacían convivir a las caricaturas de personajes famosos con sucesos cotidianos e históricos: desde La Batalla de Waterloo, o el relato espeluznante de La Campana de Huesca a un crimen



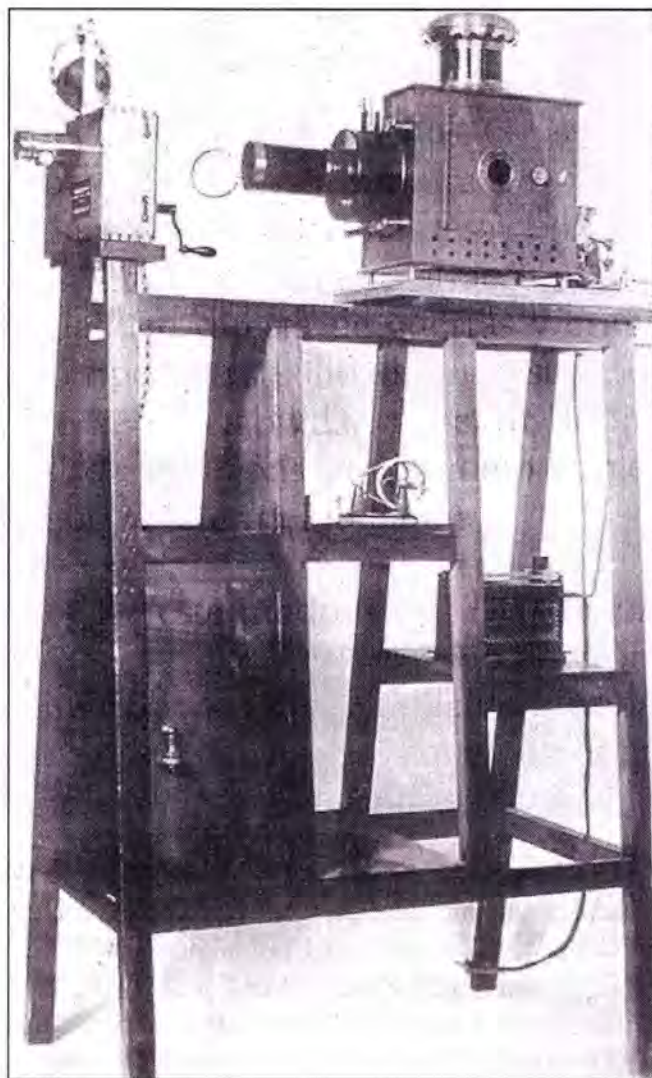
Barraca de Farrusini, que alternaba figuras de cera y cine.

tan popular como el de la calle Fuencarral. Aunque en su libreta de apuntes, en ese bosquejo de memorias que escribió Jimeno Correas, no dejó una descripción pormenorizada de este teatro.

En todo caso, tanto padre como hijo se sintieron fascinados ante el nuevo arte descubierto por los hermanos Lumière a finales de 1895. En mayo del año siguiente, en un local decorado con cortinas negras de la Carrera de San Jerónimo, presentaron El Cinematógrafo: el acto debió ser como un extraño hechizo, el torrente de imágenes se concentraba en una pequeña pantalla, aunque no quedan testimonios directos del estreno. Para algunos, habituados al Panorama, aquello no era más que «un tutilimundi perfeccionado», según constata Sánchez Vidal. Apenas un mes después trajeron el invento al Teatro Principal y a un salón del paseo de Independencia en septiembre. Pero ellos con lo que en realidad soñaban era con una cámara Lumière y se fueron a París a comprarla. Se marcharon con los bolsillos llenos de francos y el deseo de dar a conocer el feliz descubrimiento en sus barracones. Al llegar a orillas del Sena repararon en una bailarina mecánica que hacía la publicidad de una casa cinematográfica, en la cual adquirieron —al parecer a unos argentinos— una cámara Vernée por 15.000 francos, un coste excesivo, pero hubieran pagado lo que fuese preciso; pronto se darían cuenta de que habían sido objeto de una estafa, víctimas de unos timadores que lograron colocar en el mercado un total de cincuenta aparatos falsos.

Estrenaron su adquisición en el Teatro Arriaga de Bilbao donde las películas se rompían continuamente; visionados previstos para quince minutos como máximo se prolongaban hasta los cuarenta y cinco o una hora en ocasiones. Aquello era un desastre que creó un estado de tensión entre padre e hijo. Aquél tan escocido se quedó con el fraude que decidió olvidarse del cine y concentrarse en las figuras de cera y el Panorama. Una nueva discusión entre ambos, se saldó con otra tentativa de Eduardo Jimeno Peromarta: subió al tren en Burgos y partió hacia Lyon. Según relata en su cuaderno su hijo, el viaje le costó cuatro jornadas de transbodos e insomnios. Arribó a Lyon sin conocer el francés. Al final, alguien le indicó que debería dirigirse a la fábrica de los Lumière en la población vecinal de Lyon Perrache y entró allí diciendo a cualquiera que se le acercase: «Yo quiero un Cinematógrafo». Nadie le entendía y quizá le tomasen por loco, pero al final fue conducido al despacho de los Lumière y adquirió una máquina auténtica por 2.500 francos y una veintena de películas a cincuenta francos cada una.

La máquina de los Lumière servía para proyectar



Cámara Lumière, con caballete de proyección, reostato y embobinadora.

y para filmar (la estrenaron en un almacén de carbón en Burgos), y con ella iban a realizar las que se consideran las primeras películas españolas: *Salida de misa de doce del Pilar de Zaragoza* y *Saludos*. Una fue rodada el 11 de octubre de 1896 y la segunda al domingo siguiente, y las revelaron en la calle San Pablo, en La Posada de las Almas. Ambas fueron impresionadas en un soporte de treinta y cinco milímetros; la *Salida de misa* exigió diecisiete metros de película que dura dos minutos de proyección, y la segunda, quince y medio. En su cuaderno de notas, revisado e interpretado por Agustín Sánchez Vidal, Jimeno Correas no es muy explícito acerca del rodaje; se sabe, eso sí, que *Salida de misa* la grabó él como operador desde una escalera de madera, en forma de tijera tal vez, sin que la gente se percatase, con su padre entre la multitud, y que en *Saludos* los feligreses eran conscientes de que estaban saliendo en un filme. Ambas películas, al cabo de unos días, fueron exhibidas en un salón de Independencia, 27 y tuvieron imitadores inmediatos como el cineasta



Eduardo Jimeno Correas, con la vieja Lumière.

catalán Fructuós Gelabert y su *Salida del público de la iglesia parroquial de Sants*. Curiosamente, éstas no fueron las primeras pruebas de los Jimeno: antes intentaron captar unas maniobras de pontoneros en el Ebro pero no salieron por dificultades de luz.

II. LA SOMBRA DE UNA DUDA

Históricamente, éstas han sido las dos primeras películas del cine español, en cualquier caso son las primeras que se conservan, y buena prueba de ello es que la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas se reunirá en Zaragoza en un acto multitudinario el once de octubre como homenaje a los pioneros aragoneses. Sin embargo, en los últimos

meses parece que se han encontrado varios documentos que prueban que los rodajes de los Jimeno están mal fechados: no se habrían realizado en 1896 sino un año más tarde; en cambio, lo que sí está probado es que en junio de 1897, cuando falleció el militar coruñés Sánchez Bregua, el francés José Sellier (fotógrafo de Lyon afincado en La Coruña desde 1887 y al parecer amigo de los Lumière, dicen que realizaba frecuentes visitas a su fábrica) rodó en los Cantones herculinos el *Entierro del General Sánchez Bregua*, una cinta que no se conserva. En Galicia se está intentando capitalizar el hallazgo o al menos arrimar el ascua a su sardina. Sostienen, entre ellos el historiador José Luis Castro, autor de un precioso libro en dos volúmenes: *La Coruña y el cine* (La Coruña, 1995), que la primera película española se rodó en La Coruña, donde el propio Sellier ofreció una sesión de cine en septiembre de 1896, por las mismas fechas en que los Jimeno proyectaban imágenes en Independencia, 27. El pasado 4 de enero, en *El ideal gallego*, el periodista Rubén Ventureira se hacía eco de la visita de un miembro del Instituto Lumière a Bilbao. «Jean-Claude Seguin, destacado miembro del Instituto Lumière, centro dedicado al estudio de la actividad —y en el que se custodian los documentos relacionados con ésta— de los inventores del cinematógrafo, ha confirmado esta misma semana en Bilbao la autenticidad de una serie de papeles que acreditan que la hasta ahora considerada primera película española, *Salida de misa de doce de*



Salida de misa de doce del Pilar de Zaragoza.



Saludos.

la *Basílica del Pilar* de Eduardo Jimeno, no se rodó en octubre de 1896, sino un año después. (...) La documentación estudiada por Seguin pertenece a un aficionado al cine mudo, Jon Letamendi, que la halló recientemente en un anticuario bilbaíno. Entre los papeles, destaca una carta que los Lumière dirigen a Eduardo Jimeno, misiva en la que le comunican que, si está interesado en la cámara, la podrá comprar a partir de mayo de 1897. La conclusión es tajante: es imposible que Jimeno rodase la *Salida de misa...* en el 96. Además, Letamendi posee un contrato de compra, fechado en julio de 1897, de un aparato Lumière por parte de Jimeno: el estilo en que está redactado indica claramente que está comprando su primera cámara de este tipo. Seguin ha validado documentos y ha anunciado que, si ninguna Filmoteca española los compra en dos semanas, los adquirirá su instituto». Esta nueva orientación de los orígenes del cine español ha sido acogido con cautela por los historiadores y nadie se pronuncia con claridad, al menos hasta que no se hagan públicos los documentos hallados en Bilbao.

III. LA CIUDAD DE LA ALEGRÍA

Ni siquiera cuando los Jimeno (que habían sido los pioneros absolutos en el año 1896 del cine en

Aragón, como bien han demostrado las investigaciones de Ángel González Pieras en *Las escenografías del sueño*) estaban ausentes de la ciudad, Zaragoza vivía de espaldas al cine. Cabe recordar, por ejemplo, que en 1902, durante las fiestas del Pilar se proyectó *El viaje a la Luna*, una maravilla temprana y animada de Georges Méliès. Padre e hijo pasarían películas sucesivamente en la plaza del Carbón a partir de 1898 y, durante el lustro que va desde 1904 a 1909, en la calle San Jorge, en el local que quedó libre tras el derribo del Palacio de la Infanta, vendido a un coleccionista de París merced a las gestiones de Zuloaga. Proyectaban películas el citado *El Farrusini*, el Cinematógrafo de Félix Preciado, ubicado en un bajo de Espoz y Mina, o Leopoldo Acín. Luis Buñuel anota en sus memorias, *Mi último suspiro*: «En 1908, siendo todavía un niño, descubrí el cine. El local se llamaba *Farrucini* (sic). Fuera, sobre una hermosa fachada de dos puertas, una de entrada y otra de salida, cinco autómatas de un organillo, provistos de instrumentos musicales, atraían bulliciosamente a los curiosos. En el interior de la barraca, cubierta por una simple lona, el público se sentaba en bancos. Conmigo iba siempre mi nurse, desde luego. (...) Las primeras imágenes que vi, y que me llenaron de admiración, fueron las de un cerdo. Era una película de dibujos. El cerdo, envuelto en una bufanda tricolor, cantaba. Un

fonógrafo colocado detrás de la pantalla dejaba oír la canción. La película era en colores, lo recuerdo perfectamente, lo que significa que la habían pintado imagen a imagen».

El cine estaba en un momento de apogeo y muy pronto colaborarían en su expansión otras salas, nuevas técnicas y, sobre todo, inquietos profesionales como Ignacio Coyne. Oriundo de Navarra, donde había nacido en 1872, procedía de una familia de fotógrafos, que antes habían sido tintoreros. Su padre Anselmo María Coyne se estableció en Zaragoza hacia 1878 y, entre otros trabajos de gran importancia, realizó un álbum de la inauguración del Puente de Hierro que se vendía en las tiendas a cinco reales. Ignacio comenzó a frecuentar el taller paterno desde muy joven y cuando murió su progenitor él se hizo cargo del estudio, después de abonarle a su hermano Antonio una cantidad de 2.500 pesetas. Antonio fue el bohemio de la estirpe: murió en Francia a mediados de los años 20, pero antes realizó foto documental de la I Guerra Mundial en las propias trincheras de los combatientes alemanes y se estableció definitivamente en Mónaco.

Ignacio Coyne demostró una ilimitada curiosidad por todas las innovaciones, deseos de aprender que lo llevaban a Barcelona con cierta asiduidad. Entró en contacto con los fotógrafos de la Casa Napoleón e incluso asistió a la primera proyección cinematográfica en su estudio de la Rambla de Santa



Ignacio Coyne.



Expresiva publicidad, en 1898, de los procedimientos que se realizaban en el estudio de Ignacio Coyne.

Mónica, en la que actuó como electricista otro personaje clave de la historia del cine y de la fotografía en Aragón: Antonio de Padua Tramullas, a quien el destino iba a devolver a Zaragoza como empleado de Electra Peral. En los pasos intermedios que iban a conducir a Ignacio Coyne al cine debemos destacar su calidad fotográfica, una de sus mejores muestras: *Exposición de todos los soldados heridos, inútiles y enfermos repatriados de las campañas de ultramar*, las sucesivas ampliaciones del negocio que pasó de contar con un local en la plaza de la Constitución, a disponer de otro más en San Miguel, hacia 1904, frente al Teatro Goya (al lado mismo del solar en que *El Farrusini* montaba sus carpas), donde habría de instalar el Cinematógrafo y atraía a los clientes con el cartel de *Retratos artísticos al platino*.

Debemos destacar su inclinación hacia el cine y su asociación con Manuel Reverter, así como la contratación de Antonio Tramullas como operador. La suerte ya estaba decidida: edificaría en San Miguel un cine, aunque se le adelantaron por muy poco tiempo dos salas: El Palacio de la Ilusión en la calle Estébanes, inaugurado el 23 de febrero de 1905, y el



Segundo de Chomón.

Novelty, el 3 de marzo, en el Coso. El primero iba a permanecer abierto tres años y el segundo, dos años y medio. Luis Buñuel ha glosado el Palacio de la Ilusión sin acordarse de su nombre: «En la calle de Los Estébanes había otro cine que no recuerdo cómo se llamaba. En aquella calle vivía una prima mía, y desde la ventana de la cocina veíamos la película. Primero tapiaron la ventana y pusieron una claraboya en la cocina; pero nosotros hicimos un agujero en el tabique por el que mirábamos por turnos aquellas imágenes mudas que se movían allí abajo».

Coyne abrió su salón el 10 de marzo de 1905, la butaca de preferencia costaba quince céntimos y la general, diez. Proyectaba producciones del momento de la casa Pathé, Gaumont y Urbán, las películas de los grandes realizadores de la época como los hermanos Lumière, Méliès y Ferdinand Zecca, pero también del aragonés Segundo de Chomón y de Fructuós Gelabert. Su salón se convirtió en el

más importante de la ciudad donde se reunía la burguesía. La prensa de la época estaba entusiasmada con el Cine Coyne, no hay más que ver las notas del *Diario de Avisos* o de *Heraldo de Aragón*: más que información aséptica o ecos de una sociedad que se complacía en sus avances tecnológicos, parece publicidad pagada por Coyne. Se ofrecían de cuatro a siete cintas diarias, más de un centenar al mes, la calidad de las imágenes era espléndida, «películas nuevecitas y sin desgaste alguno» y, según las hemerotecas, hizo furor un filme de las cataratas del Niágara heladas.

El equipo de Coyne y Reverter era técnicamente complejo: en la cabina de operador solía estar Tramullas o el propio Ignacio, contaban con un charlatán o explicador de películas (Alberto Sánchez, en su estudio sobre *Los Coyne y el cine*, dice que a partir de 1907 fue Pedro Juan Guillén. Buñuel recuerda un parlamento de un explicador: «Entonces, el conde Hugo ve a su esposa en brazos de otro hombre. Y ahora, señoras y señores, verán ustedes al conde sacar del cajón de su escritorio un revólver para asesinar a la infiel»), actuaba como pianista Antonio Gracia Albej, aunque posteriormente la empresa adquirió una pianola, y en las afueras había un voceador callejero, conocido como El señor Marcos. Manuel Reverter estaba en las taquillas y de aquí derivaría un conflicto que acabó con la sociedad en 1908: Coyne creyó que su compañero hacía trampa con las recaudaciones.



Cartel anunciador del Cine-Parlante Coyne, aproximadamente 1910.



El Patio de la Infanta, vendido a un coleccionista de París merced a las gestiones de Zuloaga (que aparece por un hueco en el centro de la foto).

La fama de Coyne era increíble, tenía aureola de hombre inquieto y afable, partidario de las nuevas maravillas, pero él tampoco se durmió en los laureles. La mejor prueba de ello es que continuó el magisterio de sus amigos Los Jimeno (se habían conocido en el cambio de siglo, aunque intensificaron sus contactos hacia 1907 cuando los precursores le ayudaron a adquirir una cinta fotografiada por Chomón) y salió a la calle a rodar. Inicialmente tomó vistas más o menos entrañables de la ciudad, desde el tranvía (intuyó sin saberlo el *travelling*). Una técnica que luego haría popular Chomón en *Napoleón* de Abel Gance), realizó películas sobre las *Comparsas de Gigantes y Cabezudos* en la calle Alfonso y la plaza de Sas y varias corridas de toros de Quinito Montes. Su obsesión, como buen documentalista, era captar la máxima realidad de la fotografía que era el cine. Más tarde, se compró el *Chronophone*, un aparato que sincronizaba el sonido a la imagen que acababa de sacar al mercado la casa Gaumont y que significaba el desarrollo perfeccionado de una idea de Thomas A. Edison. Quiso el azar que llegase a Zaragoza la secretaria de la empresa francesa, acompañada de un futuro realizador como era Ricardo de Baños.

Coyne adquirió los derechos del instrumento en exclusiva y lo exhibiría no sólo en Zaragoza sino en distintos lugares de España. Alberto Sánchez, en su citado trabajo incluido en *Los Coyne, 100 años de fotografía* (Zaragoza, 1988), reproduce un texto del historiador Méndez Leite a propósito de este acontecimiento:

«En Zaragoza había hecho aparición el *Chronophone*, invento de la Gaumont, de París (1905). Dicho aparato se colocaba detrás de la pantalla y funcionaba al conmutarse con el proyector. Se combinaban los programas base con películas corrientes mudas, y al final se ofrecían una o dos parlantes. (...) El *Chronophone* recorrió casi toda España manejado por Coyne y Tramullas, que lo presentaron en el Teatro Arriaga, de Bilbao; en el Victoria Eugenia, de San Sebastián, y en el Bretón, de Logroño..., para sólo citar algunos de los más renombrados del norte de España. Causó sensación en

todas partes. Fueron estos los primeros balbuceos de lo que, muchos años después, llegaría a ser el espectáculo predilecto de las masas internacionales». Este nuevo aparato le permitió a Coyne uno de sus mayores éxitos: realizar una serie de películas en las cuales los personajes hablaban. Eso causó el asombro de la ciudad, sorprendió y embrujó al público que



1909. Autorretrato de Coyne acompañado a su derecha de Antonio de P. Tramullas.

acudía en masa a sus proyecciones.

En 1908 se celebró en Zaragoza la Exposición Hispano Francesa en recuerdo de Los Sitios. Coyne, con su afán de reportero minucioso y entusiasta, rodó más de 750 metros de película sobre la llegada de los Reyes y la propia muestra, a la que también acudieron realizadores de la talla de Ricardo de Baños o Frutuós Gelabert. Ese año se produjo la ruptura con Reverter, ruptura agravada no sólo por la alta cantidad que Coyne tuvo que pagarle sino porque al poco tiempo su ex-socio fundó el Cine Ena Victoria, que aseguraba más de cien estrenos mundiales al mes y disponía de 900 localidades. Estaba ubicado en el Coso, en el nacimiento de la calle Alfonso, y tenía un curioso lema, recordado por Manuel Rotellar y Sánchez Vidal: *Arte, moralidad y confort*. Su propietario, más bien reaccionario, presumía en sus anuncios en los diarios: «El propietario del local tiene el gusto de mutilar las escenas inmorales». Lo cierto es que el Cine Ena Victoria se convirtió en el cine predilecto de la ciudad, instauró sus famosos *Jueves de cine* y ofreció estrenos de grandes producciones como *Cabiria*; todo ello precipitó aún más la debacle de Coyne, estrangulado por las deudas y la desmoralización.

No obstante, no se encogió jamás. Y buena prueba de ello es que en 1909 acompañó la salida de los soldados de África en la estación del Norte y estuvo presente en la campaña del Riff, junto a su inseparable Tramullas, donde se usó el cine como fuente documental de información. Como anécdota lateral conviene recordar que Coyne grabó la llegada del primer avión al campo militar de San Gregorio. En 1910, al borde la ruina, se vio obligado a cerrar y falleció apenas dos años después. Antonio de Padua Tramullas se independizó, creó su propia productora Sallumart y realizó películas documentales, más bien primitivas, sobre el Canfranc, el Alto Aragón (donde acabaría asentándose con su hijo Antonio), visitas de personalidades como Primo de Rivera a Híjar y Caspe, y las tradiciones del país. Uno de sus proyectos más peculiares fue *El diablo está en Zaragoza*, película fechada por Manuel Rotellar hacia 1921 o 1922, aunque durante muchos años se había creído que era de 1909 por su factura arcaica.



1909. Ignacio Coyne y Tramullas durante la filmación de la campaña militar del Riff.

IV. BUÑUEL, QUE VUELVE

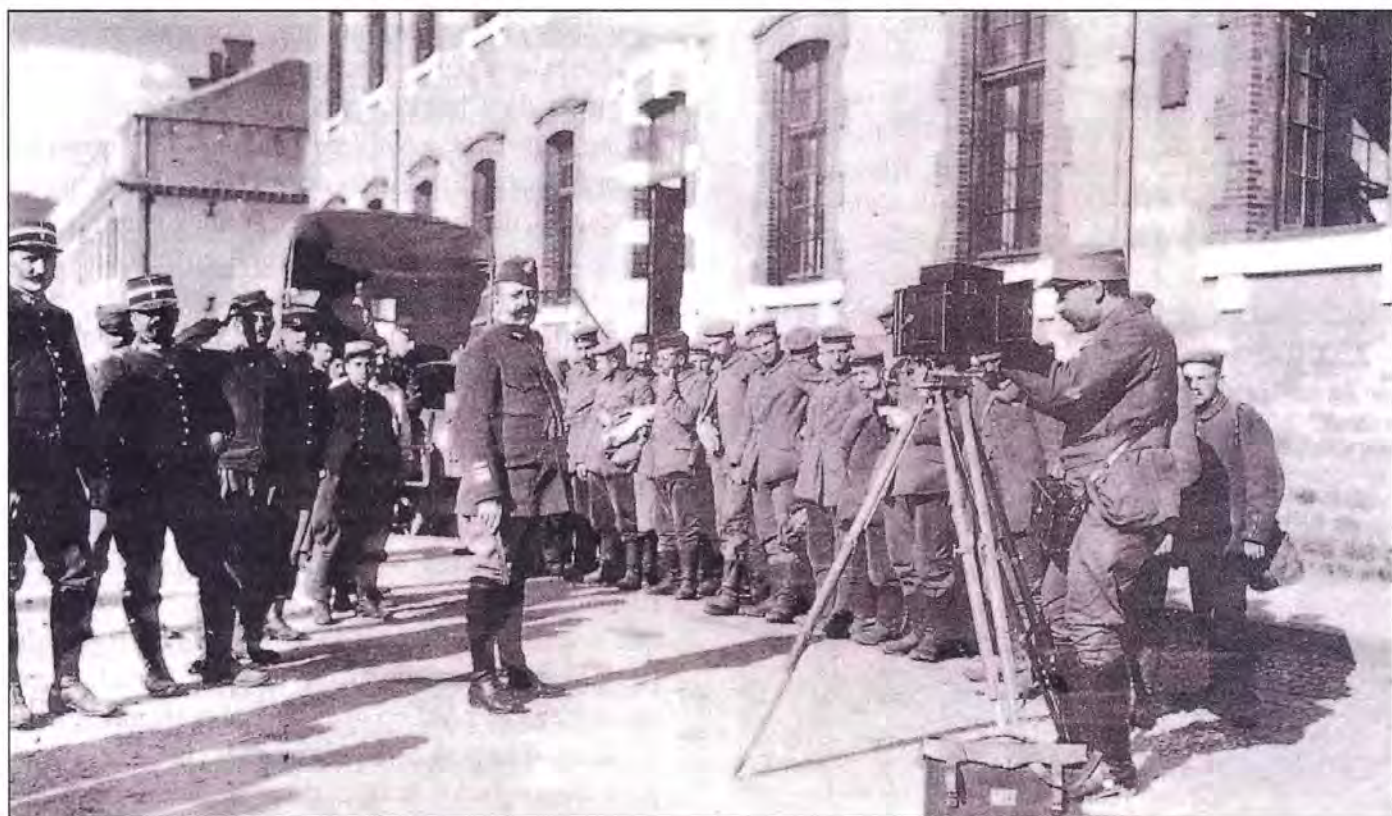
Lentamente fueron desapareciendo las barracas de feria, las carpas, el viejo Farrusini, y aparecen nuevos establecimientos como El Alhambra, de estilo neorábigo, inaugurado en el paseo de Independencia en octubre de 1911 con 850 butacas. Pronto sería bautizado con pomposidad como *La catedral del cine*; en su interior se instaló el primer aparato de cine sonoro moderno. Por aquellas fechas se acercaba a Zaragoza, o tal vez un poco antes, Segundo de Chomón para rodar su cortometraje *Lucha fratricida o Nobleza aragonesa*, inmerso en un proyecto de expansión de la casa Pathé. Venía de Barcelona, de vuelta de París y Turín, con motivo de la decadencia del cine fantástico en el que tan a gusto se movía. Tres años después abría sus puertas el cine Doré y así sucesivamente el Fuenclara, los cines Delicias y Madrid, el Cinema Aragón, —que proyectaba las series de *Fantomas* y *La Atlántida* de Feyder— hasta que la ciudad alcanzó la cifra de diez cines.

Eran los años de cintas por episodios, películas espectaculares o de «actores como Douglas Fairbanks, un especialista en saltos y aventuras que encarnaba como nadie *El ladrón de Bagdad*» (tal como ha recordado Luis Horno Liria), tiempos en que el público coleccionaba argumentos y carteles, o asistía a las temporadas de ópera y al paso fugaz de los ballets rusos de Diaghilev, que estuvo en Zaragoza acompañado por Manuel de Falla. La ciudad, acaso sin saberlo, se estaba pre-

parando para la llegada de uno de sus hijos más ilustres (Antonio Martínez, actor y realizador, más conocido por Florián Rey, que hará un cine de calidad y popular en cintas como *La aldea maldita*, *Nobleza baturra* o *Morena Clara* con Imperio Argentina) y de una nueva modernidad, la modernidad y la revolución artística que anticipó el estreno de *Metrópolis* en enero de 1928. Rescatamos aquí dos testimonios de su llegada, el eco de sus vigorosas imágenes expresionistas. Uno del escritor, bibliófilo y ginecólogo Ricardo Horno Liria que acudía casi todos los días con su hermano Luis al cine (al Variedades, Dorado, Teatro Circo o al Alhambra) a finales de los años 20: «Recuerdo el impacto que nos causó *Metrópolis* de Fritz Lang, también el de *Los Nibelungos* y aquellas series del oeste de Tom Mix; aquellos grandes actores americanos como Douglas Fairbanks, John Barrymore; actrices como Gloria Swanson, Norma Shearer, Mae West o Greta Garbo, que empezaba entonces. La mujer que nos enamoraba a todos era Clara Bow, una señora muy desenvuelta que, en un tiempo en que todo estaba tapado, se exhibía mucho». Federico Torralba, el catedrático e historiador del arte, describe así aquel período: «*Los Nibelungos* de Fritz Lang fue algo deslumbrante, como recorrer un

telón maravilloso para mí. Y cuando vi *Metrópolis* me apasioné muchísimo. Tuvo un éxito enorme y permaneció ocho días en cartel. Piense que Zaragoza era una ciudad importante para las artes».

A Fritz Lang, en esta apuesta por la subversión y por el lenguaje de la vanguardia, le sucederá *Un perro andaluz* de Luis Buñuel, que se estrenó en Zaragoza gracias al Cine-club zaragozano, dependiente del que había fundado en Madrid Ernesto Giménez Caballero, con presentación de Andrés Ruiz Castillo, *Calpe*, Fernando Castán Palomar, Tomás Seral y Casas y *Mefisto*, entre otros. *El perro andaluz*, en contra de la leyenda del «flojico, flojico, don Luis», tuvo una excelente acogida y en cierto modo se reparaba aquella decepción tan tremenda que fue para todos el proyecto truncado de una película sobre Goya por la que habían pujado Florián Rey y el propio Buñuel, en el centenario de la muerte del artista, con dos guiones más bien convencionales, pero esas ya son otras historias que exceden el marco de estas páginas. Otras historias que subrayan la afirmación de Federico Torralba: Zaragoza, una ciudad importante para las artes, sin duda, o quizá una ciudad ideal y a la par polémica de cine. Desde los Jimeno y los Coyne hasta nuestros días.



Revista militar. Fotografía de Antonio Coyne, donde aparece uno de los aparatos que usaba para su trabajo.

Índices de los números 61 a 75

ANTONIO PEIRÓ

1. ANTROPOLOGÍA

ACÍN, José Luis: «Casa Ramón» de Sasa de Sobrepuerto. Edificio solariego del siglo XVI, n.º 75, pp. 4-13.

ALFRANCA LUENGO, LUIS M.; NEGRO MARCO, Luis; TRAMULLAS SAZ, Jesús: *Arqueología y arquitectura popular del pueblo de Griébal en la comarca del Sobrarbe: connotaciones etnológicas y antropológicas*, n.º 63-64, pp. 32-36.

GIMÉNEZ CORBATÓN, José: *Donde se pasea la pulga y el piojo tieso. Pasos de bureo en las masías de Rubielos de Mora (Teruel)*, n.º 70, pp. 4-17.

MOLINS, José Ramón: *Manifestaciones de la cultura tradicional en el Bajo Aragón*, n.º 73, pp. 12-18.

NEGRE CARASOL, José Luis: *La condición femenina en el refranero popular de transmisión oral en la comarca de Los Monegros*, n.º 65-66, pp. 4-15.

VIDAL I FIGOLS, Pasqual: *El folklore de la comarca del Matarranya*, n.º 61-62, pp. 38-43.

2. ARTE

ALFRANCA LUENGO, LUIS M.; NEGRO MARCO, Luis; TRAMULLAS SAZ, Jesús: *Arqueología y arquitectura popular del pueblo de Griébal en la comarca del Sobrarbe: connotaciones etnológicas y antropológicas*, n.º 63-64, pp. 32-36.

CASTRO, Antón: *Los pioneros en la ciudad del cine (Los Jimeno, los Coyne y el cinematógrafo en Zaragoza)*, n.º 75, pp. 48-56.

GÓMEZ ZORRAQUINO, José Ignacio: *Algo más que una amistad (Goya, Zapater, Goicoechea)*, n.º 75, pp. 22-25.

OSACAR FLAQUER, Jesús: *El bafomet de Bolea*, n.º 69, pp. 56-58.

RUBIO TORRERO, Beatriz: *Una aproximación al estudio de las armaduras de madera mudéjares aragonesas*, n.º 73, pp. 19-31.

3. BIOLOGÍA

ARAGÜÉS SANCHO, Adolfo: *La alondra de Dupont (Chesophyllus dupontii) en las estepas aragonesas*, n.º 65-66, pp. 35-41.

4. CREACIÓN LITERARIA

ANDÚ, Fernando: *Desapariciones*, n.º 61-62, pp. 19-24.

CALVO ZOMENO, José Luis: *Aroma de un verano anterior*, n.º 63-64, pp. 37-40.

CARDIEL GERICÓ, Antonio: *Manzanas*, n.º 71-72, pp. 62-63.

CORTÉS, Roberto: *Esbrunzes*, n.º 75, pp. 32-35.

FERRERÓ, Fernando: *Poemas*, n.º 65-66, pp. 24-27.

---: Miguel Labordeta, 25 años de su muerte, n.º 67-68, p. 17.

FRISÓN, Julio: *Bébase cuanto antes un refresco*, n.º 70, pp. 38-43.

GARBI, Teresa: *La noche blanca*, n.º 74, pp. 28-29.

GRASA, Ismael: *Ascenso a la montaña de los taoístas*, n.º 75, pp. 40-47.

LABORDETA SUBÍAS, Miguel: *[Antología]*, n.º 67-68, pp. 30-44.

---: *Epistolario*, n.º 67-68, pp. 54-69.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Ignacio: *Doctor Barnard*, n.º 69, pp. 39-43.

MÉNDEZ, José Félix: *Ese rumor inagotable de la vida*, n.º 69, pp. 44-49.

SANMARTÍN, Fernando: *Poemas*, n.º 71-72, pp. 57-61.

SERRA, Ricardo: *Mi primera escuela*, n.º 63-64, pp. 22-29.

TTITRITEROS» DE BINÉFAR, «LOS: *Almogávares*, n.º 71-72, pp. 45-55.

UÑA ZUGASTI, José de: *Un olvido lo tiene cualquiera*, n.º 65-66, pp. 28-29.

VILAS, Manuel: *Poemas*, n.º 70, pp. 33-37.

YUSTA, Mercedes: *Las orillas del deseo*, n.º 74, pp. 22-27.

5. DERECHO

GASTÓN, Emilio: *Sobre la situación lingüística de Aragón*, n.º 63-64, p. 59.

LÓPEZ SUSÍN, José Ignacio; POLITE CAVERO, Carlos; VILLELLAS MUGUERZA, M.ª Pilar: *El marco jurídico del multilingüismo en Aragón*, n.º 70, pp. 28-32.

OLIVÁN DEL CACHO, Javier: *La incidencia de un Plan de Ordenación de los Recursos Naturales en el Trazado de la Línea Eléctrica de Alta Tensión Aragón-Cazaril*, n.º 65-66, pp. 42-48.

SÁEZ PÉREZ, Luis Antonio: *La reforma del Estatuto de Autonomía de Aragón desde la perspectiva de la economía política constitucional*, n.º 63-64, pp. 41-46.

6. ECONOMÍA

BIELSA, Jorge: *¿Están justificados los travases? Análisis cualitativo sobre la demanda y los costes del agua*, n.º 70, pp. 44-48.

---; ARROJO, Pedro: *Decálogo de un salto en el vacío. Diez razones económicas contra los planes para la gestión del agua en la cuenca del Ebro*, n.º 75, pp. 14-21.

MENA, Miguel: *La vía muerta*, n.º 73, pp. 40-56.

NASARRE SARMIENTO, José María: *Turismo en el Pirineo: adaptar la protección a cada espacio natural*, n.º 73, pp. 57-59.

OLIVÁN DEL CACHO, Javier: *La incidencia de un Plan de Ordenación de los Recursos Naturales en el Trazado de la Línea Eléctrica de Alta Tensión Aragón-Cazaril*, n.º 65-66, pp. 42-48.

SÁEZ PÉREZ, Luis Antonio: *La reforma del Estatuto de Autonomía de Aragón desde la perspectiva de la economía política constitucional*, n.º 63-64, pp. 41-46.

7. EDITORIAL

En la brecha, n.º 61-62, p. 3.

Razones para un rotundo no, n.º 63-64, p. 3.

Cambio sin cambio, n.º 65-66, p. 3.

Poesía revolucionaria, n.º 67-68, p. 3.

Reparo de hombres públicos y aviso de quienes los sufren, n.º 69, p. 3.

Ni plan de trasvases, ni pacto de embalses, n.º 70, p. 3.
 Insumisión, n.º 71-72, p. 3.
 Recuerdo de dos viejos amigos, n.º 73, p. 3.
 Avance del aragonismo, n.º 73, p. 3.
 La Historia repite página, n.º 74, p. 3.
 Nuestro proyecto de Universidad para Aragón, n.º 75, p. 3.

8. ENTREVISTA

CASTRO, Antón: *«Miguel Labordeta es el mejor poeta del siglo XX en Aragón»*. José Antonio Labordeta retrata las obsesiones, la soledad y la vida creativa de su hermano, n.º 67-68, pp. 4-10.

9. GEOGRAFÍA

BIELSA, Jorge: *¿Están justificados los travases? Análisis cualitativo sobre la demanda y los costes del agua*, n.º 70, pp. 44-48.

---; ARROJO, Pedro: *Decálogo de un salto en el vacío. Diez razones económicas contra los planes para la gestión del agua en la cuenca del Ebro*, n.º 75, pp. 14-21.

LAMPRE VITALLER, Fernando: *El fenómeno glaciar en el Pirineo aragonés*, n.º 70, pp. 49-58.

MENA, Miguel: *La vía muerta*, n.º 73, pp. 40-56.

NASARRE SARMIENTO, José María: *Turismo en el Pirineo: adaptar la protección a cada espacio natural*, n.º 73, pp. 57-59.

OLIVÁN DEL CACHO, Javier: *La incidencia de un Plan de Ordenación de los Recursos Naturales en el Trazado de la Línea Eléctrica de Alta Tensión Aragón-Cazail*, n.º 65-66, pp. 42-48.

PUEYO ARGÍN, José Antonio: *Un recorrido por las sierras orientales turolenses*, n.º 63-64, pp. 4-11.

10. HISTORIA

BONSÓN AVENTÍN, Ana Isabel: *La política puede esperar. Lectura de una obra inédita de Joaquín Maurín*, n.º 61-62, pp. 44-58.

CONSTANTE, Mariano: *50 años de la liberación de Mauthausen y del Proceso de Nuremberg*, n.º 74, pp. 30-41.

CUEVAS SUBÍAS, Pablo: *Manuel Salinas (1616-1688). Unas palabras del canónigo*, n.º 75, pp. 26-31.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy: *El aragonismo didáctico: manuales y «catecismos» de Historia de Aragón, en la Restauración (1875-1931)*, n.º 69, pp. 4-17.

---: *Manuel Abizanda y Broto, un investigador atormentado*, n.º 74, pp. 4-17.

JAIME LORÉN, José María de: *Pedro Cerbuna, fundador de la Universidad de Zaragoza, bachiller por la de Valencia*, n.º 63-64, pp. 30-31.

JUAN BORROY, Víctor M.: *La prensa pedagógica aragonesa: La Educación (1915-1936)*, n.º 74, pp. 50-59.

PEIRÓ, Antonio: *Una historia de Aragón*, n.º 65-66, pp. 20-23.

POLITE CAVERO, Carlos: *Almogávares en las riberas del Egeo*, pp. 38-44.

RÚJULA LÓPEZ, Pedro: *Zaragoza, 27 de febrero de 1834: el fracaso de una insurrección que cierra el ciclo de los levantamientos urbanos carlistas*, n.º 61-62, pp. 4-18.

---: *Levantamientos urbanos y contrarrevolución: Zaragoza 1820-1840*, n.º 73, pp. 4-11.

SERRANO LACARRA, Carlos: *Los mitos aragonesistas en el primer tercio del siglo XX y el caso específico de Joaquín Costa*, n.º 71-72, pp. 64-74.

---: *José Aced: el «día a día» del aragonismo, o el arte y la lucha como vocación*, n.º 74, pp. 18-21.

VILLANUEVA HERRERO, José Ramón: *El «3 de Julio» y el «4 de Agosto» de 1874: dos fiestas cívico-políticas olvidadas de la ciudad de Teruel*, n.º 71-72, pp. 4-16.

11. INFORMES

CUADERNO MONOGRÁFICO SOBRE ALMOGÁVARES, n.º 71-72, pp. 17-46.

PARICIO, Paco: *Introito*, p. 19.

TITIRITEROS» DE BINÉFAR, «LOS: *Los objetivos de la compañía*, pp. 20-22.

CAMPO, Ramón J.: *Y les llaman comedias de moñacos...*, pp. 22-23.

CARDIL, Miguel: *Teatro visual frente a teatro textual*, pp. 24-28.

VERGARA, Angel: *La música en Almogávares*, pp. 28-31.

SERRANO LACARRA, Roberto: *La lengua de los almogávares*, pp. 32-37.

POLITE CAVERO, Carlos: *Almogávares en las riberas del Egeo*, pp. 38-44.

TITIRITEROS» DE BINÉFAR, «LOS: *Almogávares*, pp. 45-55.

12. LINGÜÍSTICA

GASTÓN, Emilio: *Sobre la situación lingüística de Aragón*, n.º 63-64, p. 59.

LÓPEZ SUSÍN, José Ignacio; POLITE CAVERO, Carlos; VILLELLAS MUGUERZA, M.ª Pilar: *El marco jurídico del multilingüismo en Aragón*, n.º 70, pp. 28-32.

MARCUELLO, Chaime: *Mosén José Pardo Asso. Un aragonés para la memoria*, n.º 74, pp. 42-49.

MORET, Hèctor: *Anotacions sociolingüístiques sobre l'Aragó catalanòfon: el cas de Mequinensa*, n.º 63-64, pp. 12-19.

---: *La presència del català als àmbits formals de l'Aragó catalanòfon*, n.º 69, pp. 30-38.

---: *La llengua literària en els escriptors aragonesos d'expressió catalana*, n.º 70, pp. 18-27.

---: *Visions de l'Aragó catalanòfon en els escriptors catalans*, n.º 73, pp. 32-35.

RÍOS NASARRE, Paz: *Istoriografía lengüística aragonesa en o sieglo XIX: Don Francisco Otín y Duaso*, n.º 65-66, pp. 30-34.

SERRANO LACARRA, Roberto: *La lengua de los almogávares*, n.º 71-72, pp. 32-37.

13. LITERATURA

ALONSO CRESPO, Clemente: *El archivo Miguel Labordeta*, n.º 67-68, pp. 70-82.

---: *Valdemar*, n.º 75, pp. 36-39.

ARA TORRALBA, Juan Carlos: *Pascual Queral, escritor infundiano (1848-1898). Del embudo, en lo más ancho*, n.º 69, pp. 18-23.

CARRASQUER LAUNED, Francisco: *Lo aragonés en Sender*, n.º 65-66, pp. 49-58.

CASTRO, Antón: *«Miguel Labordeta es el mejor poeta del siglo XX en Aragón»*. José Antonio Labordeta retrata las obsesiones, la soledad y la vida creativa de su hermano, n.º 67-68, pp. 4-10.

---: *La biblioteca personal de un poeta irrepertible*, n.º 67-68, pp. 51-53.

CRESPO, Ángel: *Miguel Labordeta y el expresionismo*, n.º 67-68, pp. 11-13.

CRONOLOGÍA, n.º 67-68, pp. 24-25 [de la vida de Miguel Labordeta].

GARCÍA BUÑUEL, Pedro-Christian: *Omega*, n.º 61-62, pp. 25-30.

GONZÁLEZ MARÍN, Luis Antonio: *Tetis y Peleo (Zaragoza, 1672) o la restauración del teatro musical barroco aragonés*, n.º 63-64, pp. 47-58.

GÚDEL, Guillermo: *Aquellos días del Niké*, n.º 67-68, pp. 20-23.

GUINDA, Ángel: *Teoría y acción poética*, n.º 67-68, pp. 18-19.

LAFOZ RABAZA, Herminio: *Mor de Fuentes: Aportaciones a su biografía*, n.º 69, pp. 24-29.

MENA, Miguel: *La vía muerta*, n.º 73, pp. 40-56.

PÉREZ LASHERAS, Antonio; SALDAÑA, Alfredo: *«Surgiendo entre los pájaros». Antología comentada del poeta*, n.º 67-68, pp. 23-50.

ROMO FEITO, Fernando: *Vigencia de Miguel Labordeta*, n.º 67-68, pp. 14-16.

---: *Teresa Garbí o la escritura de la insatisfacción*, n.º 73, pp. 36-39.

VIVED MAIRAL, Jesús: *El verdugo afable, de Ramón J. Sender y «El crimen del expreso de Andalucía»*, n.º 63-64, pp. 20-21.

14. MÚSICA

VERGARA, Ángel: *La música en Almogávares*, n.º 71-72, pp. 28-31.

15. OPINIÓN/PENSAMIENTO ARAGONESISTA

FELICES MAICAS, José Ignacio: *El auge de los nacionalismos*, n.º 65-66, pp. 16-19.

SEBASTIÁN, Chesús de: *Aragón y la cuestión nacional. Una contribución al debate nacionalista*, n.º 69, pp. 50-55.

Servicio Cultural CAI

Los otros jueves Jazz

18 de abril 20.00 h.

CASTAFIORE

2 de mayo, 20.00 h.

MARIANO CONGET
«Manhattan Revisited»

16 de mayo, 20.00 h.

XIMAGÜE TRIO

30 de mayo, 20.00 h.

PEDRO GAN
Jazz Band

Salón de Actos CAI.
Paseo Independencia, 10 Zaragoza

Entrada libre hasta completar el aforo

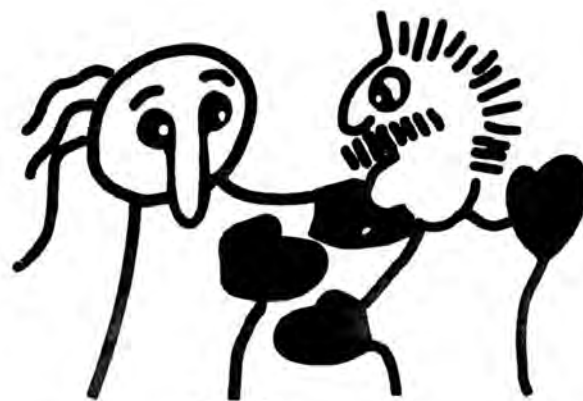


**CAJA DE AHORROS
DE LA INMACULADA**

Aragón es nuestra tierra



**CADA
VIERNES
EN TU
QUIOSCO**



**LOS
TITIRITEROS**

Los Titiriteros de Binéfar

C/ Lérida, 23
22500 Binéfar (Huesca)
Tel./Fax: (974) 42 82 18

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES (DIPUTACIÓN DE HUESCA)

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

Homenaje a don Antonio Durán Gudiol, por VV.AA., 850 pp., 4.000 ptas. Volumen de estudios en memoria de don Antonio Durán, compuesto de 58 colaboraciones diversas sobre Historia, Arte y Arqueología del Altoaragón, precedidas de una exhaustiva recopilación bibliográfica de su obra.

Guías de Huesca-Ribagorza, por Ramón LASAOSA y Miguel ORTEGA, 203 pp. + 1 mapa, 1.500 ptas. En este libro-guía se aborda de forma gráfica y divulgativa la realidad de una comarca altoaragonesa, Ribagorza, en gran parte desconocida. Esta información previa se completa con la propuesta de 12 rutas, que recorren los lugares más interesantes, y un exhaustivo nomenclátor de los pueblos de la comarca.

Revista Argensola, nº 109 (1995), 127 pp., 757 ptas. Número monográfico dedicado a glosar las figuras de don Antonio Durán, don Miguel Dolç y doña M.^a Dolores Cabré.

Revista de Filología Alazet, nº 7 (1995), 219 pp., 757 ptas.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Estudio de la Vigilia y octavario de San Juan Bautista, de Ana-Francisca Abarca de Bolea, por M.^a Ángeles CAMPO GUIRAL.

Semblanzas de Escartín, por José M.^a SATUÉ SANROMAN.

El lugar de un hombre, de Ramón J. SENDER (ed. de Donatella Pini Moro).

INFORMACIÓN: C/ Parque, 10. 22002 HUESCA. Teléf. (974) 24 01 80 - 24 07 10. Fax (974) 24 31 12.

«EL MARAGATO»

Carpeta con 6 grabados

TEXTOS

ADOLFO AYUSO



GRABADOS

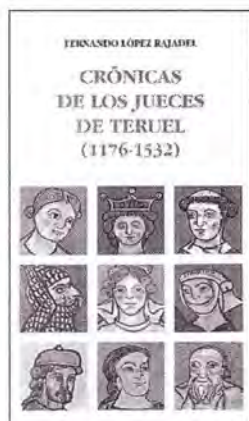
MARIANO CASTILLO

Edición numerada y firmada de 82 ejemplares

Técnica: Aguatinta iluminada

DISTRIBUCIÓN Y VENTA: ☎ (976) 50 10 88

INSTITUTO DE ESTUDIOS TUROLENSES NOVEDADES



Milagros NAVARRO CABALLERO, *La epigrafía romana de Teruel*, 190 págs. y 16 láminas, 1.800 pesetas.

Fernando LÓPEZ RAJADEL, *Crónicas de los jueces de Teruel (1176 -1532)*, 360 págs., 1.500 pesetas.

Artur QUINTANA, *Lo Molinar. Literatura popular catalana del Matarranya i Mequinensa. 1. Narrativa i Teatre*, 356 págs., 2.500 pesetas.

Luis BUÑUEL, *Agón*, 130 págs., 2.000 pesetas.

José PARDO SASTRÓN, *Catálogo o enumeración de las plantas de Torrecilla de Alcañiz así espontáneas como cultivadas* (ed. facs.), 248 págs., 1.500 pesetas.

Antonio ALMAGRO GORBEA, *Urbanismo y arquitectura en la Sierra de Albarracín*, Cartilla Turolense número 14, 92 págs., 500 pesetas.

VV.AA., *El aceite del Bajo Aragón*, Cartilla Turolense número 16, 72 págs., 500 pesetas.

Eleazar SUÁREZ VAAMONDE y Pilar GRACIA SÁNCHEZ, *Los hongos en la provincia de Teruel*, Cartilla Turolense número extraordinario 10, 70 págs., 500 pesetas.

Plaza de Pérez Prado, 3. 44001 TERUEL. Tels. (978) 60 17 30 / 60 17 93.





LOGOS

CENTRO DE
TÉCNICAS DE
ESTUDIO

Método de estudio
Recuperación y repaso
Enseñanza individualizada
Recuperación de falta de base

Avda. de la Almozara, 34
Teléfono: 28 28 73
50003 ZARAGOZA

LIBRERÍA
MAR
COPISTERÍA

LIBRERÍA - PAPELERÍA
COPISTERÍA - ENCUADERNACIONES
TRABAJOS DE IMPRENTA

C/Violeta Parra, 16
Teléfono (976) 51 68 69
50015 ZARAGOZA



FEDERACIÓN ARAGONESA
DE BALONMANO

Cortes de Aragón, 61, 3.º Dcha.
Teléfono 56 06 77 - Fax 56 75 18
50005 ZARAGOZA

BAZAN
DE • DISEÑO

COMPLEMENTOS PARA EL HOGAR
LISTAS DE BODA
REGALOS
CONFECCIÓN DE ESTORES A MEDIDA
MENAJE
FUNDAS NÓRDICAS
MUEBLE AUXILIAR

San Ignacio de Loyola, 10
Tel. y Fax 21 66 85
50008 ZARAGOZA

POMARÓN

PINTOR-FOTÓGRAFO

Fotografía artística
Dibujos al Carbón, Pastel y Óleo
Reproducciones
Reportajes Boda

Zurita, 6 - Teléfono 23 22 66 - 50001 ZARAGOZA



Antonio F. Orós Escanilla

ADMINISTRACIÓN DE FINCAS

Avda. Gómez de Avellaneda, 57 - Portal 13, 8.º B
Teléfono 51 85 12 - Fax 73 10 89
50015 ZARAGOZA

RELOJERÍA PÉREZ DE MEZQUÍA



Somos los relojeros
de la Diputación General
de Aragón.

Desde 1935, en nues-
tro domicilio social de
San Miguel, 11, atende-
mos profesionalmente la
venta y servicio de toda
clase de relojes y marcas.

Especialidad en Relojes de Torre

TALLER DIPLOMADO EN SUIZA

San Miguel, 11 — 50001 ZARAGOZA (España)
Teléfono (976) 22 27 99 - 22 28 99



**AUTOCARES
AGRUPADOS**
S. Coop.

JOSÉ ANTONIO BRUGUETE GIL

Luis Bermejo, 9
Teléfono 35 92 54 - Fax 35 92 54
50009 ZARAGOZA



CONTRATIEMPO

Teléfono (976) 10 78 59 - Fax (976) 10 79 34
Polígono Industrial MALPICA
C/ Las Sabinas, 63
50171 LA PUEBLA DE ALFINDÉN
(ZARAGOZA)



Última publicación de la
**Asociación
 de Gaiteros
 de Aragón**

También las monografías **PLIEGOS**

En preparación:

MI QUERIDA OCARINA
 de Jesús Palazón

¡Consíguelas!

Santiago Rusiñol, 17, 1ª Izda.
 50002 Zaragoza

CASA EMILIO

COMIDAS

Avda. Madrid, 5
 Teléfonos 43 43 65 - 43 58 39
 ZARAGOZA

**Réquiem
 por un labrador
 español**

Ramón J. Sender



Abda. Navarra, 8, 9.º B
 Tel. 976 - 32 91 22
 50010 ZARAGOZA



**LIBROS
 DE
 OCASIÓN
 Y
 RESTOS
 DE
 EDICIÓN**

**A PRECIOS
 DE SALDO**



Hnos. Vidal S. L.

Baltasar Gracián, 31
 Tel. 56 70 12 - Fax 56 61 54

Duquesa Villahermosa, 29
 Tel. 56 77 53

ZARAGOZA

Aragón, Guías de Viajes,
 Mapas, Política,
 Leyes, Naturismo,
 Guías de Animales y Plantas,
 Deportes, Navegación,
 Cine y Fotografía, Cocina,
 Esoterismo,
 Literatura Fantástica,
 Juegos de Rol, Erotismo,
 Humor, Poesía, Historia,
 Historia de la Literatura,
 Música, Arte, Infantil

Llena este boletín y envíanoslo al Apartado de Correos n.º 889. 50080 ZARAGOZA.

D.

C/ n.º C. P. Ciudad

Estoy interesado en:

☐ Pertener al R.E.A. como socio (5.000 ptas. año).

☐ Suscribirme a sus publicaciones: **ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa** (4 números al año) y **Cuadernos de Cultura Aragonesa** (2 números al año). 3.750 ptas. anuales.

DOMICILIACION BANCARIA

(firma)

Le ruego atienda los recibos que girará a mi nombre el **Rolde de Estudios Aragoneses**.

Banco o Caja Agencia Cta. o L. O. Ciudad
 (20 dígitos)



ROLDE



REVISTA DE CULTURA ARAGONESA N.º 75